

Leer x leer

EDUCACIÓN PRIMARIA

Lecturas para compartir
en voz alta



Leer x leer

LIBRO 2 • SEGUNDO CICLO DE LA ESCUELA PRIMARIA

Lecturas para compartir
en voz alta



Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Presidente

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Jaime Perczyk

Secretaria de Educación

Silvina Gvirtz

Jefe de Gabinete

Daniel Pico

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Alejandro Garay

Plan Nacional de Lecturas

Natalia Porta López

Los textos que integran este volumen han sido seleccionados por:

Mempo Giardinelli, María Teresa Andruetto, Cinthia Kuperman, Graciela Bialet, María Cristina Ramos, Oche Califa, Mario Méndez y Oscar Yaniselli.

Ilustraciones: Mónica Pironio

Edición: Teresita Valdetaro

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Gestión de derechos de autor: Verónica Varela

Corrección: Florencia Capaccioli

Presentación

A través del Plan Nacional de Lecturas, el Ministerio de Educación de la Nación pretende desarrollar políticas tendientes a asegurar el derecho a leer. La distribución de la colección Leer x Leer es una de sus acciones prioritarias, pensada para enriquecer los recorridos de lectura de todas las niñas y los niños de nuestro país.

En estos libros que se envían a todas las escuelas primarias de nuestro país encontrarán valiosos materiales de lectura reunidos para ser compartidos en voz alta en cada jornada escolar. Cuentos y poemas contemporáneos; historias clásicas argentinas y universales, algunas canciones, relatos de la tradición oral global y de nuestros pueblos originarios. Una recopilación de textos especialmente seleccionados para segundo ciclo de la escuela primaria.

Leer en voz alta diariamente es una práctica valiosa y potente porque ofrece muchas y variadas oportunidades de hacerse de palabras y formas del lenguaje distintas de las formas conversacionales. Además, favorece la familiarización con las reglas del juego de la literatura; da acceso a muchos títulos, incluso a obras fuera del alcance de lectura individual, y ayuda a construir un imaginario y una identidad cultural en común.

Es tarea de la escuela inventar ese tiempo cotidiano y procurar que resulte significativo, que sea verdadera experiencia, ocasión de construcción de sentidos en común. Para ello será preciso habilitar el diálogo, la escucha, el silencio, y complementarlo con momentos para la lectura autónoma. Se propone compartir estos textos con propósito de disfrutar el acceso a la reflexión, el diálogo y el acto de leer. Las lecturas no son obligatorias, no siguen un calendario de efemérides ni es preciso leerlas en orden o con fines alusivos.

Ministerio de Educación de la Nación

Leer x leer : libro 2 : lecturas para compartir en voz alta / compilación de Mempo Giardinelli ; coordinación general de Natalia Porta López ; editado por Teresita Valdetaro ; ilustrado por Mónica Pironio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-00-1477-9

1. Miscelánea. I. Giardinelli, Mempo, comp. II. Porta López, Natalia, coord. III. Valdetaro, Teresita, ed. IV. Pironio, Mónica, ilus. V. Título.

CDD 863.9283

Esta antología es el segundo volumen de una colección que consta de tres tomos, para los distintos grados y ciclos de la escuela primaria. Toma su nombre de una serie de libros que el Ministerio de Educación de la Nación publicó en 2004 para las escuelas secundarias: *Leer x leer: Lecturas para estudiantes*. Recupera también su objetivo: que todos los días se viva un momento de lectura en voz alta en cada escuela argentina.

Los textos fueron elegidos por un equipo federal de profesionales con amplia experiencia y trayectoria en el campo de la literatura infantil y juvenil o en pedagogía de la lectura: María Teresa Andruetto, Mario Méndez, María Cristina Ramos, Graciela Bialet, Oche Califa, Cinthia Kuperman y Oscar Yaniselli, coordinados por Mempo Giardinelli. Como se advertirá desde el comienzo, los han organizado “por estantes”, como los de las bibliotecas, que ordenan las obras con determinados criterios para orientar a quien va a leer. Así, cada lector o lectora de este libro podrá iniciar su lectura tomando el texto del estante imaginario que despierte su interés.

Ojalá estos poemas y cuentos perduren en la memoria de las y los estudiantes, asociados a las voces de aquellas y aquellos docentes que, con generosidad, comparten cada día la felicidad de leer por leer.

Contenidos

Portal de palabras

LA EXCLAMACIÓN • Octavio Paz	13
LA POBRE VIEJECITA • Rafael Pombo	14
PREGUNTAS • Paula Asencio	16
LA SILLA • Alfonsina Storni	17
UMA • Carolina Loureiro	18
AGUA DE LLUVIA • Aledo Luis Meloni	20
POEMA • Mercedes Calvo	21
PALABRAS • Silvia Schujer.....	22
BAJÓ UN PAJARITO ROJO • Enrique Banchs	23
LA LLAVE DE JOSEFINA • Iris Rivera	24
DE COLORES • Didi Grau.....	26
MARGARITA • Rubén Darío	27
QUIETUD • Ricardo Güiraldes	30
CANCIÓN REPETIDA • Malicha Leguizamón	31
EL MAMBORETÁ • Grupo Canticuéticos	32
EL CARPINTERO • Leopoldo Lugones.	34

Mundo animal

PLATERO Y YO • Juan Ramón Jiménez	37
ROMANCILLO DEL VIEJO RATÓN • Javier Villafañe	38
EL CARACOL MOCHILERO • Vilma Novick Freyre	40
EL HÉROE • Ricardo Mariño	41
EL GATO • Marina Colasanti	44
LOS NIDOS • Roberto Bertolino	45
ANACONDA • Clarisa Ruiz	46
LA GUERRA DE LOS YACARÉS • Horacio Quiroga	47
ROMANCE DEL SAPO • Liliana Cinetto.....	56

LOBO HAMBRIENTO • Franco Vaccarini	58
LA COMETA INFINITA • Nana Rodríguez Romero	60
FIESTA NOCTÁMBULA • Marisa Pérez Alonso	62
COMO SI EL RUIDO PUDIERA MOLESTAR • Gustavo Roldán	63
UNA HISTORIA DE CÓNDORES • Celia Sarquís	66
KIBÚ • Paula Bombara	68
PIEL DE LEÓN • Marcelo Birmajer	70
EL GATO CON BOTAS • Charles Perrault	71
¿LOBO ESTÁ? • Sandra Comino	76

Pueblos y barrios

PUEBLO DE AIRE • Elsa Bornemann	81
LA FAMILIA INVISIBLE • Ema Wolf	82
EL PUEBLO QUE NO QUERÍA SER GRIS • Beatriz Doumerc	84
HOMBRE SINCERO • José Martí	87
UN AUTO NO ES UN AVIÓN • Adela Basch	88
BARBAPEDRO • Graciela Cabal	90
CAMBALACHE • Estela Smania	94
EL BAILE NUPCIAL • Juan Manuel Montes	96

Chicas y chicos en acción

FIESTITA CON ANIMACIÓN • Ana María Shua	99
ARTURO • Viviana Aguirre	102
MIRANDO EL CORCHO • Horacio Clemente	104
EL ASTRONAUTA • Martín Gardella	108

LOS PICUCOS • Lilia Lardone	109
LA ESCALERA • Mauricio Giulietti	113
ESTÁ ALLÍ TODAVÍA • Olga Drennen	114
ZAIDA Y SU PRIMER DÍA DE CLASES • Carola Martínez	118
UN PLAN MAESTRO • Graciela Repún	121

Transformaciones

LA MOSCA QUE SOÑABA QUE ERA UN ÁGUILA • Augusto Monterroso	127
CAÍDA AL CIELO • Jorge Accame	128
EL FLAUTISTA QUE QUERÍA VOLAR • Maryta Berenguer	130
CANCIÓN PARA DECIR CON PENA • Carlos Hugo Aparicio	132
ORIGAMI • María Inés Garibaldi	133
CONEJO NEGRO, CONEJO SECRETO • Patricia Suárez	136
PEREGRINA • Toño Malpica	140
EL JARDÍN DEL ABUELO • Margarita Mainé	142
DICCIONARIO DEL DIABLO (SELECCIÓN) • Ambrose Bierce	144

Monstruos, brujas y dragones

UNA GOTA DE TINTA • Pablo De Santis	147
UNA NOCHE DE MUCHOS DÍAS • Pilar Muñoz Lascano	148
PERLAS DE BRUJA • María Rosa Mó	150
MAL DÍA PARA SER MALA • Cristina Macjús	151
EL MONSTRUO DEL GUARAPO • Hugo Mitoire	154
EL CORAZÓN DE UNA BRUJA • Sandra Siemens	157

Leyendas y tradiciones

LA CREACIÓN DE LOS ANIMALES • <i>Popol Vuh</i> , libro sagrado de los mayas	161
POR UNA NOCHE • Versión de Mario Lillo de una leyenda del pueblo aymara	163
EL ÁRBOL DE SAL • Versión de Laura Roldán de una leyenda del pueblo mocoví	166
AMOR IMPOSIBLE • Leyenda del pueblo qom	168
DE CÓMO EL ALGARROBO PROTEGIÓ A LOS COMECHINGONES • Leyenda del pueblo comechingón	170
GENEROSIDAD • Álvaro Yunque	172
EL ROBO DEL FUEGO • Versión de Miguel Ángel Palermo de una leyenda del pueblo wichí	173
EL YAGUARÓN, UNA SERPIENTE HAMBRIENTA • Ser mítico guaraní descripto por Guillermo Barrantes	178
YAGUARÓN • Rafael Obligado	179
EL PEQUEÑO HÉROE HOLANDÉS • Leyenda tradicional holandesa ..	180

Índice de textos de la tradición oral	183
--	------------

Índice de autoras y autores	184
--	------------

Créditos legales	186
-------------------------------	------------

Portal de palabras

LA EXCLAMACIÓN

Octavio Paz

Quieto

No en la rama

En el aire

No en el aire

En el instante

El colibrí.



Octavio Paz (México, 1914-1998) fue uno de los intelectuales latinoamericanos más influyentes del siglo veinte. Poeta, ensayista, dramaturgo y diplomático, recibió el Premio Cervantes en 1981 y el Premio Nobel de Literatura en 1990. Considerado uno de los más grandes poetas hispanos de todos los tiempos, *El laberinto de la soledad* y *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* son dos de sus obras cumbres.

LA POBRE VIEJECITA

Rafael Pombo

Érase una pobre viejecita
sin nadita que comer
sino carnes, frutas, dulces,
tortas, huevos, pan y pez.

Bebía caldo, chocolate,
leche, vino, té y café
y la pobre no encontraba
qué comer ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
ni un ranchito en que vivir
fuera de una casa grande
con su huerta y su jardín.

Nadie, nadie la cuidaba
sino Andrés y Juan y Gil
y ocho criadas y dos pajes
de librea y corbatín.

Nunca tuvo en qué sentarse
sino sillas y sofás
con banquetos y cojines
y resorte al espaldar.

Ni otra cama que una grande
más dorada que un altar
con colchón de blanda pluma,
mucho seda y mucho holán.

Y esta pobre viejecita
cada año hasta su fin,
tuvo un año más de vieja
y uno menos que vivir.

Y al mirarse en el espejo
la espantaba siempre allí
otra vieja de antiparras,
papalina y peluquín.

Y esta pobre viejecita
no tenía qué vestir
sino trajes de mil cortes
y de telas mil y mil.

Y a no ser por sus zapatos,
chanclas, botas y escaquin,
descalcita por el suelo
anduviera la infeliz.

Apetito nunca tuvo
acabando de comer,
ni gozó salud completa
cuando no se hallaba bien.

Se murió de mal de arrugas,
ya encorvada como un 3,
y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Y esta pobre viejecita
al morir no dejó más
que onzas, joyas, tierras, casas,
ocho gatos y un turpial.

Duerma en paz, y Dios permita
que logremos disfrutar
las pobrezas de esta pobre
y morir del mismo mal.



Rafael Pombo (Colombia, 1833-1912) fue un escritor, poeta, fabulista, traductor, intelectual y diplomático. Recordado como Padre de la literatura infantil colombiana, tradujo al castellano una serie de canciones infantiles de la tradición anglosajona y adaptó textos de la cultura universal, como “Los huevos de oro”, que proviene de una fábula de Esopo. Sus creativas composiciones en verso integran sus dos libros: *Cuentos pintados* y *Cuentos morales para niños formales*. Desde 1905, es considerado el Poeta Nacional de Colombia.

PREGUNTAS

Paula Asencio

¿Dónde se esconden
los siete colores,
que curan las quejas
de los dolores?

¿Cuántos peldaños
de una escalera
que vaya de hoy
a cuando me quieras?

¿Por qué en la arena
que abraza al mar
caen estrellas
y copos de sal?

¿Cuántas gotas de agua,
cuántas hebras de sol,
para media vuelta
de un caracol?



Paula Asencio nació en la provincia de Río Negro y vive en Neuquén. Es docente y autora de canciones y melodías para niños y niñas. Como escritora, ha publicado en la antología *Cielo de relámpagos, microficciones y otras instantáneas literarias latinoamericanas*, compilada por María Cristina Ramos.

LA SILLA

Alfonsina Storni

Cuatro patas, cuatro patas
como tiene el elefante,
la silla tiene, y no tiene
su larga trompa colgante.

Cuatro patas, cuatro patas
tiene, que son de madera
cuatro patas, y no corre
como el zorro y la pantera.

Cuatro patas, cuatro patas,
con que el asiento recuadra,
la silla tiene, y el perro
pero la silla no ladra.

Cuatro patas, cuatro patas,
–no dos, como tiene el pato–
tiene la silla y la silla
no maúlla como el gato.

Se está contra la pared,
quietecita, quietecita,
o alrededor de la mesa
hace una ronda bonita.

Me siento sobre la silla
para coserme la ropa;
sobre la mesa sentada
corto el pan, tomo la sopa.

Enfrente tengo a mamá
y entra el sol por la ventana.
Sillas iguales, iguales
tienen todas mis hermanas.

Alfonsina Storni (1892-1938) nació en Suiza pero se crió en San Juan y en Rosario, donde fue maestra rural, camarera y actriz. Poeta desde muy joven, feminista y autora de artículos periodísticos contra la discriminación de las mujeres, fue madre soltera y participó asiduamente en tertulias literarias. Por su sensibilidad y talento, fue ganando espacios en una sociedad adversa a reconocerla como artista. A los 46 años, aquejada por una dura enfermedad, puso fin a su vida en Mar del Plata. Entre sus obras más memorables: *La inquietud del rosal*, *El dulce daño*, *Irremediamente* y *Languidez*.

UMA

Carolina Loureiro

Tu nombre es Uma, y significa agua.

Las voces que pasaron entre los más antiguos pueblos de los Andes, y que llegaron hasta los quechuas, cuentan que te hizo Wiracocha. Un día, mientras el Hacedor paseaba por los cerros nevados, vio que de ellos bajaba un finísimo hilo sin color que se perdía entre las grietas de las laderas, para nunca llegar hasta la tierra habitada por la gente.

Entonces, Wiracocha se acercó a ese hilo y soñó su nueva obra. Juntó las manos en forma de cuenco, recogió un poco de aquel líquido y, antes de que se le escurriera entre los dedos, cerró los ojos para darle alma. Cuando los abrió, estabas tú, acunada en sus manos. Eras una niña pequeña, y tu cuerpo, hecho de infinitas gotas, reflejaba la ternura de tu Padre.

Antes de partir, Wiracocha tomó un poco de barro y modeló un cántaro para ti. Amaste ese juguete, que era opaco y del color de la tierra. Tú, con la piel transparente, los ojos de azul celeste y el cabello de nube, tenías los colores del cielo.

Como todas las niñas de los Andes, pronto aprendiste a tejer trenzas con tu pelo. Pero como las tuyas eran de agua, te gustaba llenar el cántaro con ellas.

Las mujeres, que llegaban desde la aldea, te agradecían con sus gestos y ofrendas, porque tú les entregabas ese cántaro repleto para que te lo devolvieran vacío. No sabías que ellas te adoraban. Para ti, todo era un juego.

Con el paso del tiempo, descubriste que tu naturaleza era distinta a la de la gente, y sospechaste que la nube que poblaba el cielo albergaba parte de tu origen.

Entonces, quisiste alcanzarla y saber por qué era igual que tu pelo.

Sin dudarlo, cargaste el cántaro y emprendiste el viaje. Con la vista puesta en la cima de los cerros custodios del tiempo y del espacio, comenzaste a ascender por el hilo que esquivaba las quebradas.

A tu paso, la tierra seca despertó semillas, y el camino se pobló de hojas verdes. Pero también el viento mostró su rostro duro y opuso resistencia. Nada fue fácil. Con los días y las noches, el cansancio se amontonó en tus pequeños pies de agua, y estuviste a punto de perder el cántaro. Pero continuaste, sin abandonar tu sueño.

Tras un tiempo que nadie ha medido, llegaste a tu morada nueva. Allí, descubriste de qué estabas hecha y, sintiéndote en casa, te convertiste en una anciana eterna.

Tal vez olvidaste muchas cosas, pero jamás a las mujeres que te saludaban cada mañana con sus ofrendas.

Por eso, aún hoy tejes tus trenzas y sigues llenando el cántaro. Y como en aquel lejano juego, lo inclinas cada tanto para derramar lo que guardas dentro.

Sigues siendo Uma, pero quienes no conocen tu nombre te llaman lluvia.

Carolina Loureiro nació en Córdoba y reside en Bolivia desde 1992. Trabaja en el mundo editorial, en la elaboración de textos escolares y activamente en programas de promoción de la lectura. Escribe poemas y relatos para niños y niñas. Publicó *La sonrisa del Pepino* y *El árbol de Anselmo*.

AGUA DE LLUVIA

Aledo Luis Meloni

Agua de lluvia,
tan buena con el ave y con el árbol,
que hay siempre a tu llegada un trino nuevo
en la garganta de cristal de cada pájaro.

Agua de lluvia:
yo adivino el secreto, tan puro, de tu llanto.

Eres vellón, copo de nieve, espuma,
y caída serás, tal vez, oscuro charco
y perderás, como una cuerda rota,
la vibración divina de tu canto.

Tu destino es igual al destino del hombre,
agua de lluvia, desflecada en llanto:
vellón, copo de nieve, espuma,
tal vez oscuro charco.

Aledo Luis Meloni (1912-2016) nació en Bolívar, provincia de Buenos Aires, pero vivió toda su vida adulta en el Chaco, donde fue maestro rural y, con el tiempo, uno de los grandes exponentes de la literatura del interior de la Argentina. Escribía fundamentalmente coplas, con las que describió paisajes y conductas, que hoy se leen y estudian en todos los niveles educativos obligatorios de esa provincia. De su larga obra, *Tierra ceñida a mi costado* (1965) es una de las más reconocidas, y a ella pertenece este poema.

POEMA

Mercedes Calvo

Las aspas del molinete
nunca descansan
giran enloquecidas
mas no se alcanzan
calesita de flores
ligera danza
cambiando los colores
de su mudanza.

Las aspas del molinete
marean al viento
giran sin detenerse
fugaz momento
escándalo de luz
ojo contento
y un run run en el nido
del sentimiento.

Mercedes Calvo es uruguaya. Obtuvo en 2008 el Premio Hispanoamericano de Poesía para Niños por *Los espejos de Anaclara* (Fondo de Cultura Económica / Fundación para las Letras Mexicanas). En 2010 publicó *Poesía con niños: guía para propiciar el encuentro de los niños con la poesía*. También ha escrito *En los dedos del viento* y *Tomar la palabra: la poesía en la escuela*.



PALABRAS

Silvia Schujer

Te regalo una palabra
con cinta y moño
de estas que se desatan
cualquier otoño.

Una palabra blanda
con piel de espuma
para soplarle al viento
y llenar la luna.

Luna de una palabra
que, soñadora,
vive cuando se duerme
y muere en la aurora.

Te regalo una palabra
sin decir nada
porque la traigo escrita
en tu mirada.

Una palabra enorme
con nuez y ruido
de la que no se pierden
cuando se han ido.

Te la regalo ahora
porque es urgente
que alces la vista y veas
que estoy enfrente.

Silvia Schujer nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. Es escritora y compositora. Dirigió suplementos infantiles, coordina talleres literarios y recibió diversos premios, entre ellos, el Casa de las Américas por su obra *Cuentos y chinventos*. Entre sus libros destacan: *Oliverio*, *Junta preguntas*, *Puro huesos*, *La abuela electrónica*, *Canciones de cuna para dormir cachorros*, *Maleducada*, *999 grullas y un loro*, *Las visitas* y *A la rumba luna*.

BAJÓ UN PAJARITO ROJO

Enrique Banchs

Bajó un pajarito rojo,
una chispa en cada ojo.
Pájaro rojo, tan verde
que entre las hojas se pierde.

Un pajarito amarillo,
redondo como un ovillo,
y que parecía azul,
cuadrado como un baúl.

Este pájaro morado,
si no morado, dorado
que era tan blanco, tan blanco,
coliblanco, pechiblanco

todo de color café,
Bajó, se voló y se fue.

Enrique Banchs (1888-1968) nació en Buenos Aires. Fue un poeta que cultivó formas clásicas inspiradas en el Siglo de Oro español, con reminiscencias modernistas y trabajó intensamente el soneto. Además, fue periodista y maestro. En su madurez escribió relatos para niños y niñas.

LA LLAVE DE JOSEFINA

Iris Rivera

Hay gente que no tiene paciencia para leer historias.

Acá se cuenta que Josefina iba caminando y encontró una llave. Una llave sin dueño. Josefina la levantó y siguió andando.

Seis pasos más allá encontró un árbol. Con la llave abrió la puerta del árbol y entró. Vio cómo subía la savia hasta las ramas y subió con la savia.

Y llegó a una hoja y a una flor. Se asomó a la orilla de un pétalo, vio venir a una abeja y la vio aterrizar.

Con la llave, Josefina abrió la puerta de la abeja y entró.

La oyó zumbear desde adentro, conoció el sabor del néctar y el peso del polen.

Y voló hasta un panal.

Con la llave abrió la puerta del panal, abrió la puerta de una gota de miel y entró y goteó sobre la zapatilla de un hombre que juntaba la miel.

Hay gente que en esta parte ya se aburría y prende la tele. Pero la historia dice que, con la llave, Josefina abrió la puerta del hombre y entró. Y sintió lo fuerte que quema el sol y cómo se cansa la cintura y que el agua es fresca. Y, con la mano del hombre, acarició a un perro común y silvestre.

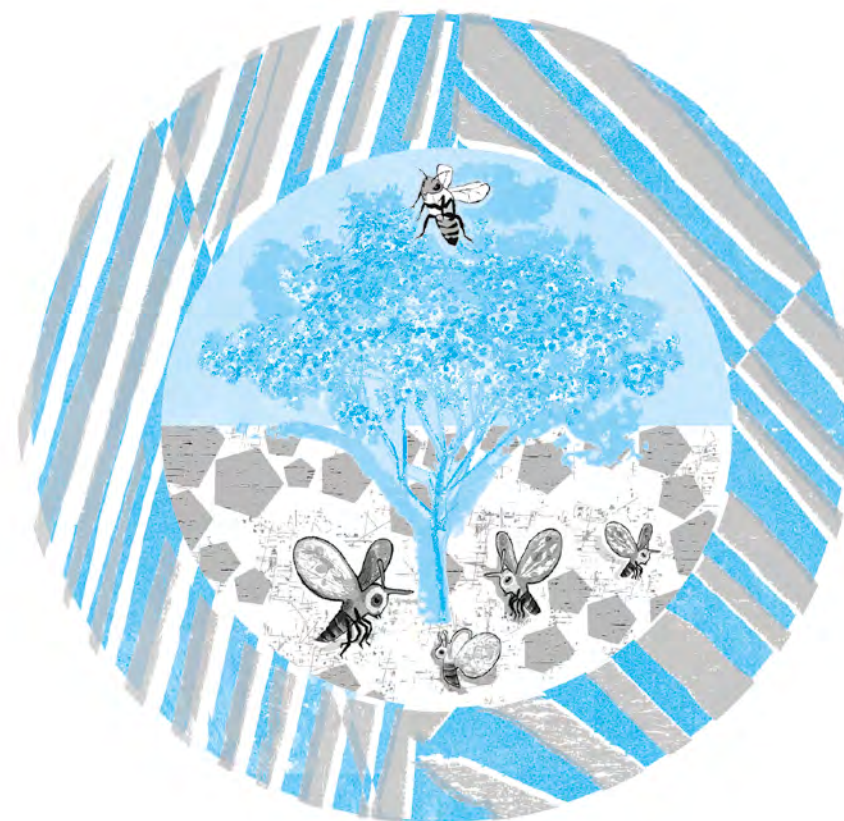
Con la llave, Josefina abrió la puerta del perro y entró. Y les ladró a las gallinas, al gato y al cartero. Y después abrió la puerta del cartero, del gato, de las gallinas, de las limas para uñas, de las tortas de crema, de los banquitos petisos y de los grillos.

Hay gente que, a esta altura, ya se fue a tomar la leche. Pero la historia dice que, cuando estuvo segura de que esa llave abría todas las puertas, Josefina abrió la puerta de Josefina y entró.

Se sentó en el banquito petiso y, con la lima para uñas, se puso a hacer otra llave distinta a la primera, pero igual.

Después se quedó sentada en el banquito, pensando. Josefina quiere elegir a quién darle la segunda llave. Porque no es cuestión de entregársela a cualquiera.

Pero si vos todavía estás ahí, si no prendiste la tele y no te fuiste a tomar la leche... acá la tenés, tomala. Porque dice Josefina que la llave es tuya.



Iris Rivera nació en Buenos Aires. Es maestra normal nacional y profesora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Dicta talleres de lectura y escritura en espacios no convencionales, como cárceles y comunidades de recuperación para jóvenes drogadependientes. Es autora, entre otros, de los libros *Historias de no creer*, *Sacá la lengua*, *Contando ando*, *Cuentos populares de aquí y de allá* y *Manos brujas*.

DE COLORES

Didi Grau

Con camisa azul celeste
se vistió el jacarandá.
De blanco está la magnolia,
de rosado el ñandubay.

Lai, larai, lai lai.

Amarillo hay en la tipa,
verde en el sauce llorón.
Dulzura en el paraíso.
En el ceibo, bermellón.

Bom, boróm, bom bom.

Didi Grau es una escritora e ilustradora nacida en Buenos Aires, donde cursó la carrera de Bellas Artes, trabajó en diversas editoriales y coordinó talleres de historieta en escuelas. Como escritora, colaboró en revistas infantiles, realizó guiones para historietas y publicó varios libros de cuentos, entre ellos *El mundo de Molina Campos para niños*, *Cuentos que son de verdad*, *Cereza y Kiwi*, *¡Cuántos bichos!* y *Un capote de primera*.

MARGARITA

Rubén Darío

A Margarita Debayle

Margarita, está linda la mar,
y el viento,
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento:
Margarita, te voy a contar
un cuento.

* * *

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes,

un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita, como tú.

Una tarde, la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso retener.



La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: “¿Qué te has hecho?
te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?”.

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
“Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad”.

Y el rey clama: “¿No te he dicho
que el azul no hay que cortar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!...
El Señor se va a enojar”.

Y ella dice: “No hubo intento;
yo me fui no sé por qué.
Por las olas, por el viento
fui a la estrella y la corté”.

Y el papá dice enojado:
“Un castigo has de tener:
vuelve al cielo y lo robado
vas ahora a devolver”.

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: “En mis campiñas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí”.

Viste el rey pompas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

* * *

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.



Rubén Darío (1867-1916) nació en Nicaragua. Fue el principal exponente del modernismo latinoamericano. Se llamaba en realidad Félix Rubén García Sarmiento y fue un destacado periodista y diplomático. De sus muchos libros de poesía, aclamados en toda América, destacan *Abrojos*, *Rimas*, *Azul* y *Canto a la Argentina*. “Margarita” es un poema en versos alejandrinos escrito en 1908.

QUIETUD

Ricardo Güiraldes

Tarde, tarde
cae la tarde
larga, larga
se aletarga
en derrumbe silencioso
como mirada en un pozo.



Ricardo Güiraldes nació en San Antonio de Areco, provincia de Buenos Aires, en 1886 y murió en París, Francia, en 1927. Es uno de los principales representantes de la literatura gauchesca, en especial por su novela *Don Segundo Sombra*, en parte autobiográfica. Este poema pertenece al libro *El cencerro de cristal* (1915). Sus obras están disponibles en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

CANCIÓN REPETIDA

Malicha Leguizamón

Corre y llora por tus venas,
muchacha del Paraná,
y se desviste en tus brazos
la flor del jacarandá.

Azul de la azulería
en su lenta soledad
quiere poblar hasta el cielo
su descubierto pesar.

Corre y llora por tu cuerpo,
muchacha del Paraná,
y se recuesta en tu pecho
la flor del jacarandá.

Azul de la azulería
en su sueño vegetal
inventa más de un poema
para no hacerte penar.

Corre y llora por tu sombra,
muchacha del Paraná,
y se deshace en tus ojos
la flor del jacarandá.

María Luisa Cresta de Leguizamón (1918–2008), más conocida como Malicha, fue una escritora y crítica reconocidísima en el centro de nuestro país. Poeta, narradora, ensayista, profesora emérita de la Universidad Nacional de Córdoba, fue una de las investigadoras, defensoras y difusoras más decididas de la literatura infantojuvenil. Durante los años de la dictadura sufrió cesantías y la pérdida de un hijo a manos de la represión militar. Este poema fue tomado del libro *De todo un poco*.

EL MAMBORETÁ

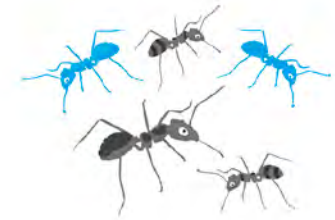
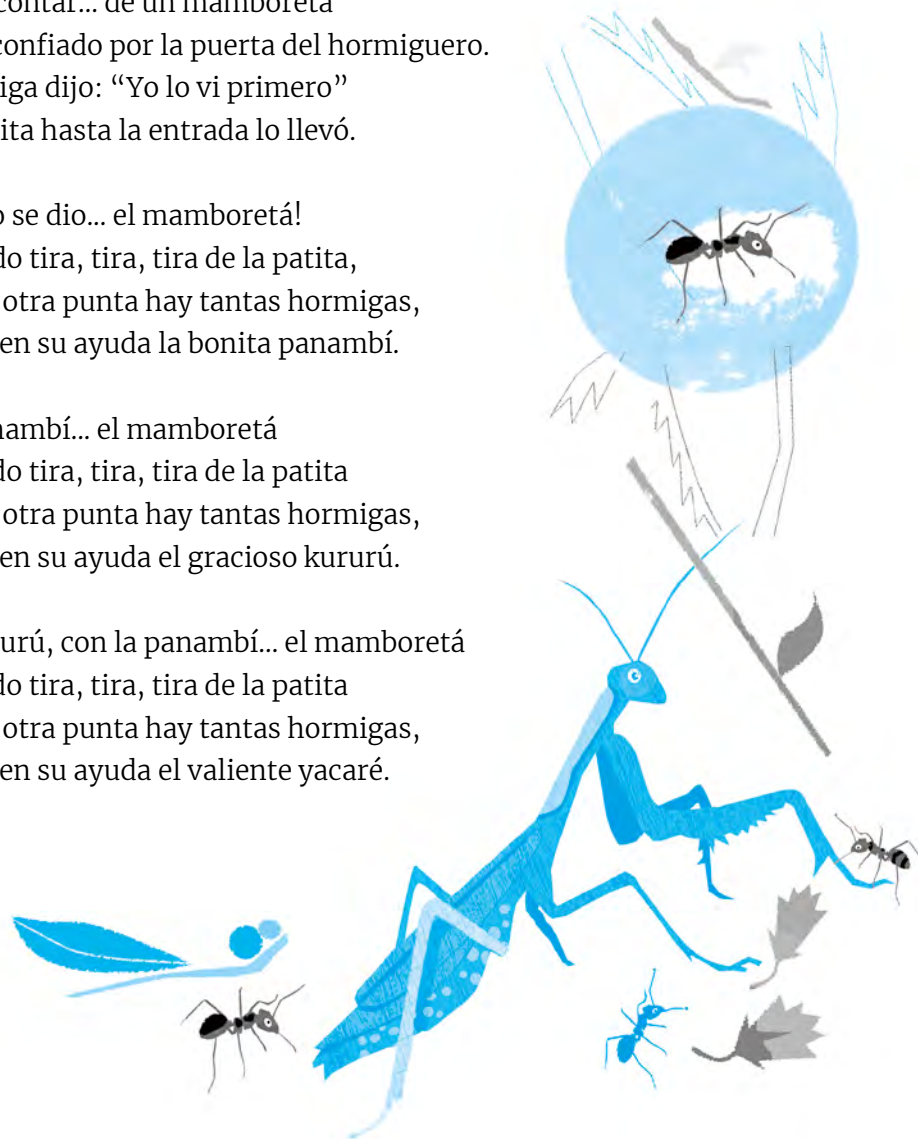
Grupo Canticuénticos

Les voy a contar... de un mamboretá que pasó confiado por la puerta del hormiguero. Una hormiga dijo: "Yo lo vi primero" y de la patita hasta la entrada lo llevó.

¡Qué susto se dio... el mamboretá! Preocupado tira, tira, tira de la patita, pero en la otra punta hay tantas hormigas, que viene en su ayuda la bonita panambí.

Con la panambí... el mamboretá preocupado tira, tira, tira de la patita pero en la otra punta hay tantas hormigas, que viene en su ayuda el gracioso kururú.

Con el kururú, con la panambí... el mamboretá preocupado tira, tira, tira de la patita pero en la otra punta hay tantas hormigas, que viene en su ayuda el valiente yacaré.



Con el yacaré, con el kururú, con la panambí... el mamboretá... preocupado tira, tira, tira de la patita pero en la otra punta hay tantas hormigas, que viene en su ayuda el tranquilo ñurumí.

Con el ñurumí, con el yacaré, con el kururú, con la panambí... el mamboretá preocupado tira, tira, tira de la patita. Cuando el ñurumí ve que son hormigas, se relame y dice: "¡Hora de desayunar!"

Les voy a contar... de un mamboretá que pasó confiado por la puerta del hormiguero, con el ñurumí, como compañero... Pero las hormigas no salieron ni a mirar.



Esta es la letra de un chamamé del **Grupo Canticuénticos**, con letra de Ruth Hillar y música de Daniel Bianchi y Laura Ibáñez. Este grupo de actores, actrices y músicos santafesinos goza de gran popularidad en todo el país.

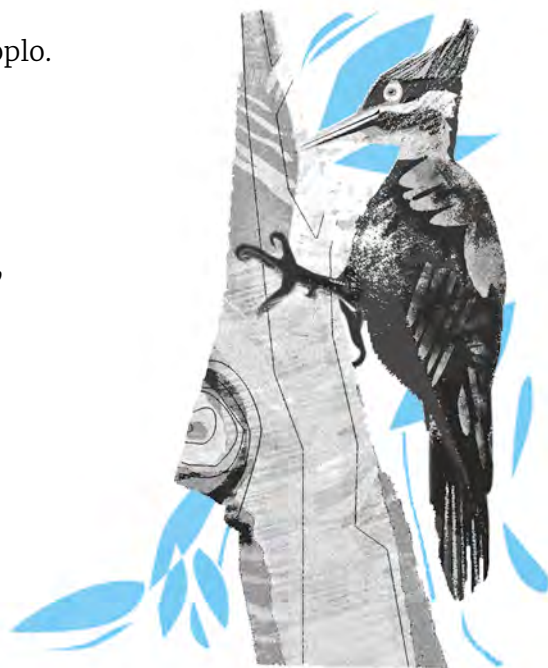
EL CARPINTERO

Leopoldo Lugones

El maestro carpintero
de la boina colorada,
va desde la madrugada
taladrando su madero.

No corre en el bosque un soplo.
Todo es silencio y aroma.
Solo él monda la carcoma
con su revibrante escoplo.

Y a ratos, con brusco ardor,
bajo la honda paz celeste,
lanza intrépido y agreste
el canto de su labor.



Leopoldo Lugones (1874-1938) nació en la provincia de Córdoba. Fue uno de los más destacados intelectuales argentinos de comienzos del siglo veinte. Poeta, narrador, ensayista y político, junto con Rubén Darío fueron cumbres del modernismo hispanoamericano. Fue el primero en usar el verso libre en la poesía hispánica, y como cuentista fue precursor de la literatura fantástica y de ciencia ficción en la Argentina. La fecha de su nacimiento, el 13 de junio, se instituyó como Día del Escritor.

Mundo animal

PLATERO Y YO

Juan Ramón Jiménez

Capítulo 1

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: “¿Platero?”, y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña... pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

–Tiene acero...

–Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Juan Ramón Jiménez nació en Moguer, España, en 1881, y murió en San Juan de Puerto Rico, en 1958. Fue uno de los escritores más reconocidos del siglo pasado, de gran influencia en la llamada Generación del 27. A raíz de las persecuciones políticas, debió abandonar España en 1936. Durante su exilio visitó nuestro país, donde fue recibido con gran entusiasmo. Por su novela *Platero y yo* (1917) y el conjunto de su obra recibió, en 1956, el Premio Nobel de Literatura. Sus textos están disponibles en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

ROMANCILLO DEL VIEJO RATÓN

Javier Villafañe

*Hay catorce lauchas
en torno a un ratón
viejo, rengo y ciego
pelado y rabón.*

–Cuéntenos, abuelo,
lo que le pasó...

*Y repite el cuento
que otra vez contó:*

–Pito colorín...

Pito colorón...

Por una cocina
me paseaba yo.

Limpias las baldosas,
fregado el fogón,
no había en el suelo
ni un gramo de arroz.
La señora escoba
todo se llevó.

Pito colorín...

Pito colorón...

Dormida en un banco
sobre un almohadón,
una gata negra
hacía ron, ron...

Cuando el gato duerme
pasea el ratón.
Esto lo sabemos
ustedes y yo.

Pito colorín...

Pito colorón...

Andaba esa noche
del banco al fogón,
con mi larga cola
como un gran señor.

Pito colorín...

Pito colorón...



De pronto descubro
que allá en un rincón,
un trozo de queso
la escoba olvidó.
Lo que no se barre
lo come el ratón.
Esto lo sabemos
ustedes y yo.

Pito colorín...

Pito colorón...

Huelo, me relamo,
doy un mordiscón
y en una trampa
mi cola quedó.

Pito colorín...

Pito colorón...

Por comer de prisa
me quedé rabón...

*La laucha más laucha
pregunta al ratón:*

–¿Y la gata negra
no se despertó?

–Fue por un milagro
que no me comió.
–Este cuento, abuelo,
sirve de lección...

Pito colorín...

Pito colorón...



Javier Villafañe (Buenos Aires, 1909-1996) fue sin duda alguna el más grande titiritero de América Latina, como fue también poeta, narrador, ensayista, pensador y un andariego sin pausa. El teatro de títeres fue su pasión de vida. Desde 1935, con su carreta La Andariega, presentó su espectáculo recorriendo la Argentina y también Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Venezuela, donde pasó un largo exilio entre 1967 y 1984, cuando regresó al país.

EL CARACOL MOCHILERO

Vilma Novick Freyre

El caracol Tito Chávez una tarde en pleno enero despidió a sus familiares y se fue de mochilero.

Quiere recorrer el mundo sin apuros ni equipajes.

Ser el dueño de su tiempo y un cazador de paisajes.

Manda fotos y postales de lugares recorridos:

de las grandes capitales al pueblo más escondido.

Anduvo ya por la China, por la India, por Japón

y de Europa ha visitado hasta el último rincón.



Lleva su casa a cuestas por los cinco continentes y en una libreta anota las costumbres de su gente.

Paseó de norte a sur

por la tierra americana

y en un barco militar

llegó a la costa africana.

Ahora se está preparando

a recorrer Oceanía

y ha dicho que a los Polos

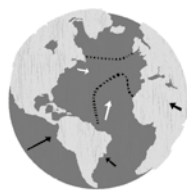
se animará cualquier día.

Por kilómetros recorridos

bate el récord de viajero

nuestro amigo, Tito Chávez,

el Caracol Mochilero.



Vilma Novick Freyre nació en Río Tercero, provincia de Córdoba. Es escritora, narradora oral y docente. Conductora del programa televisivo cordobés para niños *Pan con dulce*. Publicó, entre otros, *El último mayordomo*, *Secretos del castillo de Duino*, *El Popurquizo* (historia de Río Tercero para niños), *Ovillo de luna*, *Dos pájaros sin ala* y *Derrumbe de ángeles*.

EL HÉROE

Ricardo Mariño



De todos los bichos de la Planta de Limón, el mosquito Efraín era el más sufrido. No había cucaracha, araña, bicho bolita o moscardón que no se riera de él porque era asustadizo, torpe, tímido. Hasta sus padres y hermanas solían murmurar “¡cabeza de mosquito!”, cuando él cometía un error. “Tengo que hacer algo”, pensaba Efraín mientras en vano trataba de no oír las burlas de sus vecinos.

Un día tomó una decisión: abandonar la Planta de Limón donde vivía y salir al mundo. De madrugada, mientras todos dormían, se marchó. Voló dos horas seguidas y al fin llegó al puerto. Eligió un barco que tenía un delicioso olor a pescado podrido y se refugió en el camarote del Capitán.

Cuando el barco zarpó, Efraín recordó a sus padres y rompió a llorar, pero luego pensó: “tengo que aprender a ser fuerte, para eso emprendí esta aventura... Recorreré el mundo. Volveré con el ojo furioso”.

Sus problemas empezaron no bien tuvo que procurarse comida. Efraín se tiró en picada sobre el enorme brazo del Capitán, hundiendo su aguijón en la piel.

– ¡Maldición! – gritó el hombre, alzando su mano gigantesca. Una milésima antes de que la mano se estrellara contra el brazo, Efraín logró apartarse. Furioso, el Capitán agarró un matamosquitos y lo persiguió por todo el camarote. Tras una terrible persecución, Efraín escapó por debajo de la puerta. El resto del viaje estuvo lleno de peligros: un temporal lo sorprendió descansando en la vela mayor; otro día fue atacado con armas químicas por el enloquecido cocinero chino que lo bañó con sus aerosoles e insecticidas. Efraín tosió tres horas seguidas. Otro terrorífico momento fue cuando sus patas quedaron pegadas al dulce de leche que comía el fogonero del barco... De todos esos peligros, Efraín se las arregló para salir con vida.

El barco amarró por fin en el puerto inglés de Liverpool. Efraín bajó y conoció los sitios más increíbles. Un día peleó contra dos jefes británicos y los venció. Otro día quedó enredado en las telas de una araña escocesa y, demostrando una fuerza que ni él mismo imaginaba, logró desprenderse.

Mientras tanto los vecinos de la Planta de Limón y, en especial los padres y hermanos de Efraín, no pasaban un día sin recordar al mosquito, arrepentidos de haberlo maltratado. “¿Dónde estará? Qué injustos fuimos. Era un mosquito muy joven y nos burlamos de él”, decían.

Hasta que una noche sucedió algo increíble: todos los bichos del vecindario se trasladaron hasta el bar “Don Chicho” a ver el partido Argentina-Inglaterra. Cada uno se acomodó como pudo, volando alrededor de la lamparita o sobre el pelo de los hombres que miraban. Pero casi se mueren de la emoción cuando, después del gol argentino, vieron que ¡el mosquito Efraín daba vueltas y vueltas ante la cámara, festejando el gol! ¡Efraín estaba en Inglaterra!

En el segundo tiempo el referí dio un penal para los ingleses. El bar “Don Chicho” pareció estallar de rabia. Una parte de los humanos y casi todos los insectos insultaban al referí alemán. Los demás se agarraban la cabeza, miraban la pantalla como hipnotizados y repetían:

–Y ahora...

Los insectos se agruparon más cerca del televisor, sobre la cabeza de un señor pelado. El inglés iba a tirar el penal y el arquero argentino esperaba nervioso. Los segundos pasaban interminables. La pantalla mostró un primer plano del delantero inglés...

–¡Efraín! –gritó de pronto una mosca–. ¡Es Efraín!

Efraín el mosquito estaba sobre la mejilla del delantero inglés esperando que el referí diera la orden para patear el penal.

–Está por... por –alcanzó a murmurar el hermano mayor de Efraín. No alcanzó a decir “picarlo”. El referí hizo sonar el silbato. El jugador corrió hacia la pelota y cuando estaba por patear Efraín hundió su aguijón en su acalorada mejilla. El delantero se sorprendió, hizo una extraña mueca y tiró la pelota a la tribuna. El “Don Chicho” estalló en gritos de algarabía. Pero en medio de los festejos una cucaracha que estaba sobre la propia mesa del televisor gritó:

–¡Esperen!

No fue necesario que explicara nada porque todo se vio con claridad: el jugador acababa de pegarse en la cara, aplastando a Efraín.

Los bichos salieron volando del “Don Chicho” sin interesarse por cómo seguía el partido. Desconsolados, regresaron enmudecidos a la Planta de Limón. Fue una noche interminable en la que nadie podía parar de llorar y de decir cosas como “fue un héroe” o “yo jamás me hubiera animado a arriesgarme como lo hizo él”.

Bueno, no todas las historias pueden tener final feliz y sobre Efraín el Mosquito solo falta agregar que a la mayoría de los bichitos que nacieron esa temporada los padres les pusieron su nombre y que cada tanto en el barrio de la Planta de Limón aparece escrita, con indudable letra de insecto, la leyenda “Efraín vive”. Lástima que no sea cierto.



Ricardo Mariño nació en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires. Es escritor, periodista y guionista. Entre 1985 y 1988 dirigió la revista *Mascaró* y se dedicó a escribir cuentos cortos para revistas infantiles. Recibió el Premio Casa de las Américas en 1988. Entre sus títulos figuran: *El sapo más lindo del mundo*, *Cuentos espantosos*, *Botella al mar* y la serie protagonizada por su personaje Cinthia Scoch.

EL GATO

Marina Colasanti

En lo alto del muro
saltando en lo oscuro
maullando en el monte
entrando en apuros
es gato, seguro.

De antiguo pasado
dudoso futuro
movimiento puro
aire refinado
sin duda es el gato.

Tiene que ser gato
ese animal exacto
acróbata nato
que cae de cuatro.



Marina Colasanti nació en Asmara, Eritrea. Vivió su infancia en África e Italia; luego se trasladó a Brasil, donde reside. Periodista, editora, poeta y narradora, traductora e ilustradora, ha escrito más de 40 libros, tanto para adultos como para el público infantil y juvenil. Recibió varias veces el Premio Jabuti, de gran trascendencia en Brasil y, en 2017, el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, por su relectura valorativa de los cuentos de hadas. *Lejos como mi querer y otros cuentos*, *Veintitrés historias de un viajero*, *La amistad mueve la cola* son algunos de sus títulos. Traducción de **María Teresa Andruetto**.

LOS NIDOS

Roberto Bertolino

Llegábamos al monte y, para recorrerlo, buscábamos el camino más largo y sinuoso. Y recogíamos los nidos más diversos: nidos de paloma, raleados, sobre una delgada rama de tala; de corbata, de churrinche, de chingolo, con su característico empozado lacio de cerda. O, si pasábamos por el arroyo, nidos de boyero con su barba larga y pajosa.

A veces, hasta regresábamos con un horno pequeño de hornero. O con la espinosa casa pinchuda del chinchibirre.

Para testimoniar nuestra hazaña, les dejábamos el trocito de gajo es-tribadero de donde se sostenían.

Y volvíamos al pueblo cargados de nidos...

Un día encontramos a mamá llorando sobre el tanque con agua de lluvia.

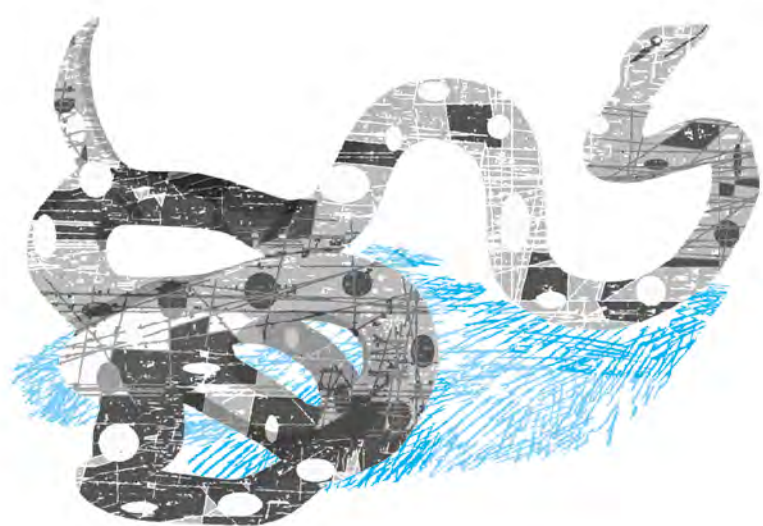
Estoy seguro de que si en ese momento hubiéramos comprendido qué cosa era el desalojo, habríamos devuelto todos los nidos a sus pájaros.

Roberto Bertolino (1944-1996) fue un escritor uruguayo, maestro y director de escuela pública, así como consultor de la UNESCO en el área de Promoción de la Lectura. Escribió: *Ramón*, *Crónicas de Niños*, *El aguatero de Buenos Aires*, *El hombrecito de agua* y *El país de las plantas*, entre muchas otras obras que merecieron distintos reconocimientos internacionales. Este texto se tomó de: *Ramón*. Biblioteca Plan Ceibal. Ediciones AULI (Asociación Uruguaya de Literatura Infantil-juvenil).

ANACONDA

Clarisa Ruiz

La palabra *anaconda* es misteriosa y temible. Además, es densa, ancha y pesada: anaconda. Pues bien, la anaconda serpiente solo tiene en común con la anaconda palabra su peso. La anaconda es la serpiente más pesada que existe. Sin embargo, estas gorditas son buenas amigas del hombre, llegando inclusive a servir de niñeras protectoras de bebés indígenas en la profundidad de la selva. Así que cuando te encuentres con una anaconda de dos metros de largo y doscientos cincuenta kilos de peso, no te asustes, trátala como a una vieja amiga.



Clarisa Ruiz Correal es colombiana. Tiene una larga trayectoria como funcionaria cultural y produjo programas de televisión infantiles y de escritura a cuatro manos con reconocidas especialistas, como Yolanda Reyes y Nathalie Leger-Cresson. Actualmente dirige una escuela de arte para niños. *Palabras que me gustan* y *Tocotoc, el cartero enamorado* son algunos de sus libros.

LA GUERRA DE LOS YACARÉS

Horacio Quiroga

En un río muy grande, en un país desierto donde nunca había estado el hombre, vivían muchos yacarés. Eran más de cien o más de mil. Comían peces, bichos que iban a tomar agua al río, pero sobre todo peces. Dormían la siesta en la arena de la orilla, y a veces jugaban sobre el agua cuando había noches de luna.

Todos vivían muy tranquilos y contentos. Pero una tarde, mientras dormían la siesta, un yacaré se despertó de golpe y levantó la cabeza porque creía haber sentido ruido. Prestó oídos, y lejos, muy lejos, oyó efectivamente un ruido sordo y profundo. Entonces llamó al yacaré que dormía a su lado.

– ¡Despiértate! –le dijo–. Hay peligro.

– ¿Qué cosa? –respondió el otro, alarmado.

– No sé –contestó el yacaré que se había despertado primero–. Siento un ruido desconocido.

El segundo yacaré oyó el ruido a su vez, y en un momento despertaron a los otros. Todos se asustaron y corrían de un lado para otro con la cola levantada.

Y no era para menos su inquietud, porque el ruido crecía, crecía. Pronto vieron como una nubecita de humo a lo lejos, y oyeron un ruido de chaschas en el río, como si golpearan el agua muy lejos.

Los yacarés se miraban unos a otros: ¿qué podía ser aquello?

Pero un yacaré viejo y sabio, el más sabio y viejo de todos, un viejo yacaré a quien no quedaban sino dos dientes sanos en los costados de la boca, y que había hecho una vez un viaje hasta el mar, dijo de repente:

– ¡Yo sé lo que es! ¡Es una ballena! ¡Son grandes y echan agua blanca por la nariz! El agua cae para atrás.

Al oír esto, los yacarés chiquitos comenzaron a gritar como locos de miedo, zambullendo la cabeza. Y gritaban:

– ¡Es una ballena! ¡Ahí viene la ballena!

Pero el viejo yacaré sacudió de la cola al yacarecito que tenía más cerca.

– ¡No tengan miedo! –les gritó–. ¡Yo sé lo que es la ballena! ¡Ella tiene miedo de nosotros! ¡Siempre tiene miedo!

Con lo cual los yacarés chicos se tranquilizaron. Pero enseguida volvieron a asustarse, porque el humo gris se cambió de repente en humo negro, y todos sintieron bien fuerte ahora el chas-chas-chas en el agua. Los yacarés, espantados, se hundieron en el río, dejando solamente fuera los ojos y la punta de la nariz. Y así vieron pasar delante de ellos aquella cosa inmensa, llena de humo y golpeando el agua, que era un vapor de ruedas que navegaba por primera vez por aquel río.

El vapor pasó, se alejó y desapareció. Los yacarés entonces fueron saliendo del agua, muy enojados con el viejo yacaré, porque los había engañado, diciéndoles que eso era una ballena.

– ¡Eso no es una ballena! –le gritaron en las orejas, porque era un poco sordo–. ¿Qué es eso que pasó?

El viejo yacaré les explicó entonces que era un vapor, lleno de fuego, y que los yacarés se iban a morir todos si el buque seguía pasando. Pero los yacarés se echaron a reír, porque creyeron que el viejo se había vuelto loco. ¿Por qué se iban a morir ellos si el vapor seguía pasando? ¡Estaba bien loco el pobre yacaré viejo!

Y como tenían hambre, se pusieron a buscar peces.

Pero no había ni un pez. No encontraron un solo pez. Todos se habían ido, asustados por el ruido del vapor. No había más peces.

– ¿No les decía yo? –dijo entonces el viejo yacaré–. Ya no tenemos nada que comer. Todos los peces se han ido. Esperemos hasta mañana. Puede ser que el vapor no vuelva más, y los peces volverán cuando no tengan más miedo.

Pero al día siguiente sintieron de nuevo el ruido en el agua, y vieron pasar de nuevo al vapor, haciendo mucho ruido y largando tanto humo que oscurecía el cielo.

– Bueno –dijeron entonces los yacarés–; el buque pasó ayer, pasó hoy, y pasará mañana. Ya no habrá más peces ni bichos que vengan a tomar agua, y nos moriremos de hambre. Hagamos entonces un dique.

– ¡Sí, un dique! ¡Un dique! –gritaron todos, nadando a toda fuerza hacia la orilla–. ¡Hagamos un dique!

Enseguida se pusieron a hacer el dique. Fueron todos al bosque y echaron abajo más de diez mil árboles, sobre todo lapachos y quebrachos, porque tienen la madera muy dura... Los cortaron con la especie de serrucho que los yacarés tienen encima de la cola; los empujaron hasta el agua, y los clavaron a todo lo ancho del río, a un metro uno del otro. Ningún buque podía pasar por allí, ni grande ni chico. Estaban seguros de que nadie vendría a espantar los peces. Y como estaban muy cansados, se acostaron a dormir en la playa.

Al otro día dormían todavía cuando oyeron el chas-chas-chas del vapor. Todos oyeron, pero ninguno se levantó ni abrió los ojos siquiera. ¿Qué les importaba el buque? Podía hacer todo el ruido que quisiera, por allí no iba a pasar.

En efecto: el vapor estaba muy lejos todavía cuando se detuvo. Los hombres que iban adentro miraron con anteojos aquella cosa atravesada en el río y mandaron un bote a ver qué era aquello que les impedía pasar. Entonces los yacarés se levantaron y fueron al dique, y miraron por entre los palos, riéndose del chasco que se había llevado el vapor.

El bote se acercó, vio el formidable dique que habían levantado los yacarés y se volvió al vapor. Pero después volvió otra vez al dique, y los hombres del bote gritaron:

– ¡Eh, yacarés!

– ¡Qué hay! –respondieron los yacarés, sacando la cabeza por entre los troncos del dique.

– ¡Nos está estorbando eso! –continuaron los hombres.

– ¡Ya lo sabemos!

– ¡No podemos pasar!

– ¡Es lo que queremos!

– ¡Saquen el dique!

– ¡No lo sacamos!

Los hombres del bote hablaron un rato en voz baja entre ellos y gritaron después:

– ¡Yacarés!

–¿Qué hay? –contestaron ellos.

–¿No lo sacan?

–¡No!

–¡Hasta mañana, entonces!

–¡Hasta cuando quieran!

Y el bote volvió al vapor, mientras los yacarés, locos de contentos, daban tremendos colazos en el agua. Ningún vapor iba a pasar por allí y siempre, siempre, habría peces.

Pero al día siguiente volvió el vapor, y cuando los yacarés miraron el buque, quedaron mudos de asombro: ya no era el mismo buque. Era otro, un buque de color ratón, mucho más grande que el otro. ¿Qué nuevo vapor era ese? ¿Ese también quería pasar? No iba a pasar, no. ¡Ni ese, ni otro, ni ningún otro!

–¡No, no va a pasar! –gritaron los yacarés, lanzándose al dique, cada cual a su puesto entre los troncos.

El nuevo buque, como el otro, se detuvo lejos, y también como el otro bajó un bote que se acercó al dique.

Dentro venían un oficial y ocho marineros. El oficial gritó:

–¡Eh, yacarés!

–¡Qué hay! –respondieron estos.

–¿No sacan el dique?

–No.

–¿No?

–¡No!

–Está bien –dijo el oficial–. Entonces lo vamos a echar a pique a cañonazos.

–¡Echen! –contestaron los yacarés.

Y el bote regresó al buque.

Ahora bien, ese buque de color ratón era un buque de guerra, un acorazado con terribles cañones. El viejo yacaré sabio que había ido una vez hasta el mar se acordó de repente, y apenas tuvo tiempo de gritar a los otros yacarés:

–¡Escóndanse bajo el agua! ¡Ligero! ¡Es un buque de guerra! ¡Cuidado! ¡Escóndanse!

Los yacarés desaparecieron en un instante bajo el agua y nadaron hacia la orilla, donde quedaron hundidos, con la nariz y los ojos únicamente fuera del agua. En ese mismo momento, del buque salió una gran nube blanca de humo, sonó un terrible estampido y una enorme bala de cañón cayó en pleno dique, justo en el medio. Dos o tres troncos volaron hechos pedazos, y enseguida cayó otra bala, y otra y otra más, y cada una hacía saltar por el aire en astillas un pedazo de dique, hasta que no quedó nada del dique. Ni un tronco, ni una astilla, ni una cáscara.

Todo había sido deshecho a cañonazos por el acorazado. Y los yacarés, hundidos en el agua, con los ojos y la nariz solamente afuera, vieron pasar el buque de guerra, silbando a toda fuerza.

Entonces los yacarés salieron del agua y dijeron:

–Hagamos otro dique mucho más grande que el otro.

Y en esa misma tarde y esa noche misma hicieron otro dique, con troncos inmensos. Después se acostaron a dormir, cansadísimos, y estaban durmiendo todavía al día siguiente cuando el buque de guerra llegó otra vez, y el bote se acercó al dique.

–¡Eh, yacarés! –gritó el oficial.

–¡Qué hay! –respondieron los yacarés.

–¡Saquen ese otro dique!

–¡No lo sacamos!

–¡Lo vamos a deshacer a cañonazos como al otro!...

–¡Deshagan... si pueden!

Y hablaban así con orgullo, porque estaban seguros de que su nuevo dique no podría ser deshecho ni por todos los cañones del mundo.

Pero un rato después el buque volvió a llenarse de humo, y con un horrible estampido la bala reventó en el medio del dique, porque esta vez habían tirado con granada. La granada reventó contra los troncos, hizo saltar, despedazó, redujo a astillas las enormes vigas. La segunda reventó al lado de la primera y otro pedazo de dique voló por el aire. Y así fueron deshaciendo el dique. Y no quedó nada del dique; nada, nada. El buque de guerra pasó entonces delante de los yacarés, y los hombres les hacían burlas tapándose la boca.

–Bueno –dijeron entonces los yacarés, saliendo del agua–. Vamos a morir todos, porque el buque va a pasar siempre y los peces no volverán.

Y estaban tristes, porque los yacarés chiquitos se quejaban de hambre. El viejo yacaré dijo entonces:

–Todavía tenemos una esperanza de salvarnos. Vamos a ver al Surubí. Yo hice el viaje con él cuando fui hasta el mar, y tiene un torpedo. Él vio un combate entre dos buques de guerra, y trajo hasta aquí un torpedo que no reventó. Vamos a pedirselo, y aunque está muy enojado con nosotros, los yacarés, tiene buen corazón y no querrá que muramos todos.

El hecho es que antes, muchos años antes, los yacarés se habían comido a un sobrinito del Surubí, y este no había querido tener más relaciones con los yacarés. Pero a pesar de todo fueron corriendo a ver al Surubí, que vivía en una gruta grandísima en la orilla del río Paraná, y que dormía siempre al lado de su torpedo. Hay surubíes que tienen hasta dos metros de largo y el dueño del torpedo era uno de esos.

–¡Eh, Surubí! –gritaron todos los yacarés desde la entrada de la gruta, sin atreverse a entrar por aquel asunto del sobrinito.

–¿Quién me llama? –contestó el Surubí.

–¡Somos nosotros, los yacarés!

–No tengo ni quiero tener relación con ustedes –respondió el Surubí, de mal humor.

Entonces el viejo yacaré se adelantó un poco en la gruta y dijo:

–¡Soy yo, Surubí! ¡Soy tu amigo el yacaré que hizo contigo el viaje hasta el mar!

Al oír esa voz conocida, el Surubí salió de la gruta.

–¡Ah, no te había conocido! –le dijo cariñosamente a su viejo amigo–. ¿Qué quieres?

–Venimos a pedirte el torpedo. Hay un buque de guerra que pasa por nuestro río y espanta a los peces. Es un buque de guerra, un acorazado. Hicimos un dique, y lo echó a pique. Hicimos otro, y lo echó también a pique. Los peces se han ido, y nos moriremos de hambre. Danos el torpedo, y lo echaremos a pique a él.

El Surubí, al oír esto, pensó un largo rato, y después dijo:

–Está bien; les prestaré el torpedo, aunque me acuerdo siempre de lo que hicieron con el hijo de mi hermano. ¿Quién sabe hacer reventar el torpedo?

Ninguno sabía, y todos callaron.

–Está bien –dijo el Surubí, con orgullo–, yo lo haré reventar. Yo sé hacer eso.

Organizaron entonces el viaje. Los yacarés se ataron todos unos con otros; de la cola de uno al cuello del otro; de la cola de este al cuello de aquel, formando así una larga cadena de yacarés que tenía más de una cuadra. El inmenso Surubí empujó el torpedo hacia la corriente y se colocó debajo, sosteniéndolo sobre el lomo para que flotara. Y como las lianas con que estaban atados los yacarés uno detrás del otro se habían concluido, el Surubí se prendió con los dientes de la cola del último yacaré, y así emprendieron la marcha. El Surubí sostenía el torpedo, y los yacarés tiraban, corriendo por la costa. Subían, bajaban, saltaban por sobre las piedras, corriendo siempre y arrastrando al torpedo, que levantaba olas como un buque por la velocidad de la corrida. Pero a la mañana siguiente, bien temprano, llegaban al lugar donde habían construido su último dique, y comenzaron enseguida otro, pero mucho más fuerte que los anteriores, porque por consejo del Surubí colocaron los troncos bien juntos, uno al lado del otro. Era un dique realmente formidable.

Hacía apenas una hora que acababan de colocar el último tronco del dique, cuando el buque de guerra apareció otra vez, y el bote con el oficial y ocho marineros se acercó de nuevo al dique. Los yacarés se treparon entonces por los troncos y asomaron la cabeza del otro lado.

–¡Eh, yacarés! –gritó el oficial.

–¡Qué hay! –respondieron los yacarés.

–¿Otra vez el dique?

–¡Sí, otra vez!

–¡Saquen ese dique!

–¡Nunca!

–¿No lo sacan?

–¡No!

–Bueno; entonces, oigan –dijo el oficial–. Vamos a deshacer este dique, y para que no quieran hacer otro los vamos a deshacer después a ustedes, a cañonazos. No va a quedar ni uno solo vivo, ni grandes, ni chicos, ni gordos, ni flacos, ni jóvenes, ni viejos, como ese viejísimo yacaré que veo allí, y que no tiene sino dos dientes en los costados de la boca.

El viejo y sabio yacaré, al ver que el oficial hablaba de él y se burlaba, le dijo:
–Es cierto que no me quedan sino pocos dientes, y algunos rotos. ¿Pero usted sabe qué van a comer mañana estos dientes? –añadió, abriendo su inmensa boca.

–¿Qué van a comer, a ver? –respondieron los marineros.

–A ese oficialito –dijo el yacaré y se bajó rápidamente de su tronco.

Entretanto, el Surubí había colocado su torpedo bien en medio del dique, ordenando a cuatro yacarés que lo agarraran con cuidado y lo hundieran en el agua hasta que él les avisara. Así lo hicieron. Enseguida, los demás yacarés se hundieron a su vez cerca de la orilla, dejando únicamente la nariz y los ojos fuera del agua. El Surubí se hundió al lado de su torpedo.

De repente el buque de guerra se llenó de humo y lanzó el primer cañonazo contra el dique. La granada reventó justo en el centro del dique, hizo volar en mil pedazos diez o doce troncos.

Pero el Surubí estaba alerta y apenas quedó abierto el agujero en el dique, gritó a los yacarés que estaban bajo el agua sujetando el torpedo:

–¡Suelten el torpedo, ligero, suelten!

Los yacarés soltaron, y el torpedo vino a flor de agua.

En menos del tiempo que se necesita para contarlo, el Surubí colocó el torpedo bien en el centro del boquete abierto, apuntando con un solo ojo, y poniendo en movimiento el mecanismo del torpedo, lo lanzó contra el buque.

¡Ya era tiempo! En ese instante el acorazado lanzaba su segundo cañonazo y la granada iba a reventar entre los palos, haciendo saltar en astillas otro pedazo del dique.

Pero el torpedo llegaba ya al buque, y los hombres que estaban en él lo vieron: es decir, vieron el remolino que hace en el agua un torpedo. Dieron todos un gran grito de miedo y quisieron mover el acorazado para que el torpedo no lo tocara.

Pero era tarde; el torpedo llegó, chocó con el inmenso buque bien en el centro, y reventó.

No es posible darse cuenta del terrible ruido con que reventó el torpedo. Reventó, y partió el buque en quince mil pedazos; lanzó por el aire, a cuerdas y cuerdas de distancia, chimeneas, máquinas, cañones, lanchas, todo.

Los yacarés dieron un grito de triunfo y corrieron como locos al dique. Desde allí vieron pasar por el agujero abierto por la granada a los hombres muertos, heridos y algunos vivos que la corriente del río arrastraba.

Se treparon amontonados en los dos troncos que quedaban a ambos lados del boquete y cuando los hombres pasaban por allí, se burlaban tapándose la boca con las patas.

No quisieron comer a ningún hombre, aunque bien lo merecían. Solo cuando pasó uno que tenía galones de oro en el traje y que estaba vivo, el viejo yacaré se lanzó de un salto al agua, y ¡tac! en dos golpes de boca se lo comió.

–¿Quién es ese? –preguntó un yacarecito ignorante.

–Es el oficial –le respondió el Surubí–. Mi viejo amigo le había prometido que lo iba a comer, y se lo ha comido.

Los yacarés sacaron el resto del dique, que para nada servía ya, puesto que ningún buque volvería a pasar por allí. El Surubí, que se había enamorado del cinturón y los cordones del oficial, pidió que se los regalaran, y tuvo que sacárselos de entre los dientes al viejo yacaré, pues habían quedado enredados allí. El Surubí se puso el cinturón, abrochándolo bajo las aletas y del extremo de sus grandes bigotes prendió los cordones de la espada. Como la piel del Surubí es muy bonita, y las manchas oscuras que tiene se parecen a las de una víbora, el Surubí nadó una hora pasando y repasando ante los yacarés que lo admiraban con la boca abierta.

Los yacarés lo acompañaron luego hasta su gruta y le dieron las gracias infinitas de veces. Volvieron después a su paraje. Los peces volvieron también, los yacarés vivieron y viven todavía muy felices, porque se han acostumbrado al fin a ver pasar vapores y buques que llevan naranjas.

Pero no quieren saber nada de buques de guerra.

Horacio Quiroga nació en Salto (Uruguay), en 1879, y murió en Buenos Aires, en 1937. Está considerado el más grande cuentista rioplatense, porque fue tan uruguayo como argentino, y porque su obra monumental revolucionó el arte de narrar. Naturalista y modernista, vivió en el Chaco y en Misiones, y sus relatos retratan la naturaleza del nordeste argentino, entonces virgen, con rasgos temibles y hasta horrorosos, descrita como un universo fascinante, pero a la vez enemigo del ser humano. Sus obras más reconocidas: *Cuentos de amor de locura y de muerte*, *Cuentos de la selva* y *Los desterrados*.

ROMANCE DEL SAPO

Liliana Cinetto

Suspira el sapo en la charca.
Suspira de puro amor
y sus suspiros se enredan
entre los juncos en flor.

Verdes son esos suspiros.
Verde también su dolor
y el aire se vuelve verde
al escuchar su canción.

Lo espían desde la orilla
hormigas en camión
mientras todo el bicherío
pregunta qué le pasó.

En puntas de pie se acercan
a darle conversación
los peces y renacuajos
que lo conocen mejor.

Lombrices y cascarudos
se sientan alrededor
y las luciérnagas prenden
enseguida su farol.

Entre las ramas de un sauce
teje la araña un balcón
y en una almohada de musgo
se acomoda el caracol.

La noche se vuelve tibia
en el húmedo rincón
cuando al fin el sapo cuenta
lo que a nadie le contó.

Y así saben en la charca
que el sapo se enamoró
de una rana que pasaba
una tarde de calor.



Ella, vestida de espuma,
sonrisa llena de sol,
viajaba en un camalote
que la corriente arrastró.

Iba a conocer el mundo
que el viento le describió
y le hizo señas al sapo
que enseguida la siguió.

Pero nada que te nada
el sapo no la alcanzó.
La corriente era tan fuerte,
tan rápida, tan veloz...

Pura tristeza en los ojos,
vio cómo ella se alejó
agitando un pañuelito
de pétalo de malvón.

Conmovido el bicherío
busca alguna solución
y entre todos le construyen
una hermosa embarcación.

Cada uno trae algo:
una ramita, un cordón,
una cáscara de nuez,
un hilo, un corcho, un botón...

Y así el sapo al otro día
cuando aún no amaneció
zarpa en su barquito chueco
sin timonel ni motor.

Va en busca de la ranita
que le robó el corazón.
Sus amigos lo despiden
lagrimeando de emoción.

Liliana Cinetto nació en Buenos Aires. Es profesora de Enseñanza Primaria y profesora en Letras, y también escritora y narradora oral. Ha recibido importantes premios nacionales e internacionales. Entre sus obras pueden mencionarse *El pozo*, *Peces de la noche*, *Diminuto* y *Mientras no muera tu nombre*.

LOBO HAMBRIENTO

Franco Vaccarini

Érase el lobo más hambriento del mundo porque había ayunado toda la noche y ahora, recién despierto, después de lavarse los dientes, de leer el diario, de afilarse las garras, de peinarse las orejas, de limpiarse los anteojos, de soplar el hocico con pañuelos descartables, de fijarse si la cola estaba en su lugar, de comprobar que hacía sombra y que la sombra lo seguía a todas partes, se dijo: “Todo está en orden ¡Me voy a cazar un elefante!”.

Era, hay que decirlo, un lobo distraído. No sabía ni cómo se llamaba.

Salió por el bosque y vio un pajarito:

–Eh, pajarito. ¿Sabés dónde hay elefantes?

–En África –dijo el pajarito.

–Genial. ¿Y dónde queda África?

–No sé, pero acá no –dijo el pajarito.

Siguió caminando. Vio a un puercoespín con cara de estudioso.

–Eh, puercoespín. ¿Sabés dónde queda África?

–No lo sé –dijo el puercoespín.

–¿Y sabés dónde queda un elefante?

–En África. Pero no sé dónde queda.

El lobo siguió camino. Se encontró con otro pajarito.

–Eh, pajarito. ¿Sabés dónde queda África?

–Siga caminando hasta donde termina el bosque, tome a su derecha, camine dos horas por abajo del sol y llegará al mar. Si nada rápido, señor lobo, usted llegaría allí en mil quinientos cuatro días.

El lobo miró al pajarito para ver si mentía. ¿Lo estaría cargando? Claro que no. El pajarito, se notaba, era serio y lo trataba de usted. Parecía sabroso, también, lástima que las plumas le daban dolor de panza. Y la verdad es

que los pajaritos no llenaban. Con el hambre que tenía tendría que comerse una bandada. Mil quinientos cuatro pajaritos. No tenía nada contra los pajaritos, los comería con gusto, pero desplumados.

“No importa. Iré por un buen jabalí”, pensó.

Siguió caminando. Era un lobo distraído. En el camino se cruzó con un animal grande, peludo. Parecía un chanco, pero más elegante. Era un jabalí, con dos orejas peludas de jabalí, colmillos de jabalí, ciento cincuenta kilos de jabalí.

–Buenos días. ¿Podría decirme dónde hay un jabalí? –preguntó el lobo al jabalí.

–¿Para qué, si me permite, querría usted encontrarse a un jabalí? –preguntó el jabalí al lobo.

–Todavía no desayuné. Y nada más sabroso que un buen jabalí.

El jabalí le dijo:

–Un jabalí, no sé bien, pero muchos jabalíes sí, aquí mismo, frente a usted.

Y salieron de entre los arbustos unos veinte jabalíes que de inmediato fueron sobre el lobo.

“¿Por qué seré tan pero tan distraído?”, se dijo el lobo, mientras escapaba a toda velocidad.

Así que esa mañana se fue a un bar y pidió un café con leche y tres medialunas de manteca. ¿Sin plumas? Sin plumas. ¿Y África? África puede esperar.

Franco Vaccarini nació en una zona rural del partido de Lincoln, provincia de Buenos Aires. Ha publicado más de 80 títulos, entre los que se destacan *Algo que domina el mundo*, *El misterio del Holandés Errante*, *Otra forma de vida* y *Nunca estuve en la guerra*. En 2006 recibió el Premio El Barco de Vapor. Dirigió la colección Galerna Infantil y luego se desempeñó como gerente editorial de SM Argentina.

LA COMETA INFINITA

Nana Rodríguez Romero

Todavía siento vértigo cuando recuerdo el día en que fuimos a elevar cometas en la colina, a unas cuadras de mi casa.

Ese día íbamos Alberto, Rosa, Margarita y John, cada uno con una cometa diferente, cada uno presumiendo de tener la más bonita, la más novedosa, la más aerodinámica.

Nos dispusimos en sitios estratégicos en donde la dirección del viento nos prometiera un mejor manejo de nuestros animales del aire.

En veinte minutos ya teníamos nuestra ave de papel izada muy cerca de las nubes. Sus colas se movían agitadas, estábamos felices. Mi cometa que era un tigre con alas de mariposa, pedía y pedía cuerda, pero ya se la había dado toda; de pronto tiró tan fuerte de mí, me dio un jalonazo tan grande, que me elevó por sobre mis amigos. Ellos gritaban y chiflaban sorprendidos, me decían que no me fuera a soltar por nada. Agarré la caña con fuerza y cerré los ojos.

Cuando sentí que el viento se ponía más suave, abrí los ojos y vi desde arriba cómo pasábamos por encima de mi ciudad, como si viajara en avión o en globo. Al frente teníamos un gran ejército de nubes, mi cometa me arrastró hasta allá y ya no vi más ciudad. La niebla se fue disipando poco a poco, la cola de mi tigre mariposa ondulaba en ese nuevo espacio, para mí desconocido. Flotábamos sobre una especie de desierto rojo, lleno de vapores que subían y rayos que partían esa atmósfera. Recordé las películas de ciencia ficción que tantas veces he visto por la televisión. Llegué a pensar que se trataba del planeta Venus. Entonces, para no sentirme tan solo decidí hablarle a mi animal del aire y le pregunté hacia dónde nos dirigíamos. Me respondió con una voz gruesa de tigre, que era solamente un paseo por la vía láctea, que él quería regalarme en recompensa por haberlo elegido entre tantas cometas que había en el parque.

Al escuchar al tigre alado, me tranquilicé y aflojé un poco la cañita del cordel que ya me había sacado ampollas por la presión que le hacía. Luego pasamos por sobre una naranja llena de hoyitos y burbujas que salían de allí y se elevaban en el espacio, yo los podía coger con mi mano y se desaparecían como por encanto. Después pasamos por un bosque de árboles de todos los colores, pero eran árboles de cristal que se convertían de un momento a otro en fuentes de agua, era bellissimo ver toda esa agua erguida, brillante, de todos los colores imaginables, cuando se detenían en su raíz, un vuelo de pájaros se alzaba y llenaba el aire de cantos y aleteos y de nuevo los árboles y así hasta el infinito. Yo no me quería ir de allí pero la cuerda de la cometa me halaba contra mi voluntad. La cuerda se había hecho infinita pues ya no veía al tigre mariposa, esto me llenó de temor y empecé a enrollar la cuerda y a enrollarla y a enrollarla hasta que se fue formando una gran esfera de cordel y nada que aparecía el tigre. Seguí enrollando hasta que era casi de mi tamaño. Cuando ya no pude más, caí sobre la colina todo enredado por la cuerda, pero mi animal de papel, ese tigre loco, se había quedado por allá arriba y mis amigos ya no estaban.

Me devolví triste para la casa y pedí a mi mamá me comprara otra cometa igualita a la del tigre mariposa, ¡pero qué va!, ya no había una sola como esa. Decidí llevarme un dragón abeja, pero al izarlo, lo podía ver perfectamente y no me pedía cuerda. Ondeaba muy bonito en el azul del cielo pero no era tan arriesgado y aventurero como mi tigre de papel. Todavía guardo la bola de cordel en el armario de mi habitación, pueda ser que algún día de agosto, entre las cuerdas de alguna cometa, vuelva enredado mi tigre mariposa.

Nana Rodríguez Romero es una escritora colombiana, autora de libros de poesía como *Permanencias*, *Hojas en mutación*, *Lucha con el ángel*, *El bosque de los espejos*, *La piel de los teclados*, *Vendimias del desierto* y *El orden de otros días*. También escribe minificciones: *La casa ciega*, *El sabor del tiempo*, *Efecto mariposa*. Recibió el Premio Nacional de Poesía *Ciro Mendía* 2008 y es docente en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

FIESTA NOCTÁMBULA

Marisa Pérez Alonso

Un sapo pasó saltando,
llevaba y traía apuro,
y frenó junto aquel sauce
al ver un hueco oscuro.

Del azul y verde agujero
asomó una lagartija,
con un grandioso sombrero,
vendiendo unas baratijas.

– ¡Habrà fiesta de disfraces
entre medianoche y la una!
Después bailamos milongas
hasta que duerma la luna.

Feliz va la lagartija
y todos en la laguna.
“Fiesta nocturna”, gritaban
tirando las medialunas.

Hallaron en la orilla
entre cuatro musarañas,
al lado de una tortilla
pequeña flauta de caña.

Verdesapo Milonguero,
sin derrochar nada de aire,
entonó dulce balada
invitando para el baile.

Era música tan linda
que sacó su bombo el tero
para armar con sus amigos
un cuarteto bullanguero.

Las luciérnagas en ronda
brillaban como topacios,
trenzándose unas con otras
para alumbrar el espacio.

Marisa Pérez Alonso es una docente y escritora mendocina. Ha dirigido talleres de escritura y creación artística para niños, niñas, adolescentes y adultos. Ha publicado: *De la luna y otros monstruos*, *Mundos peregrinos* y *Juan de este mundo*, entre otras obras.

COMO SI EL RUIDO PUDIERA MOLESTAR

Gustavo Roldán

Fue como si el viento hubiera comenzado a traer las penas. Y de repente todos los animales se enteraron de la noticia. Abrieron muy grandes los ojos y la boca, y se quedaron con la boca abierta, sin saber qué decir.

Es que no había nada que decir.

Las nubes que trajo el viento taparon el sol. Y el viento se quedó quieto, dejó de ser viento y fue un murmullo entre las hojas, dejó de ser murmullo y apenas fue una palabra que corrió de boca en boca hasta que se perdió en la distancia.

Ahora todos lo sabían: el viejo tatú estaba a punto de morir.

Por eso los animales lo rodeaban, cuidándolo, pero sin saber qué hacer.

– Es que no hay nada que hacer – dijo el tatú con una voz que apenas se oía –. Además, me parece que ya era hora.

Muchos hijos y muchísimos nietos tatucitos miraban con una tristeza larga en los ojos.

– ¡Pero, don tatú, no puede ser! – dijo el piojo –, si hasta ayer nomás nos contaba todas las cosas que le hizo al tigre.

– ¿Se acuerda de las veces que lo embromó al zorro?

– ¿Y de las aventuras que tuvo con don sapo?

– ¡Y cómo se reía con las mentiras del sapo!

Varios quirquinchos, corzuelas y monos muy chicos, que no habían oído hablar de la muerte, miraban sin entender.

– ¡Eh, don sapo! – dijo en voz baja un monito –. ¿Qué le pasa a don tatú? ¿Por qué mi papá dice que se va a morir?

– Vamos, chicos – dijo el sapo –, vamos hasta el río, yo les voy a contar.

Y un montón de quirquinchos, corzuelas y monitos lo siguieron hasta la orilla del río, para que el sapo les dijera qué era eso de la muerte.

Y les contó que todos los animales viven y mueren. Que eso pasaba siempre, y que la muerte, cuando llega a su debido tiempo, no era una cosa mala.

–Pero don sapo –preguntó una corzuela–, ¿entonces no vamos a jugar más con don tatú?

–No. No vamos a jugar más.

–¿Y él no está triste?

–Para nada. ¿Y saben por qué?

–No, don sapo, no sabemos...

–No está triste porque jugó mucho, porque jugó todos los juegos. Por eso se va contento.

–Claro –dijo el piojo–. ¡Cómo jugaba!

–¡Pero tampoco va a pelear más con el tigre!

–No, pero ya peleó todo lo que podía. Nunca lo dejó descansar tranquilo al tigre. También por eso se va contento.

–¡Cierto! –dijo el piojo–. ¡Cómo peleaba!

–Y además, siempre anduvo enamorado. También es muy importante querer mucho.

–¡Él sí que se divertía con sus cuentos, don sapo! –dijo la iguana.

–¡Como para que no! Si más de una historia la inventamos juntos, y por eso se va contento, porque le gustaba divertirse y se divirtió mucho.

–Cierto –dijo el piojo–. ¡Cómo se divertía!

–Pero nosotros vamos a quedar tristes, don sapo.

–Un poquito sí, pero... –la voz le quedó en la garganta y los ojos se le mojaron al sapo–. Bueno, mejor vamos a saludarlo por última vez.

–¿Qué está pasando que hay tanto silencio? –preguntó el tatú con esa voz que apenas se oía–. Creo que ya se me acabó la cuerda. ¿Me ayudan a meterme en la cueva?

Al piojo, que estaba en la cabeza del ñandú, se le cayó una lágrima, pero era tan chiquita que nadie se dio cuenta.

El tatú miró para todos lados, después bajó la cabeza, cerró los ojos, y murió.

Muchos ojos se mojaron, muchos dientes se apretaron, por muchos cuerpos pasó un escalofrío.

Todos sintieron que los oprimía una piedra muy grande.

Nadie dijo nada.

Sin hacer ruido, como si el ruido pudiera molestar, los animales se fueron alejando.

El viento sopló y sopló, y comenzó a llevarse las penas. Sopló y sopló, y las nubes se abrieron para que el sol se pusiera a pintar las flores. El viento hizo ruido con las hojas de los árboles y silbó entre los pastos secos.

–¿Se acuerdan –dijo el sapo– cuando hizo el trato con el zorro para sembrar maíz?



Gustavo Roldán (1935–2012) nació en el Chaco y creció en el monte, en Fortín Lavalle. Llegó a ser uno de los más importantes escritores de literatura para niños. Por su libro *Como si el ruido pudiera molestar* recibió el Tercer Premio Nacional de Literatura (1992) y por *Todos los juegos el juego*, el Segundo Premio Nacional de Literatura (1995). En 2002 fue honrado con el Premio Pregonero de Honor. Su vasta obra incluye libros como *El monte era una fiesta*, *Historia del pajarito remendado*, *El carnaval de los sapos*, *Dragón*, *La leyenda del bicho colorado*, *Cuentos del zorro*, *El vuelo del sapo*, *Y entonces llegó el lobo* e *Historias del piojo*.

UNA HISTORIA DE CÓNDORES

Celia Sarquís

–A que yo puedo llegar más arriba que vos –dijo Unay, acomodándose el jopo de plumas brillosas y nuevitas.

–A que no podés –respondió Kusi.

–A que sí –retrucó su hermano.

Como todos los días, los pichones de cóndores jugaban desde que Tata Inti salía, hasta que papá cóndor los mandaba a dormir al nido, al anoche- cer, donde quedaban custodiados bajo la luz de Quilla, la luna.

Les gustaba desafiarse porque recién estaban aprendiendo a volar y cada juego los ayudaba a tomar coraje para ganar más altura.

Un día Unay propuso llegar hasta la piedra más alta de la montaña. Y Kusi lo alcanzó.

Otro día, trepó hasta la cumbre llena de nieve. Y Kusi se le apareció a la par, planeando en círculos.

Al poco tiempo, Unay exclamó: “¡A que llego hasta las nubes y vos no!”. Y tomando envión con una carrera, se lanzó en vuelo y llegó hasta las nu- bes. Al ratito alcanzó a ver a Kusi entrar y salir de las paredes esponjosas de las nubes.

Tenía que pensar en algo más difícil, así su hermano no pueda igualarlo...

Después de dos semanas de practicar y practicar, apenas terminaron de almorzar, Unay gritó:

–¡A que llego hasta el sol! –y salió a toda carrera, batiendo las alas, y remontó vuelo.

–¡Nooooo! –gritaron en coro su papá, su mamá y Kusi, y salieron en bandada tras de él. Pero Unay iba como una flecha hacia arriba, impara- ble, y no prestó atención a los gestos que le hacía su familia.

Pasó la piedra más alta, rozó la nieve de la cumbre, atravesó las nubes hasta la menos esponjosa, y siguió subiendo. Por detrás, iban los tres tra- tando de frenarlo. Unay empezó a sentir mucho calor y le faltaba el aire, casi casi que decide volver, arrepentido de su idea. Pero no podía permitir que lo vuelvan a empatar. Hizo un esfuerzo y agitó más rápido las alas.

A medida que ascendía, la cabeza le ardía muchísimo y se le chamusca- ban las plumas. ¡Estaba a punto de incendiarse! Entonces intentó regresar. No podía: ¡de tanto mirar la luz del sol, ahora veía todo negro! Como no sabía por dónde ir, dejó de batir las alas y empezó a caer en picada hacia la tierra. “Me mandé una gran macana”, pensó. De pronto, sintió que alguien le tocaba del pie y lo sujetaba.

Suspiró aliviado. Escuchaba el batir de las alas de su familia que lo acompañaba y después de planear un rato, entre los tres, lo ayudaron a aterrizar sobre el nido.

Unay creía que había quedado ciego. No quería llorar a pesar de que estaba aterrorizado. Al pasar las horas, los ojos se fueron acostumbrando de nuevo a la luz y entonces pudo volver a ver: su casa, la montaña don- de habitaban, el cielo azul. Soltó el aire fuerte y el miedo que tenía se fue por ahí. Cuando observó a su papá, su mamá y su hermano descubrió que estaban pelados. Él se tocó su cabeza, pero ya lo sabía: ¡también estaba pelado! Y todos tenían la cara enrojecida.

–Gracias, papá, por salvarme –le dijo, muy arrepentido.

–No fui yo –respondió su papá, quien miró a Kusi, que contenía la risa.

Fue tal el susto que se llevaron ese día que, a partir de ahí, todos los cóndores nacen sin plumas en la cabeza y, según dicen, con la cara que- mada por el sol.

Celia Sarquís nació en Catamarca y cursó la carrera de Música y Letras. Comenzó a ejercer la docencia a los 17 años en establecimientos primarios y secundarios, y actualmente es directora de Patrimonio Cultural de Catamarca y coordinadora del taller La Cueva. Ha publicado libros de poemas y cuentos tradicionales, entre los que se destacan: *Y le tira la lengua a la memoria*, *El hueco en la piedra* y *La voz del río*. Este cuento está tomado del libro *Cuentos para Celina*.

KIBÚ

Paula Bombara

Kibú, un gran perro siberiano, llegó al centro de adopciones de la ciudad. Era enorme, pesado, peludo. Y hablaba en otro idioma, el de la nieve.

Sus cuidadores le habían preparado un lugar cómodo, con buena ventilación, rica comida y paredes de vidrio, para mirar de cerca a los visitantes.

Pero Kibú extrañaba. Extrañaba el olor a madera y humo de la cabaña en la que vivía, los paseos por la nieve con la vieja Lara, el silencio de las noches frías.

Nada de ese lugar lo entusiasmaba. Ni el agua siempre limpia, ni las bromas de los cuidadores, ni los huesos jugosos que le traían para comer.

Del otro lado del vidrio había un banco. Allí se sentaba todas las tardes José, un nene pecoso y de flequillo que extrañaba a su abuelo.

José había perdido las ganas, se sentía como un panqueque sin dulce de leche, como un paraguas sin lluvia, como un moño sin regalo.

“¿Por qué ese perro no mueve la cola?”, se preguntaba José.

“¿Por qué ese nene no juega como los otros?”, se preguntaba Kibú.

“¿Por qué ese perro no muerde los huesos?”.

“¿Por qué ese nene no hace muecas ni habla?”.

Hasta que una tarde, en el mismo momento, el nene y el perro bostezaron.

“¿Hizo lo mismo que yo?”, se preguntó José.

“¿También tiene sueño?”, se preguntó Kibú.

Se miraron fijamente y leyeron en sus rostros la tristeza.

“¡Pobre, extraña su casa!”, pensó el perro.

“¡Pobre, extraña a su abuelito!”, pensó el nene.

Kibú se paró para acercarse. Quería ver los ojos de José.

José dejó el banco y pegó la frente contra el vidrio. Quería ver los ojos de Kibú.

Se miraron con cautela, con desconfianza, con cuidado.

Finalmente, José sonrió. Y Kibú, con su bocota llena de dientes de perro, le respondió.

Ambos habían encontrado lo que buscaban.



Paula Bombara es una bioquímica y escritora argentina, ganadora, entre otros, del Premio El Barco de Vapor por *Una casa de secretos*. Además de escribir cuentos y novelas para niños y jóvenes, se ha dedicado a la divulgación científica, como creadora y directora de la colección ¿Quieres saber?, de la Editorial Eudeba. Entre sus obras: *El mar y la serpiente*, *La chica pájaro* y *Lo que guarda un caracol*.

PIEL DE LEÓN

Marcelo Birmajer

En aquellos tiempos en que el león aún era el rey de la selva, un burro se disfrazó con una piel del animal soberano.

Iba el burro oculto bajo su piel de león, asustando a los tigres, a las jirafas y a sus propios amigos. De pronto, una cigüeña vio asomar la punta de la oreja del asno y gritó:

– ¡Es un burro, un burro oculto bajo piel de león!

Rodearon todos los animales al farsante. Poco dispuestos a aceptar bromas, se le acercaban con asesinas intenciones; en la mano del mono brilló un cuchillo y el león se disponía a dar la primera dentellada.

El burro, ligero, arrebató con sus dientes el cuchillo al mono; hace un largo corte en la piel del león que está por morderlo y grita:

– Miren, miren lo que hay bajo su piel. Carne, sangre, huesos... Es como todos nosotros. Su sangre es roja como la nuestra, sus huesos blancos como los nuestros: nada lo autoriza a ser rey. ¡Él también se esconde bajo una piel de león!

Marcelo Birmajer es un escritor y guionista argentino. Sus obras abarcan distintos géneros, como el cuento, la novela, el ensayo y el guion. Ha recibido premios, menciones y becas, y entre sus obras más representativas pueden mencionarse *El alma al diablo*, *Los caballeros de la Rama*, *Hechizos de amor*, *Mitos y recuerdos*.

EL GATO CON BOTAS

Charles Perrault

Había una vez un molinero que, antes de morir, llamó a sus tres hijos y les dejó todos sus bienes: un molino, un asno y un gato.

El reparto de la herencia se hizo enseguida, sin llamar al notario ni al procurador, pues probablemente se habrían llevado todo el pobre patrimonio. Al hijo mayor le tocó el molino; al segundo, el asno y al más pequeño solo le correspondió el gato.

Este último no se podía consolar porque le había tocado tan poca cosa.

– Mis hermanos –decía– podrán ganarse la vida honradamente juntándose los dos; en cambio yo, en cuanto me haya comido el gato y me haya hecho un manguito con su piel, me moriré de hambre.

El gato, que entendía estas palabras, pero que ponía cara de que no, le dijo con aire serio y sosegado:

– No se aflija en absoluto, mi amo. No tiene más que darme un saco y hacerme un par de botas para ir por los matorrales, y ya verá que su herencia no es tan poca cosa como usted cree.

Aunque el amo del gato no puso muchas esperanzas en él, lo había visto valerse de tantas tretas para cazar ratas y ratones, como cuando se colgaba por sus patas traseras o se escondía en la harina haciéndose el muerto, que no perdió totalmente la ilusión de que lo socorriera en su miseria.

En cuanto el gato tuvo lo que había solicitado, se calzó rápidamente las botas, se echó el saco al hombro, tomó los cordones con sus patas delanteras y se dirigió hacia un coto de caza en donde había muchos conejos. Puso salvado y hierbas dentro del saco, se tendió en el suelo como si estuviese muerto, y esperó que algún conejillo, poco conocedor de las trampas de este mundo, viniera a meterse en el saco para comer lo que en él había echado.

Apenas se recostó, tuvo la primera satisfacción: un distraído conejito entró en el saco. El gato tiró enseguida de los cordones para atraparlo, y lo mató sin compasión.

Muy orgulloso de su presa, se dirigió hacia el palacio del rey y pidió a los guardias que lo dejaran entrar para hablar con él. Le hicieron pasar a los aposentos de Su Majestad y, después de hacer una gran reverencia al rey, le dijo:

–Majestad, aquí tiene un conejo de campo que el señor marqués de Carabás (que es el nombre que se le ocurrió dar a su amo) me ha encargado ofrecerle de su parte.

–Dile a tu amo –contestó el rey– que se lo agradezco, y que me halaga en gran medida.

En otra oportunidad fue a esconderse en un campo de trigo con el saco también abierto; en cuanto dos perdices entraron en él, tiró de los cordones y las cazó a las dos. Enseguida fue a ofrecérselas al rey, tal como había hecho con el conejo de campo. Una vez más, el rey se sintió halagado al recibir las dos perdices, y ordenó que le dieran de comer y de beber además de una propina.

Durante dos o tres meses el gato continuó llevando al rey, de cuando en cuando, las piezas que cazaba y le decía que lo enviaba su amo.

Un día el gato se enteró de que el rey iba a salir de paseo por la orilla del río con su hija, la princesa más hermosa del mundo, y le dijo a su amo:

–Si sigue mi consejo podrá hacer fortuna; no tiene más que bañarse en el río en el lugar que yo le indique y luego déjeme hacer a mí. Pero recuerde que ahora es usted el marqués de Carabás; ya no es más el hijo de un pobre molinero.

El marqués de Carabás hizo lo que su gato le aconsejaba, sin saber con qué fines lo hacía.

Mientras se bañaba, pasó por allí el rey, y el gato se puso a gritar con todas sus fuerzas:

–¡Socorro, socorro! ¡Que se ahoga el marqués de Carabás!

Al oír los gritos, el rey se asomó por la ventanilla y, reconociendo al gato que tantas piezas de caza le había llevado, ordenó a sus guardias que fueran enseguida en auxilio del marqués de Carabás.

Mientras sacaban del río al pobre marqués, el gato se acercó a la carroza y le dijo al rey que, mientras se bañaba su amo, unos ladrones se habían llevado sus ropas, a pesar de que él gritó con todas sus fuerzas pidiendo

ayuda. Pero la verdad era que el pícaro las había escondido bajo una enorme piedra. Al instante, el rey ordenó a los encargados de su guardarropa que fueran a buscar uno de sus más hermosos trajes para el señor marqués de Carabás.

El rey le ofreció mil muestras de amistad y, como el hermoso traje que acababan de darle realzaba su figura (pues era guapo y de buena presencia), la hija del rey lo encontró muy de su agrado, de modo que, en cuanto el marqués de Carabás le dirigió dos o tres miradas muy respetuosas y un poco tiernas, ella se enamoró locamente de él. El rey quiso que subiera a su carroza y que los acompañara en su paseo.

El gato, encantado al ver que su plan empezaba a dar resultado, se adelantó a ellos y, cuando encontró a unos campesinos que segaban un campo, les dijo:

–¡Eh, oigan, buenas gentes, si no le dicen al rey que el campo que están segando pertenece al señor marqués de Carabás, los haré picadillo como carne de pastel!

Al pasar por allí, el rey no dejó de preguntar a los segadores de quién era el campo que estaban segando.

–Estos campos pertenecen al señor marqués de Carabás –respondieron todos a la vez, pues la amenaza del gato los había asustado.

–Usted tiene una muy hermosa heredad –le dijo el rey al marqués de Carabás.

–Como ve, Señor –respondió el marqués–, es un prado que no deja de dar en abundancia todos los años.

Mientras tanto el gato, que seguía yendo adelante, se encontró con un grupo de cosechadores y les dijo:

–¡Eh, oigan, buenas gentes, si no le dicen al rey que el campo que da todo este trigo pertenece al señor marqués de Carabás, los haré picadillo como carne de pastel!

Un momento después, pasó el rey y quiso saber a quién pertenecía todo el trigo que veía.

–El trigo pertenece al señor marqués de Carabás –respondieron todos a la vez, pues la amenaza del gato los había asustado.

Y el rey cada vez se sentía más complacido con el marqués.

Finalmente, el gato con botas llegó a un grandioso castillo, cuyo dueño era un temible ogro, el más rico de todo el país, ya que todas las tierras por donde el rey había pasado le pertenecían.

El gato, que por supuesto se había informado de quién era aquel ogro y de lo que sabía hacer, pidió hablar con él para presentarle sus respetos, pues no quería pasar de largo sin haber tenido ese honor.

El ogro lo recibió tan cortésmente como puede hacerlo un ogro y lo invitó a descansar un rato.

–Me han asegurado –comentó el gato– que tiene usted la habilidad de convertirse en cualquier clase de animal; que puede, por ejemplo, transformarse en león o en elefante.

–Es cierto –contestó el ogro bruscamente–, y para demostrarlo me verás convertido en un león.

El gato se asustó mucho de encontrarse de pronto delante de un león y, con gran esfuerzo y dificultad –pues sus botas no valían para andar por las tejas– se trepó al alero del tejado.

Un rato después, en cuanto el gato comprobó que el ogro había tomado otra vez su aspecto normal, bajó del tejado y le confesó que había pasado mucho miedo.

–También me han asegurado –dijo el gato– que es usted capaz de convertirse en un animal de pequeño tamaño, como una rata o un ratón, aunque debo confesarle que esto sí que me parece del todo imposible.

–¿Imposible? –replicó el ogro–. ¡Ya lo verás!

Y mientras decía esto, se transformó en un ratón que se puso a correr por el suelo. El gato, en cuanto lo vio, se arrojó sobre él y se lo comió.

Mientras tanto el rey, que pasó ante el hermoso castillo, quiso entrar en él. El gato, que había oído el ruido de la carroza al atravesar el puente levadizo, corrió a su encuentro y saludó al rey:

–Sea bienvenido Su Majestad al castillo del señor marqués de Carabás.

–¡Pero bueno, señor marqués! –exclamó el rey–. ¿Este castillo también es suyo? ¡Qué belleza de patio! Y los edificios que lo rodean son también magníficos. ¿Pasamos al interior?

El marqués de Carabás tomó de la mano a la princesa y, siguiendo al rey, entraron en un majestuoso salón, donde los esperaban unos exquisi-

tos manjares que el ogro tenía preparados para obsequiar a unos amigos suyos que habían de visitarlo ese mismo día. Pero los amigos del ogro no creyeron conveniente acercarse al castillo cuando se enteraron de que había llegado el rey.

El rey, encantado de las buenas cualidades del señor marqués de Carabás, lo mismo que su hija, que estaba loca por él, y contemplando los grandes bienes que poseía, le dijo, después de beber cinco o seis copas:

–Solo depende de usted, señor marqués, que sea mi yerno.

El marqués, haciendo grandes reverencias, aceptó el honor que le hacía el rey, y ese mismo día se casó con la princesa.

El gato se convirtió en un gran señor y ya no corrió detrás de los ratones más que por diversión.



Charles Perrault (1628-1703) fue un escritor francés muy popular que en 1697 escribió esta historia fantástica en su libro *Cuentos de Mamá Ganso*, basándose en un cuento popular europeo recopilado, hacia el año 1500, por el italiano Giovanni Francesco Straparola en su obra *Las noches agradables*. Esta versión se tomó de la colección *Mi biblioteca personal*, de la Dirección General de Educación de la Provincia de Buenos Aires, 2012.

¿LOBO ESTÁ?

Sandra Comino

En un departamento vive una nena a la que le gustan las brujas y quiere ser lobo.

–Loba –dice la madre.

–NO. Lobo –contesta la nena.

La nena abraza fuerte. Quiere mucho a sus amigos pero a veces no se nota. Quiere a mamá y la abraza con los dientes apretados. Quiere a papá y lo abraza hasta estrujarlo. Quiere a los amigos. Los mira con amor. Junta las manos como para aplaudir y los aprieta de tanto querer.

Le gusta enredar los dedos en los cabellos con rulos... enganchar un dedo en la piel del cuello de la abuela.

A veces agarra las mejillas pulposas.

Pellizca los labios para ver si son de esponja.

Tiene dos clases de pellizcos: uno que es con mirada fija, frente fruncida. Y otro de rostro quieto de ojos que miran lejos. Eso es cuando se acuerda de algo que no le gustó.

En la escuela hay una seño que les dice a los chicos:

–Para mañana vengan disfrazados de algún personaje para jugar...

En un departamento, a la medianoche, hay una mamá que piensa con qué hacer un disfraz a la nena.

En una casa hay una abuela, que cuando escucha por audio el lamento de la mamá de la nena, a las doce de la noche, quiere colaborar con un disfraz. Revuelve los baúles, revisa los placares.

–¿De qué querés disfrazarte? –pregunta el papá cuando va a darle el beso de buenas noches.

–De lobo –dijo ella sin dudar.

–Y ¿cómo hacen los lobos?

Mamá se pasa toda la mañana en busca de un disfraz.

De lobo, no hay en ningún lado.

De bruja, tampoco. Aunque es más fácil de hacer. Pero no hay tiempo.

Hay muchos de princesas...

También, de piratas...

Mamá cree que un pirata tiene que llevar espada y las espadas son peligrosas.

Mamá busca y requetebusca.

La nena espera y junta ganas de ponerse disfraz de lobo.

Los lobos andan por el bosque. Soplan casas de cerditos. Aúllan bajo la luna.

Todos los que venden disfraces creen que es más lindo ser Caperucita que lobo. Mamá compró el de Caperucita.

La nena no sabe quién es Caperucita.

Para que use el disfraz, le cuentan más o menos algunas partes del cuento. Pero así a las apuradas le cuentan. Y le muestran ilustraciones de un libro viejo, pero en Internet.

Después de un rato, la nena acepta ponerse el disfraz aunque no le gustó mucho el color porque su preferido es el naranja.

¿Habrá lobos naranjas?

Papá, que siempre le cuenta el cuento de los tres cerditos, le confiesa con voz de contar un gran secreto que Caperucita fue vecina del lobo.

Y llaman a la abuela para que le confirme la amistad.

La abuela duda pero no niega.

Alguien le dice a la nena que aúlle como el lobo y listo.

Y toman el colectivo para ir al cole.

En la sala hay princesas, piratas, conejos, superhéroes, una bruja y un lobo rojo.

Claro que alguien distraído podría decir: “En la sala hay princesas, piratas, conejos, superhéroes, una bruja y una Caperucita”.

Pueblos y barrios

Pero ¿qué saben los que miran?

La nena se siente con cara de lobo. Y aúlla como lobo aunque la seño cuando la escuchó dijo:

–Tenemos a Caperucita convertida en loba.

A la hora de la merienda todo el mundo toma leche, come galletas sin sacarse el disfraz.

De pronto a Lobo le dan ganas de demostrar su cariño a una princesa mejor amiga que se llama Clarita.

–No, Ámbar, así no –dijo Clarita.

Pero a Ámbar no asocia apretar con algo malo porque los grandes de su familia la aprietan, la apretaron siempre, la besuquean mientras le dicen con voz de hilito o de elástico:

– ¡Te quiero taaaaanto!

Si nadie se dio cuenta que era un lobo, menos se van a dar cuenta de que ella quiere tanto a Clarita.



Sandra Comino es una escritora nacida en Junín, provincia de Buenos Aires, que se desempeña como coordinadora de talleres literarios y es una reconocida especialista en literatura infantil y juvenil. Entre sus obras más destacadas pueden mencionarse *Nadar de pie*, *La casita azul*, *La enamorada del muro* y *Así en la tierra como en el cielo*.

PUEBLO DE AIRE

Elsa Bornemann

Un pueblito de aire
–sin hadas ni lobos–
vive en cada globo.

A cada soplido
se forma una casa,
con patio y terraza.

Por más que usted mire
no verá su gente
porque es transparente,

pero allí trabajan,
bailan y se peinan,
se aman y sueñan.

Un pueblo de aire...
Un pueblo invisible...
Parece increíble

pues para tenerlo
preciso a mi lado
solo un globo inflado.

Elsa Bornemann (1952-2013) fue una de las más relevantes escritoras argentinas para niños, jóvenes y adultos. Profesora en Letras (UBA), fue docente en todos los niveles, pero su gloria la alcanzó como narradora, poeta, guionista y traductora. Recibió innumerables premios por sus libros y su trayectoria, y fue la primera escritora argentina que integró, en 1976, la Lista de Honor de IBBY por su libro *Un elefante ocupa mucho espacio*. Escribió obras indispensables como *Tinke tinke*, *El cumpleaños de Lisandro*, *La edad del pavo*, *No somos irrompibles*, *Socorro*, *Lobo rojo* y *Caperucita feroz* y *El espejo distraído*.

LA FAMILIA INVISIBLE

Ema Wolf

Había una vez un señor y una señora invisibles. También una linda nena invisible. En suma: una familia.

Vivían en Boulogne. Apenas llegaron al barrio, los vecinos tuvieron que acostumbrarse a algunas cosas que eran raras solo en apariencia: la máquina de cortar el pasto funcionaba sola; la bicicleta se mantenía parada en medio de la vereda. Todo el mundo reconocía a los invisibles por el perfume y por el perfume los saludaban en el barrio.

La familia tenía siempre un rico olor a talco de azucenas.

Cuando alguien olía venir las azucenas, saludaba hacía allí sin ninguna duda:

– Buenas tardes.

– Buenas tardes – respondía alguno de los invisibles: la mamá, el papá, la nena...

Cuando llegó el mes de septiembre, florecieron las azucenas en los jardines. Entonces hubo algunos días de confusión.

Sin querer, los vecinos dejaron de saludarlos. O saludaban al aire creyendo que los invisibles estaban allí.

No bien se dieron cuenta del error, reemplazaron discretamente sus azucenas por portulacas, que no huelen a nada.

Pero en marzo los vecinos notaron algo diferente.

Un cierto aroma a humedad, a zorrino joven, a pelele en día de estreno, a zoológico recién inaugurado, aleteaba por la vereda mezclado con el olor a talco de azucenas.

El barrio entendió enseguida.

Se alegraron mucho y felicitaron sinceramente a la familia.

El nuevo bebé invisible tomaba leche de una teta invisible, pero en todo lo demás era igual a los otros bebés.



Ema Wolf nació en Carapachay, provincia de Buenos Aires. Ha trabajado para distintos medios periodísticos y revistas para chicos y chicas. En los años 1980, desde la revista *Humi*, comenzaron a publicarse sus primeros títulos en el campo de la literatura infantil, en la que destacó por su originalidad y sentido del humor. Algunos de sus libros: *Aventuras de loberos*, *Barbanegra y los buñuelos*, *Maruja*, *Nabuco* y *El libro de los prodigios*.

EL PUEBLO QUE NO QUERÍA SER GRIS

Beatriz Doumerc

Había una vez un rey grande, en un país chiquito.
En el país chiquito vivían hombres, mujeres y niños.
Pero el rey nunca hablaba con ellos, solamente les ordenaba.
Y como no hablaba con ellos, no sabía lo que querían y lo que no querían;
y si por casualidad alguna vez lo sabía, no le interesaba.

El rey grande del país chiquito ordenaba, solamente ordenaba; ordenaba esto, aquello y lo de más allá, que hablaran o que no hablaran, que hicieran así o que hicieran asá.

Tantas órdenes dio, que un día no tuvo más cosas que ordenar.

Entonces se encerró en su castillo y pensó, y pensó, hasta que decidió:

“Ordenaré que todos pinten sus casas de gris”.

Y todos pintaron sus casas de gris.

Todos menos uno; uno que estaba sentado mirando el cielo, y vio pasar una paloma roja, azul y blanca.

–¡Oh! ¡Qué linda! –dijo maravillado–. Pintaré mi casa de rojo, azul y blanco.

Y la pintó nomás.

Cuando el rey miró desde su torre y vio entre las casas grises una roja, azul y blanca, se cayó de espaldas una vez, pero en seguida se levantó y ordenó a sus guardias:

–¡Traigan inmediatamente a uno que pintó su casa de rojo, azul y blanco!

Los guardias aprontaron sus ojos para verlo todo, sus orejas para oír mejor y marcharon.

Pero mientras llegaban a la casa de “uno”, otro, que vivía en la casa vecina dijo:

–Qué linda casa; yo también pintaré la mía así.

Y la pintó nomás.

Entonces cuando los guardias llegaron, no supieron cuál era la casa de uno y cual la casa de otro, así que regresaron al castillo y hablaron con el rey.

–¡No puede ser! –dijo el rey, y miró desde la torre.

Al ver lo que vio se cayó de espaldas dos veces, pero en seguida se levantó. Y ordenó a sus guardias:

–¡Me traen a uno y a otro, inmediatamente!

Pero ya un tercero había visto las dos casas de rojo, azul y blanco y en un instante pintó la suya.

Los guardias no tuvieron más remedio que regresar y preguntarle al rey:

–¿Qué hacemos, traemos a uno, a otro y a otro?

Entonces el rey se cayó de espaldas tres veces, y los guardias tuvieron que ayudarlo a levantarse.

–¡Traen a los tres! –dijo en cuanto estuvo levantado.

Pero cuando los guardias bajaron, no había tres casas pintadas.

Había 333.333

–Bueno –dijeron los guardias cuando terminaron de contarlas– se lo diremos al rey.

Y el rey se cayó de espaldas una vez, dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro y ciento veintiocho veces.

Mientras se caía y lo levantaban, el rey ordenaba.

–¡Que me traigan todo lo que sea rojo, azul y blanco!

Los guardias bajaron ligerito.

En la ciudad había 333.333 casas rojas, azules y blancas, y las aceras en rojo, azul y blanco, y los perros metían las colas en los tachos de pintura y luego se sacudían al lado de los árboles, los jinetes con sus ropas recién pintadas subían a los caballos y los caballos al galopar dejaban los caminos pintados; y las palomas mojaban sus patitas en los charcos de pintura que brillaban al sol, luego volaban a los palomares, y los palomares pintaban las alas de las palomas así que cuando estas volaban por el cielo parecían barriletes de colores; y todos los miraban y se sentían muy contentos.

Todo era rojo, azul y blanco.

Todo menos el rey, sus guardias y el castillo.

–¡Todo aquel que sea rojo, azul y blanco debe marchar inmediatamente al castillo! ¡El rey lo ordena! –dijeron los guardias.

Y todos, hombres, mujeres, niños, ancianos, caballos, perros y pájaros, gatos y palomas, todos los que podían marchar, llegaron al castillo.

Eran tantos, tantos, y estaban tan entusiasmados, que al momento el castillo, las murallas, los fosos, los estandartes, las banderas, quedaron de color rojo, azul y blanco.

Y los guardias también.

Entonces el rey se cayó de espaldas una sola vez, pero tan fuerte que no se levantó más.

El rey de la comarca vecina, al mirar desde lo alto de su torre dijo:

–Algo ha sucedido, el rey del país chiquito ha cambiado el color de sus estandartes, enviaré a mis emisarios para que averigüen lo que ha sucedido.

–¿Qué ha sucedido?, ¿qué ha sucedido? –preguntaron los emisarios, cuando estuvieron en presencia del rey.

Pero el rey grande del país chiquito estaba tan caído, que ni siquiera podía contestar.

Entonces “uno” dijo:

–Resulta que yo estaba en la puerta de mi casa, tomando el fresco, mirando el cielo, y vi pasar una paloma roja, azul y blanca, y entonces... –Y siguió contando todo lo que había sucedido.

–Pondremos sobre aviso a nuestro rey –dijeron los emisarios del país vecino–, no vaya a ser que le pase lo mismo.

Y marcharon al galope.

Claro que los caballos llevaban ya sus patas pintadas y mientras galopaban, pintaban los caminos de rojo, azul y blanco...

Pero fueron las palomas las que primero llegaron a la comarca del rey vecino.

Y uno que estaba sentado en la puerta de su casa tomando el fresco, las vio y dijo:

–¡Oh! ¡Qué lindo!, pintaré mi casa de rojo, azul y blanco.

Y la pintó nomás, y... como pueden ustedes imaginar este cuento que acá termina por otro lado vuelve a empezar.

Beatriz Doumerc (1929-2014) fue una escritora argentina muy reconocida de literatura infantil; sus libros fueron ilustrados por su esposo, Ajax Barnes. Entre ellos destacan *Cómo se hacen los niños*, *La línea* (Premio Casa de las Américas) y *Casos y cosas de gusano y mariposa*.

HOMBRE SINCERO

José Martí

Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma.
Y antes de morirme quiero
echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes,
en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
de las yerbas y las flores,
y de mortales engaños,
y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
llover sobre mi cabeza
los rayos de lumbre pura
de la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
de las mujeres hermosas:
y salir de los escombros,
volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre
con el puñal al costado,
sin decir jamás el nombre
de aquella que lo ha matado.

[...]

José Martí nació en La Habana, Cuba, en 1853 y murió durante la guerra de la Independencia, en la batalla de Boca de Dos Ríos, en 1895. Vivió más tiempo en el destierro que en su patria, pero luchó siempre por ella. Creó un nuevo estilo para cantar a la justicia, la paz, el trabajo y la dignidad humana. En 1890 escribió sus *Versos sencillos*, de los cuales hemos seleccionado estas coplas. Los hemos tomado de una edición homenaje realizada por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires en 2003.

UN AUTO NO ES UN AVIÓN

Adela Basch

Personajes

SONIA, mujer de unos cuarenta años

RICARDO, conductor de taxi, de la misma edad

(La escena: en las calles de una ciudad. SONIA sube a un taxi.)

SONIA: Buenas tardes.

RICARDO: Buenas tardes.

SONIA: Por favor, vamos a Riva...

RICARDO: *(La interrumpe.)* ¿Arriba? Señora, esto no es un helicóptero ni un avión y no puede subir ni siquiera un escalón.

SONIA: Señor, yo no hablo de subir ni de volar. Estoy hablando de ir a un lugar. Por favor, a Rivadavia...

RICARDO: *(La vuelve a interrumpir.)* Ah, me está diciendo que arriba Davia y que quiere ir al aeropuerto a buscarlo.

SONIA: No, no es cierto, no quiero ir al aeropuerto.

RICARDO: Ah, entonces quiere ir a la estación terminal.

SONIA: No, no. Me parece que me entendió mal.

RICARDO: Usted dice que arriba Davia. Si no quiere ir al aeropuerto ni a la estación, dígame adónde llega. Yo no soy adivino.

SONIA: Si me permite, le digo adónde quiero ir y por qué camino.

RICARDO: ¿Por qué camina? Señora, yo no la veo caminar. Usted acaba de subirse a un taxi, por si no se dio cuenta.

SONIA: Me doy perfecta cuenta. Pero me parece que usted no me escucha y que además, inventa. Por favor, atienda lo que le digo: a Rivadavia entre Uruguay y Paraná.

RICARDO: Ah, Davia arriba entre...

SONIA: Señor, no le estoy hablando de ningún Davia que arribe a ninguna parte. ¡Y va a ser mejor que me escuche bien si no quiere que me harte!

RICARDO: Disculpe, pero, ¿qué quiere que le diga? Desde que subió me está hablando de un tal Davia que arriba. Y todavía no me dijo bien adónde hay que ir a buscarlo. Ahora me dice que llega entre el río Uruguay y el río Paraná, pero no me aclara si es en la provincia de Misiones, de Corrientes o de Entre Ríos.

SONIA: Pero, por favor, ¡qué lío! Yo no le estoy hablando de Entre Ríos ni de Corrientes ni de Misiones. Pero... pensándolo bien, el médico me dijo que hacer ejercicio es bueno para los pulmones. Así que me voy a bajar, porque quiero mover un poco los pies. Buenas tardes, será hasta alguna otra vez. *(Sale del taxi.)*

RICARDO: Buenas tardes. Y espero que la próxima persona que suba sea más sabia, y que no me empiece a hablar de que hay algún lugar adonde arriba el señor Davia.

(Telón.)

Adela Basch nació en Buenos Aires. Es egresada de la carrera de Letras, traductora, editora, poeta, narradora y dramaturga, especializada en editar y escribir literatura para niños. Algunos de sus libros más reconocidos: *Abran cancha, que aquí viene don Quijote de la Mancha; El reglamento es el reglamento; Una luna junto a la laguna; Belgrano hace bandera y le sale de primera y Que la calle no calle.*

BARBAPEDRO

Graciela Cabal

Barbapedro era mi tío marinero.

Cuando yo lo conocí, Barbapedro vivía en un viejo barco de carga, allí en el Riachuelo.

Vivía solo. Bueno, solo es un decir. Vivía con un gato montés rengo y casi ciego, un gallito pintado que comía con servilleta, un mono que tomaba mate cocido en jarro de lata y muchos, muchísimos pájaros.

Cuando mi tío pasaba, siempre vestido de negro, con su barba enrulada y sus pelos larguísimos al viento, la gente de La Boca se codeaba con disimulo y se hablaba en la oreja.

Pero mi tío bajaba a tierra muy de cuando en cuando.

–La tierra me da calambres. Los malditos me mueven el piso –decía mi tío mientras volvía tambaleándose a su barco.

–¿Quiénes son los malditos, tío? –preguntaba yo.

Para qué. Mi tío Barbapedro nunca contestaba. Él no era como otras personas a las que uno les pregunta “¿Qué hora es?” y contestan, por ejemplo, “Las ocho y media”, o “Las cinco y cuarto”. No, señor. Él solamente hablaba de lo que le daba la gana.

A veces estaba días sin abrir la boca. Otras veces hablaba y hablaba y me contaba historias maravillosas de barcos hundidos, de tormentas terribles, de monstruos del mar.

Con los animales sí que hablaba:

–¿Le anda doliendo la patita? Bueno, bueno, ya se la vamos a arreglar... Y a usted, ¿qué bicho le picó que anda tan triste?

Porque la gente de La Boca, aunque lo miraba de reojo a mi tío, sabía que era el mejor en eso de curar animales enfermos. Por eso se los llevaba. Un día en que ya no quedaba en el barco ni un poquito de yerba ni un grano de alpiste, mi tío Barbapedro quiso bajar a tierra.

Apenas puso el pie en la tabla para empezar a cruzar, pegó un grito espantoso:

–¡Los malditos me quitan el aire! –Y se metió en el barco para siempre. Desde ese día yo era el encargado de las compras.

Mi tío Barbapedro sabía darse todos los gustos. Si un día se levantaba con ganas decía:

–Me parece que hoy es Año Nuevo.

Entonces ponía el barco de punta en blanco, todo adornado con banderitas de colores y, por unos días, nadie les veía el pelo ni a mi tío ni al barco.

Como trabajador, era trabajador mi tío Barbapedro.

En un barco siempre hay mucho para hacer, ni qué decir con tanto bicho.

Y había que verlo a mi tío cuando se armaba alguna gresca entre los animales:

–¿A qué viene el alboroto, caracho? Usted y usted, ¿andan con ganas de un remojón?

A veces yo me sentía un poco triste. Un día me animé y le dije:

–Tío, ¿me deja traer un amigo del barrio, que lo quiere conocer?

Como siempre, mi tío no me contestó nada.

Entonces yo pensé que sí me dejaba y lo traje a mi amigo.

Cuando mi tío sacó el mate y la pava, nosotros nos acercamos un banquito.

Mi tío le echó al mate cascarita de naranja y después nos miró con unos ojos tan serios que mi amigo se apretó contra mí.

–Tranquilo –le dije a mi amigo.

Entonces mi tío empezó a contar:

–Cuando mi papá vino de Génova, solo traía tres monedas de oro en la mano...

Y así siguió y siguió hasta que empezó a hacerse de noche.

Mi amigo se levantó y se fue. Tan entusiasmado estaba mi tío, que ni cuenta se dio...

No sé bien cómo pasó, pero poco a poco todos los chicos de La Boca se tomaron la costumbre de ir a oír los cuentos de mi tío. A veces se venían con algún pájaro lastimado o con algún cachorro que nadie quería...

Mi tío Barbapedro ya era bastante famoso. Hasta gente de otros barrios venía a traerle sus animalitos enfermos. Señoras perfumadas y señores con chaleco que bajaban de coches brillantes.

Eso sí, mi tío no ponía un pie fuera del barco ni, por supuesto, contestaba preguntas.

Algunos, cuando lo veían, se tapaban la boca con la mano y se iban corriendo. Otros se reían.

La cuestión es que, como muchos no volvían nunca a buscar sus animales, el barco se llenó de tal manera que ya ni caminar tranquilo se podía.

Una noche lo noté raro a mi tío. Dos o tres veces, mientras nos contaba los cuentos, se quedó en silencio, mirándonos a uno por uno con los ojos como cansados.

Pero lo más extraordinario sucedió después, cuando los chicos se fueron y nos quedamos solos.

Entonces yo, de puro distraído, le pregunté sin darme cuenta:

–¿Le pasa algo, tío?

Mi tío Barbapedro, tocándome la cabeza, me dijo:

–Nada, Barbangelito, me siento muy bien hoy... Vaya, vaya a dormir...

No lo podía creer. Por primera vez en la vida, mi tío me había contestado y –lo más extraño– ¡me había llamado por mi nombre!

Mi tío empezó a encender todas las luces del barco y yo me fui para mi casa.

Caminé por la costa. Al darme vuelta, como hacía siempre, pensé que nunca había visto al barco tan iluminado, ni en Año Nuevo...

Parecía una estrella el barco.

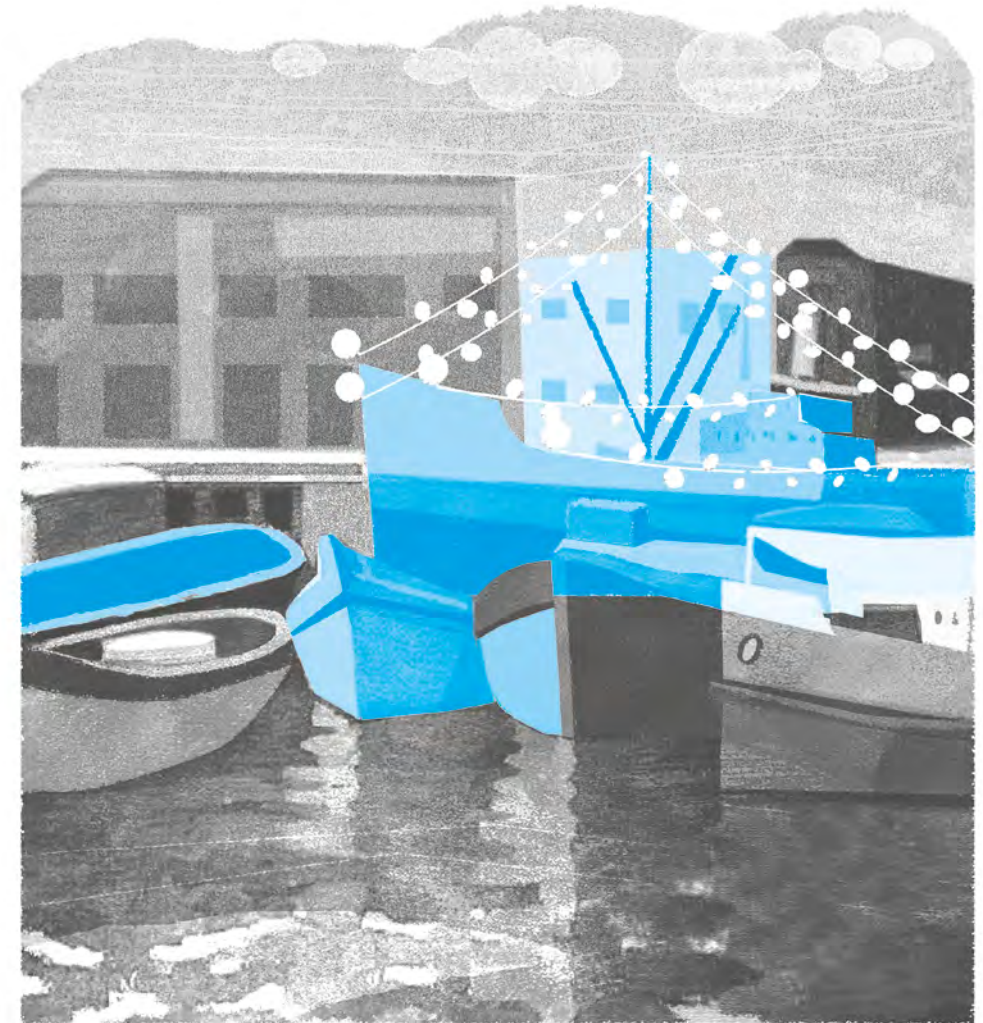
Esa noche no pude dormir.

A la mañana siguiente, bien temprano, me fui para el río.

No me sorprendí. Sabía que el barco ya no estaba.

–Va a volver. Uno de estos días va a volver –decía la gente de La Boca.

Pero yo sabía que mi tío Barbapedro se había perdido para siempre en el río.



Graciela Cabal (1939-2004) fue una de las más talentosas, originales y audaces escritoras argentinas de literatura para niños, jóvenes y adultos. Autora de más de 70 libros, fue también maestra de escuelas, titiritera y, sobre todo, una extraordinaria lectora. Entre sus libros más leídos figuran *Barbapedro*, *La señora Planchita*, la serie *Tomasito*, *Cuentos de amor, de miedo y de risa*, *Mujercitas eran las de antes* y *Secretos de familia*.

CAMBALACHE

Estela Smania

Juan tiene una tienda que se llama Cambalache.

Y no es para menos, ya que la tienda de Juan tiene de todo.

De todo lo que te puedas imaginar, y mucho, muchísimo más.

Cada mañana, muy tempranito, Juan se para al frente de su tienda y en alta voz les ofrece a los vecinos:

– ¡Botellas, palanganas, botones de cuatro ojos, osos de peluche, plumas de pavo real, peperina, canastas, maíz pisingallo, churros calientes, figuritas repetidas...!

Pedro pasa cada mañana por la tienda de Juan y como está un poco celoso, siempre le pide algo con la secreta ilusión de que Juan no lo tenga.

– ¿Sombrillas? – pregunta Pedro con picardía.

– ¿De qué color? – contesta Juan diligente.

– ¿Cartas de amor?

– ¿Nuevas o viejas?

– ¿Postales?

– ¿De qué país?

– ¿Goma de mascar?

– ¿De qué gusto?

En fin, que todo lo que Pedro pide Juan lo tiene, y mucho, muchísimo más.

Un día, Pedro decide gastarle una broma a Juan y así probarle, de una vez por todas, que su tienda no es la mejor ni la más completa del mundo, como él asegura tan ufano.

– ¿Millamiña? – pregunta Pedro a Juan, mirándolo con una sonrisita burlona que le achica los ojos y le dibuja un hoyuelo en la mejilla izquierda.

– ¿Millamiña, dices? – pregunta a su vez Juan para ganar tiempo, entre asombrado y asustado. Y comienza a revolverlo todo como quien busca con mucho afán, volviendo a preguntar como al descuido:

– ¿Alguna otra cosa se te ofrece, Pedro? Tengo en oferta, a muy buen precio, casi un regalo, semillas de zapallo, entradas de cine usadas, cuadros de pintores desconocidos, jazmines frescos y secos, boinas con pompón...

– No gracias, solo Millamiña – dice Pedro muy divertido.

Juan se hunde en la mercadería y vuelve a aparecer, pálido y sudoroso.

Saca vinchas, cuero de carpincho, ojotas, estampitas... pero lo que Pedro quiere no tiene, no ha tenido nunca ni piensa tener jamás.

– Bueno, si no tienes... – dice Pedro muy complacido – veré si encuentro en otro lado. ¡Es una verdadera pena! Pensé que aquí encontraría...

Se aleja Pedro feliz, cuando Juan, con una sonrisita burlona que le achica los ojos y le dibuja un hoyuelo en la mejilla derecha, dice muy campante:

– No te vayas, hombre, ¡acabo de encontrarlas! ¿De qué color la prefieres? ¿La buscas grande o pequeña?

Pedro lo mira desorientado. El hoyuelo se le borra de la mejilla izquierda junto con la sonrisa. Toma la cajita que Juan le ofrece.

– Adentro – dice Juan – va la mejor Millamiña que tengo. Ni me lo agradezcas, y es más, como casi nadie las pide, te la regalo.

Pedro se marcha con la cajita vacía entre las manos, sin decir ni mu, que no es cuestión de que Juan se entere de que él no ha visto una Millamiña en su vida, y que es más que posible que no la vea nunca.

Desde ese día, Juan abre su tienda como todas las mañanas, bien tempranito y ofrece a viva voz su mercadería al vecindario:

– ¡Lápices color turquesa, cajitas con música de los Beatles, monigotes de arena, tréboles de muchas hojas...!

Y cuando ve que Pedro pasa por la vereda del frente, mirando para otro lado y silbando bajito, grita a todo pulmón, con una sonrisita burlona que le dibuja un hoyuelo en cada mejilla:

– ¡Millamiña de todos los colores y tamaños, de yapa!

Estela Smania nació en Paraná, Entre Ríos, y allí transcurrió su infancia y adolescencia. Reside en Córdoba, donde estudió derecho y periodismo. También es conductora de programas radiales para niños y adolescentes. Por sus libros para niños y jóvenes recibió diversos premios. Algunos de sus títulos: *La noche de los ruidos*, *Día de visitas*, *Jacinto*, *Fuga de vocales*, *Historia de un girasol inquieto*, *La palabra mágica* y *Los malaventurados*.

EL BAILE NUPCIAL

Juan Manuel Montes

El loco Julio alimenta a las palomas de la misma manera en que su madre alimentaba a las gallinas. Mueve primero su mano derecha en un cuenco (dejando caer unas pocas miguitas) y repite la escena con su mano izquierda, casi como invitándolas a bailar un minué. De entre todas las que lo rodean, elige una, y el loco Juan se saca el sombrero (y caen más miguitas). La paloma retrocede, pero él, galante, se le acerca y le extiende la mano. La paloma se voltea y toma un pedacito de pan, él encantado de ser correspondido, le sonrío.

Ahora, la pareja baila haciendo círculos dentro de una ronda alada, gris y blanca. El baile continúa hasta que se le acaban las miguitas. Luego su paloma lo observa, espera más pan, pero él le muestra las manos vacías. Ella espera ladeándole la cabeza, espera, espera... y sale volando.

El loco Juan piensa: quizás así es el amor.

Juan Manuel Montes nació y vive en Mendoza. Es profesor en Lengua y Literatura por la Universidad Nacional de Cuyo y especialista en Escritura y Literatura. Ha publicado *La soledad de los héroes*, *Relatos desde Lilibut* y *Márgenes de la microficción*. Fue ganador del Certamen Literario Vendimia 2018 en la categoría Infantil y Juvenil con *El plan Salmón*. Sus textos aparecen en diversas antologías latinoamericanas.

Chicas y chicos en acción

FIESTITA CON ANIMACIÓN

Ana María Shua

Las luces estaban apagadas y los altoparlantes funcionaban a todo volumen.

–¡Todos a saltar en un pie! –gritaba atronadoramente una de las animadoras, disfrazada de ratón. Y los chicos, como autómatas enloquecidos, saltaban ferozmente en un pie.

–Ahora, ¡todos en pareja para el concurso de baile! Cada vez que pare la música, uno abre las piernas y el otro tiene que pasar por abajo del puente. ¡Hay premios para los ganadores!

Excitados por la potencia del sonido y por las luces estroboscópicas, los chicos obedecían, sin embargo, las consignas de las animadoras, moviéndose al ritmo pesado y monótono de la música en un frenesí colectivo.

–Cómo se divierten, qué piolas que son. ¿Te acordás qué bobitos éramos nosotros a los siete años? –le preguntó, sonriente, el padre de la cumpleañera a la mamá de uno de los invitados, gritándole al oído para hacerse escuchar.

–Y qué querés... Nosotros no teníamos televisión: tienen otro nivel de información –le contestó la señora, sin muchas esperanzas de que su comentario fuera oído.

No habían visto que Silvita, la homenajead, se las había arreglado para atravesar la loca confusión y estaba hablando con otra de las animadoras, disfrazada de conejo. Se encendieron las luces.

–Silvita quiere mostrarnos a todos un truco de magia –dijo Conejito–. ¡Va a hacer desaparecer a una persona!

–¿A quién querés hacer desaparecer? –preguntó Ratón.

–A mi hermanita –dijo Silvia, decidida, hablando por el micrófono.

Carolina, una chiquita de cinco años, preciosa con su vestidito rosa, pasó al frente sin timidez.

Era evidente que habían practicado el truco antes de la fiesta, porque dejó que su hermana la metiera debajo de la mesa y estirara el borde del mantel hasta hacerlo llegar al suelo, volcando un vaso de Coca Cola y amenazando con hacer caer todo lo demás. Conejito pidió un trapo y la mucama vino corriendo a limpiar el estropicio.

– ¡Abracadabra la puerta se abra y ya está! – dijo Silvita.

Y cuando levantaron el mantel, Carolina ya no estaba debajo de la mesa. A los chicos el truco no los impresionó: estaban cansados y querían que se apagaran las velitas para comerse los adornos de azúcar de la torta. Pero los grandes quedaron sinceramente asombrados. Los padres de Silvia la miraban con orgullo.

– Ahora hacela aparecer otra vez – dijo Ratón.

– No sé cómo se hace – dijo Silvita–. El truco lo aprendí en la tele y en la parte de aparecer papi me cambió de canal porque quería ver el partido.

Todos se rieron y Ratón se metió debajo de la mesa para sacar a Carolina. Pero Carolina no estaba. La buscaron en la cocina y en el baño de arriba, debajo de los sillones, detrás de la biblioteca. La buscaron metódicamente, revisando todo el piso de arriba, palmo a palmo, sin encontrarla.

– ¿Dónde está Carolina, Silvita? – preguntó la madre, un poco preocupada.

– ¡Desapareció! – dijo Silvia–. Y ahora quiero apagar las velitas. El muñequito de chocolate me lo como yo.

El departamento era un dúplex. El papá de las nenas había estado parado cerca de la escalera durante todo el truco y nadie podría haber bajado por allí sin que él lo viera. Sin embargo, siguieron la búsqueda en el piso de abajo. Pero Carolina no estaba.

A las diez de la noche, cuando hacía ya mucho tiempo que se había ido el último invitado y todos los rincones de la casa habían sido revisados varias veces, dieron parte a la policía y empezaron a llamar a las comisarías y a los hospitales.

– Qué tonta fui esa noche – les decía, muchos años después, la señora Silvia, a un grupo de amigas que habían venido para acompañarla en el velorio de su marido–. ¡Con lo bien que me vendría tener una hermana en este trance! – Y se echó a llorar otra vez.



Ana María Shua nació en Buenos Aires. Es una de las máximas figuras de la narrativa nacional, tanto para adultos como para niños. Ha recibido muchos premios por su extensa obra, traducida a una docena de idiomas. Entre sus muchos libros para niños pueden citarse: *Mascotas inventadas*, *Este pícaro mundo*, *El árbol de la mujer dragón*, *Cuentos con magia* y *Una y mil noches de Sherezade*.

ARTURO

Viviana Aguirre

– ¡No le pongas bufanda al gato, Ludmila! – dijo la mamá de Ludmila.
– ¡Ufa! ¿Por qué no puedo ponerle bufanda al gato?
– Porque se enreda en las patas de las sillas, y cuando quiera sentarse la abuela, va a quedar sentada en el piso. Además los gatos no usan bufandas. Arturo y Ludmila inventan una coreografía de patas, cola y bufanda dibujando un carnaval en la galería.

Y el sol se va a dormir con el corazón hecho un juguete.

– ¡No le pongas pañuelo al gato, Ludmila!
– ¡Ufa! ¿Por qué no puedo ponerle pañuelo al gato?
– Porque puede engancharse debajo del auto, y papá puede irse y no verlo y bueno, no voy a seguir contando. Y además los gatos no usan pañuelos.

Ludmila sube el gato a la cama, le pone el pañuelo atado al cuello, le queda como una capa, y entonces el gato es un mago.

La tarde queda pintada de galletitas y magia, y las risas del gato se escuchan en todo el barrio.

– ¡No le pongas corbata al gato, Ludmila!
– ¡Ufa! ¿Por qué no puedo ponerle corbata al gato?
– Primero porque a tu abuelo no le va a gustar y segundo porque se anuda entre las plantas y las rompe, y además porque...
– Sí, ya sé, ya sé, bueno, está bien – dice Ludmila.

Un extremo de la corbata queda anudado en el cuello del gato y el otro extremo, atado al triciclo de Facundo.

Una carrerita de colores y zapatillas se desparrama en la vereda.

– ¡Ludmila! ¿Qué le pusiste al gato?
– Nada mamá, no le puse nada. ¡No lo enredé con nada, no le até nada, no le hice nada!

– ¡Pobre gato! ¡Hacele algo!
Ludmila abraza a Arturo, tira un poquito de la cola y le da un beso.
– ¡Te voy a dar con... un abrazo! ¡Un abrazo enorme!
– ¡Ludmila!
– ¿Y ahora, qué?
– ¿Y para mí, no hay abrazo?

La tarde ilumina el comedor en un abrazo que enreda a papá, mamá, abuela, abuelo, Facundo, Ludmila, Arturo y cola de Arturo.

– ¡Ludmila!
– ¿Y ahora qué?
– ¿Abrazo solo?

Entre los ojos de Ludmila y los ojos de mamá, hay un hilo de azúcar y mandarina que las tiene siempre enredadas.

Las dos se ríen, saben que los abrazos nunca vienen solos.

A veces, vienen enredados con medialunas.



Viviana Aguirre nació y vive en Córdoba. Es docente, gestora cultural y capacitadora. Publicó en 2019 su primer poemario, *Vigilia del silencio*, y ha participado en diversas antologías. Coordina Taller Azul, espacio de escritura creativa para niños y niñas.

MIRANDO EL CORCHO

Horacio Clemente

Eran dos hermanos que pescaban en un arroyo. El agua del arroyo era marrón claro, no porque ese sea el color del agua, sino porque la tierra que el agua arrastra la tiñe de ese color. No era un agua contaminada, sin embargo. Al contrario: era un agua potable en donde uno se podía bañar. También se podían comer los peces que nadaban allí cuando se convertían en pescados.

El corcho subía y bajaba con suavidad, movido apenas por las ondas del arroyo que corría con lentitud. Era un día de sol, de temperatura templada, como son algunos días de otoño cuando el tiempo está lindo. El arroyo corría en medio del campo verde sembrado de alfalfa, y aunque la alfalfa brota en primavera, no se sabe por qué razón ese campo estaba cubierto de brotes. A lo mejor no eran brotes ni tampoco alfalfa, pero eso no importa; lo que sí es importante es que el campo estaba completamente verde. O tal vez, entonces, no era otoño sino primavera.

El corcho de cada uno de los hermanos estaba conectado con las cañas de pescar, que en este caso eran dos: una por hermano. Eran cañas de verdad, livianas y resistentes, que los hermanos habían arrancado del cañaveral. El cañaveral estaba cerca de allí, y parecían cañas tacuaras. Pero a lo mejor no eran tacuaras, aunque sí cañas. El agua que mojaba el corcho –el agua del arroyo– se volvía azul por momentos. No porque el agua fuese azul, sino porque reflejaba el azul del cielo.

A veces se hundía el corcho. Otras veces no se hundía. En general no se hundía.

Habían puesto anzuelos para bagre. No demasiado grandes, de manera que si picaba alguna mojarrita se la pudiera pescar; tampoco chicos, por si picaba algún dientudo o alguna tararira, por ejemplo. El hermano, una vez pescó una tararira. Y la hermana un bagre blanco, otra vez.

La carnada que habían puesto en los anzuelos eran lombrices. Pero cuando las lombrices se terminaron pusieron migas de pan. Algunos días mezclaban miga y queso cremoso, hacían una pasta y la usaban como carnada. Pero ahora no usaban queso porque el queso está caro y la mamá no lo compra. También ponían pedacitos de corazón, porque a los peces les gusta el corazón, igual que a los gatos. Los perros también comen corazón, pero prefieren hueso con carne. Hay aves que comen corazón y otras carnes, son las llamadas “aves carnívoras”, como el águila o el cóndor. Las plantas carnívoras no comen corazón.

Y así como las cañas eran cañas, los corchos eran corchos, puesto que los habían sacado de unas botellas. Las botellas eran de vino, que el papá había comprado antes.

No estaban pintados los corchos, de manera que a veces era difícil advertirlos con nitidez y ver si se hundían o no. Por suerte, el agua corría con toda tranquilidad y hacía que los corchos, flotando, se movieran muy poco. Por momentos soplabla alguna brisa y el agua se ondulaba. Entonces los corchos se movían más. En esos casos se hacía más difícil saber si los corchos se movían por efecto del agua o por efecto de algún pez que estaba por hacerse pescado. Otras veces se hundían los corchos resueltamente. Eso podría deberse a dos cosas: o que hubiera picado un pez grande o que hubiera picado una mojarrita muy chica. Si era una mojarrita muy chica no valía la pena tirar de la caña; no solo por lo chica que sería la mojarrita, sino porque seguramente no se iba a prender del anzuelo. Y si era un pez muy grande convenía esperar un poco hasta que se prendiera del todo. No era conveniente esperar demasiado, porque esos peces a veces se comen la carnada sin engancharse en el anzuelo. Ese es el inconveniente que tienen las mojarritas muy chicas, pues comen toda la carnada y no enganchan.

El hilo que pasaba por el corcho, sujeto a la caña y anudado –en el otro extremo– en el anzuelo, era en verdad una tanza de nailon, no demasiado gruesa –puesto que allí no había peces tan pesados–, pero tampoco demasiado delgada como para que pudiera cortarse si picaba algún bagre grande, un dientudo o alguna tararira. Tampoco tenían *reel* las cañas de estos chicos. De manera que el hilo –o la tanza– estaba atado directamente a la punta de las cañas.

El chico había probado las cañas antes de decidirse a usarlas porque la hermana había tenido miedo de que –si picaba uno grande– las cañas no fueran resistentes y se quebraran. Las había probado clavando en la tierra un extremo y doblándolas desde el otro. No las doblaba demasiado, puesto que podrían romperse si las exigía, con la idea, además, de que ningún pez de ese arroyo, por más grande que fuera, sería capaz de hacer tanta fuerza jamás.

En el campo, a orillas del arroyo, había sauces llorones, llamados así –dicen– por esas ramas extensas y flexibles, cubiertas de esas hojas tan finas y largas, que tienen esos sauces llorones y que cuelgan de los troncos más grandes como una cabellera muy densa, de color verde.

Más allá había unos eucaliptos. Enormes, altos, olorosos. Y a la sombra de los eucaliptos había dos caballos. Desde la distancia los chicos no podían saber si se trataba de dos caballos, o de un caballo y una yegua, o de dos yeguas. Eran marrones, claros como el agua del arroyo, y eso sí podían verlo. Esos caballos marrones, llamados “zainos”, eran de los chicos, de manera que no necesitaban acercarse para saber de qué sexo eran.

También había una vaca –similar a las Hereford– y un toro –similar a los Shorthorn. No eran de los chicos, sino de un primo de ellos. Y, como estaban en el campo, había también muchos pájaros, similares a las calandrias, y a las torcazas, y a los colibríes, y a los tordos, y a los teros, y a los chimangos y a los horneros. Los hermanos conocían a esas aves y las reconocían por el canto y por la forma y por el color, pero yo no las puedo describir ya que no vivo en el campo sino en la ciudad.

Por momentos, los hermanos miraban las nubes que se formaban en el cielo y así descuidaban los corchos. Las nubes armaban figuras diferentes y eso les llamaba la atención. A veces uno de los corchos se hundía justo cuando los dos miraban hacia el cielo. A veces se hundían los dos corchos simultáneamente justo en el momento en que ellos miraban a los caballos. Otras veces miraban a las vacas o a algún tero o calandria o tordo que se paraba en un sauce, y así no podían saber si el corcho se estaba hundiendo o no.

Les gustaba vivir en el campo. Les gustaba pescar, ir a caballo, ordeñar la vaca para tomar la leche tibia, recoger los huevos que ponían las

gallinas –porque también tenían gallinas. Les gustaba arrancar los higos de la higuera y los duraznos del duraznero y las naranjas del naranjo. Les gustaba ir al colegio. Aunque no tanto. Sí a la hora del recreo; eso les gustaba: jugar en el recreo. O también, cuando salían del colegio, porque como se iban temprano, quedaba sol por mucho rato y entonces podían ir al arroyo, a pescar.

Porque eso sí que les gustaba, todavía más que el recreo.



Horacio Clemente es un escritor argentino nacido en Buenos Aires. Trabajó como periodista y guionista de historietas, y fue autor de una nutrida obra para niños y jóvenes. Entre sus libros pueden mencionarse: *El obelisco de Buenos Aires*, *Vida de artista*, *De viaje* y *La gallina de los huevos duros*, de donde fue tomado este cuento.

EL ASTRONAUTA

Martín Gardella

Cuando era niño, soñaba con ser astronauta. Enviaba mensajes al espacio exterior, atados en la cola de una cometa de papel que dejaba volar al antojo del viento. “¿Hay alguien ahí? Quisiera conocer tu mundo”, escribió en una de sus notas. Treinta años después, un ser extraterrestre logró descifrar el mensaje y decidió concederle el deseo, provocando un gran chispazo que lo hizo desvanecer. Al despertarse, se encontró sentado junto a la ventanilla de una extraña nave luminosa, observando cómo la Tierra se alejaba, para siempre, hasta desaparecer en el infinito.



Martín Gardella nació en La Plata pero vive en Buenos Aires. Es abogado y profesor universitario. Ha publicado *Instantáneas*, *Los chicos crecen*, *Caramelos masticables: Microficciones para leer en un recreo* y *Aderezos para un tentempié: Microantología personal*. Además, compiló *Brevedades: Antología argentina de cuentos re-breves*, orientada al público juvenil.

LOS PICUCOS

Lilia Lardone

–¿Picucos? No, ya te dije ayer que Picucos no hay más.

–¿Y por qué?

–Mirá, te lo explico por última vez. ¿Viste que la semana pasada cerró la ferretería de Suárez, la de la otra cuadra? Bueno, ahora resulta que también cerró la fábrica de Picucos.

–¿Y dónde queda la fábrica de Picucos?

–Qué sé yo, pibe. Dejame que siga atendiendo.

Don Pedro le ha dicho bien clarito: no hay más. Pero a Moncho no lo va a engañar. Seguro que Rubén, el del quiosco de la plaza, tiene Picucos.

–Hay cada mentiroso –piensa Moncho–. Esta misma tarde voy y me compro un montón.

Pero a la tarde, Rubén le dice:

–No, Picucos no quedan, los compraban poco. Viste, nene, casi nadie tiene plata...

Moncho intenta en el almacén de René, y en el súper de los chinos, y en el quiosco de doña Irma. Pero nada. Todos contestan lo mismo: los Picucos se acabaron.

Por si le quedaban dudas, Lucas le repite en el recreo:

–Te juro que me lo contó un chico de quinto. La cosa es así: cerró la fábrica. Hasta en el diario salió.

–¡Mirá si me lo voy a creer! –contesta Moncho.

Esa noche, su mamá le pregunta:

–¿Por qué tenés esa cara, Moncho?

Y su papá:

–¿Qué te pasa?

–Nada, no tengo nada, ¿no ven que no tengo nada? –Y Moncho se va a la cama.

Al día siguiente se despierta con una sensación rara, y en el colegio las horas no pasan nunca.

En la clase de matemáticas se revuelve en el banco y oye la voz de Melina, desde atrás:

–Ay, el nenito, extraña los Picucos, el nenito...

¿Nenito, él? Qué porquería de amiga es Melina. Pero justo en el momento en que se da vuelta para decirle que nunca más le prestará revistas, la seño lo ve.

–Moncho, poné atención, si no te mando una nota en el cuaderno – dice la seño.

Y agrega:

–Moncho, a ver ese cuaderno de tareas.

Claro que no tiene las tareas listas. Porque la tarde anterior, a la hora de hacer las tareas, Moncho buscaba Picucos por todos lados. Ahora la señorita Cristina mira el cuaderno, lo mira a él y se pone a escribir una nota en tinta verde, bien resaltada. Al volver al banco, Moncho lee:

*Señora Adriana:
Moncho no ha traído la tarea de hoy. Debía escribir diez oraciones unimembres y ...*

Otra porquería, las oraciones unimembres, piensa Moncho. Para colmo, sin Picucos...

El camino hasta su casa le parece larguísimo. Cinco cuadras como si fueran cinco mil. Por suerte, su mamá todavía no llegó, así que la nota de la señorita Cristina queda bien guardada en la mochila.

–Dale, vení a jugar –lo llaman los chicos.

–¿A qué?

–Dale, vení, no te hagás rogar –dice Lucas.

Moncho sale en la bici. ¿Y si fuera hasta el almacén de Elvira, al lado de la casa de su abuela? A lo mejor ella tiene Picucos, en el fondo de los estantes altos. Seguro que alguno le queda, porque Elvira no ve bien, y además es petisita.

–Sí –dice Moncho–, me voy de un pique.

Pedalea con fuerza a lo largo del paredón del ferrocarril hasta que llega al almacén de Elvira. Enseguida ve el letrero sobre la persiana, en letras rojas, grandes: SE VENDE.

A Moncho las ideas se le acabaron.

De los Picucos, mejor olvidarse, piensa, y vuelve a la plaza. Los chicos no están por ningún lado.

–A casa, rápido. Hago la tarea primero y después muestro la nota verde.

En la cocina su mamá pela papas.

–Moncho, ¿no tenés que hacer la tarea?

–Enseguida, mamá, enseguida.

–Apurate, que después comemos.

Es tan aburrido hacer la tarea sin Picucos... Abre el cuaderno: 20 ejercicios de decimales y 20 de fracciones. Moncho odia los decimales casi tanto como las oraciones unimembres. Ni hablar de las fracciones.

–¿A quién se le ocurre que una coma cambie de lugar porque aparece un cero? –le dice a su mamá.

–Tenés cada pregunta, vos. Hablá menos y hacé los deberes.

–En serio, ma, ¿para qué sirve un cero? Para nada de nada. Cero es cero... – dice Moncho.

–Moncho, tu papá ya está por llegar, terminá de una vez.

Por fin se acaban los ejercicios de decimales y Moncho empieza con las fracciones. Otra estupidez. Un número arriba y otro abajo, ¿para qué? ¿no sería más cómodo ponerlos al lado? Y el palito del medio, igual a la línea de la tierra en los dibujos de la germinación.

–Línea de tierra, tierra, tierra... la tierra está en el patio, en el patio hay... ¿Cómo no me acordé antes?

Corre a buscar la linterna para iluminar el sendero que va entre hileras de lechugas hasta la piecita del fondo.

Agarra la pala.

Han pasado muchos meses, ¿dónde era? Prueba en el cantero de repollos, entre la pared de la casa de al lado y el limonero. ¿O a lo mejor un poco más allá? Moncho calza la linterna en una horqueta del limonero para enfocar el suelo y no puede ni clavar la pala, la tierra está durísima. Pero

intenta una y otra vez, hasta que al lado del último repollo, justo cuando se hunde la pala, oye un ruidito metálico.

– ¡Síííí! – dice Moncho y cava con cuidado hasta destapar una lata grande. ¿Se habrán conservado bien? Limpia con la manga la lata, levanta la tapa y espía: ¡qué suerte, los Picucos están intactos!

Menos mal que se acordó, menos mal. Y pensar que están guardados desde el verano, cuando vino su primo Esteban a pasar las vacaciones en su casa. Porque Moncho ya aprendió a no confiar en su primo, después del día en que le quitó sus cajitas de fósforos preferidas.

Moncho guarda la pala en la piccita.

Abre el tarro, toma entre sus dedos un Picuco y piensa:

– Y a lo mejor, antes de que se me gasten, la fábrica vuelve a funcionar.

Lilia Lardone nació y vive en Córdoba. Narradora, poeta y especialista en literatura para niños y niñas, fue docente y obtuvo varias distinciones, entre ellas el premio Latinoamericano Norma-Fundalectura, por la novela *Caballero negro*.

LA ESCALERA

Mauricio Giulietti

Cuando miro las manos de mi papá pienso en la puerta del auto, que se cierra fuerte, en la escalera del jardín que solo fue hecha para él. Muchas veces lo veo subir y no mirar alrededor, yo estaría horas mirando qué hay en el patio del vecino, de qué color son las hojas de los árboles de más arriba, que desde acá parecen plateadas. Según mi primo Ernesto es por el sol, en realidad son verdes.

Muchas noches pienso en cuando sea grande y tenga las manos de mi padre. Voy a poder usar el auto, la escalera, y ver el amanecer al mismo nivel del cielo. Espero también, para ese día, tener su mirada.



Mauricio Giulietti nació en Neuquén y reside en Rincón de las Perlas, Rio Negro. Profesor de Lengua y Literatura de la Universidad Nacional del Comahue, ha publicado en diversas antologías y recibido premios y menciones en concursos nacionales y provinciales.

ESTÁ ALLÍ TODAVÍA

Olga Drennen

Los chicos oyeron cerrarse la puerta de entrada de aquella enorme casa.

–¿No era que estaba abandonada? –preguntó Gabriel.

–¡Es un gato! –contestó su primo–. Pero igual vamos, se está poniendo oscuro.

Miraron hacia adelante. Frente a los dos, el pasillo se abría como una boca negra. Enseguida escucharon el ruido. Era un crujido parecido al de unas uñas afiladas que arañan un pizarrón.

–Nada. Es un gato, no te preocupes –aclaró Marcos con un hilo de voz, ante la mirada inquieta de Gabriel.

Aquella tarde, los dos primos habían salido a recorrer el barrio. Se habían mudado hacía poco y querían conocer los alrededores. Antes de salir, apagaron la tele, las luces y la computadora.

–Son las seis –dijo Marcos–. Tenemos que volver antes de que sea de noche, porque si no, la tía se va a preocupar.

Después, los chicos caminaron más de media hora hasta llegar a la casa.

–Mirá –dijo Marcos–, parece un castillo. Ayer, le pregunté al diariero y me contestó que está abandonada. Vamos a investigar.

Entraron con dificultad por uno de los miradores. La puerta tenía candaño, pero al parecer, alguien había dejado mal cerrada una de las ventanas. Al saltar, un tornillo flojo desgarró el pantalón de Gabriel a la altura de una de las rodillas y le arañó la piel. Tuvo un escalofrío. Se le ocurrió que era como un presagio.

A pesar de la ansiedad que tenían por pasar al interior de aquel inmenso caserón, una vez que lograron su propósito, en lugar de sentirse satisfechos, retrocedieron con temor. El salón que los recibió parecía frío como la sala de un hospital.

Tenía grandes dimensiones, pero ningún mueble. El único rastro de que aquella casa había sido alguna vez habitada, eran unos tapices raídos que colgaban pesados desde el techo hasta la mitad de las paredes.

–Aquí no hay nada que valga la pena –dijo Marcos–. Vamos a seguir por ahí.

Unos pasos hacia la izquierda encontraron un pasillo que parecía el de un hotel antiguo. Era largo y tenía muchas puertas cerradas. Al rato de caminar en puntas de pie para no hacer ruido, se rieron porque el piso crujía con cada paso que daban. Abrieron una puerta y otra, sin encontrar más que papeles amarillentos, aquí y allá.

–Sigamos –propuso Gabriel–, algo tenemos que encontrar.

Eran cerca de las siete cuando, dispuestos a no darse por vencidos, recorrieron algunos salones. Pero era inútil, todos se veían iguales. Cansados, se sentaron en el suelo.

–¿Volvemos? –preguntó Marcos–. Aquí no hay nada que valga la pena. Esta casa es más aburrida que partido sin pelota.

Pero cuando estaban por dirigirse a la salida, oyeron cerrarse la puerta de entrada. Entonces, Gabriel se sobresaltó y su primo, para tranquilizarlo le dijo que era un gato. De todas maneras, al ver que anochecía, decidieron salir de allí. Fue cuando se oyó el crujido. El crujido ese que les recordaba el de unas uñas afiladas que arañan un pizarrón. Al escucharlo, Gabriel se puso más pálido que un papel.

–Ya te dije que es un gato –dijo Marcos a duras penas.

Avanzaron hacia el salón que los había recibido. De repente, oyeron un golpe que los sobresaltó. Provenía de una de las habitaciones de atrás. Habían entrado allí, pero sin encontrar nada más que pelusas y telas de araña.

–¿La puerta de entrada no estaba cerrada con candado? –susurró Gabriel.

De pronto, sin que ninguno de los dos lo esperara, la puerta se abrió de golpe. Quisieron escapar, pero antes de echar a correr alcanzaron a escuchar un “Uuugggh” tan estremecedor que les paralizó el corazón.

Eran casi las siete y media, el sol ya había caído, así que corrieron en medio de la luz del anochecer. En su veloz carrera, tropezaron entre ellos, se rasparon los brazos contra las paredes y rodaron por el piso.

En un momento dado, se dieron vuelta.

– ¡Ahhh! – gritó uno de ellos.

Gritó, porque lo que vio fue escalofriante. Una sombra siniestra caminaba en silencio hacia ellos.

– ¡Dale! ¡¡Corramos!!

Escaparon mientras aquel “Uuugggh” buscaba sus cabezas. Pronto, el sonido pareció alcanzarlos y algo pegajoso rozó el cuello de los dos.

Marcos saltó hacia adelante y lanzó un puntapié al vacío. Gabriel se agachó y dio un empujón en lo que imaginaba que era el pecho del perseguidor. Pero al hacerlo calculó mal, y cayó sentado.

En ese momento, se cubrió la cara con terror pensando que ya no saldría de allí. Sin embargo su primo estaba alerta, y en cuanto escuchó el ruido de su caída, le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse.

Justo cuando se ponía de pie, las luces de un colectivo iluminaron el lugar. Afortunadamente, habían llegado al salón donde estaba la puerta de calle. Pero también vieron, al menos en parte, al ser que los perseguía.

Su cuerpo parecía estar lleno de anillos, como el de un gusano gigante y gelatinoso. Sus manos de largos dedos se estiraban hacia ellos. Se movía con la soltura de un gato. Tanta ligereza, que no les dio tiempo a intentar abrir la puerta y se abalanzó sobre ellos. Sin embargo los chicos fueron más rápidos.

Saltaron a través de la ventana que los había dejado entrar y rodaron por el jardín hasta la calle.

Desde allí, alcanzaron a ver cómo esos dedos repugnantes tanteaban la pared exterior. Buscaba algo. Los buscaba a ellos.

A la mañana siguiente y a pleno sol, Marcos y Gabriel volvieron a la casa para cubrir puertas y ventanas con piedras y maderas. Cuando terminaron de tapar todo, escucharon aquel chillido espantoso que hizo temblar hasta los cimientos.

– Está detrás de la puerta – dijo Gabriel.

Y sí, allí estaba. Sigue en la casa abandonada. Está allí todavía... a la espera de que alguien intente entrar.



Olga Drennen nació en la provincia de Buenos Aires. Es docente, traductora, dramaturga, poeta y narradora. Publicó más de cien libros, antologías, ensayos, traducciones, novelas, cuentos y poemas para chicos y grandes. Recibió varios premios por sus obras. Entre ellas: *Te quiero, cuánto te quiero*, *Somos así*, *Leyendas que eran y son*. Este relato se tomó de la antología *La trama del miedo*.

ZAIDA Y SU PRIMER DÍA DE CLASES

Carola Martínez

–Mamá, ¿y si nadie me quiere? ¿Si no me hago amigos? ¿Si los niños me ignoran o me hacen sufrir?

–Zaida, vístete más rápido que vamos a llegar tarde.

Zaida se viste lento, tratando de hacer tiempo.

–Mamá ¿y si los niños son malos o no les caigo bien? ¿O si justo una niña dice que mi pelo es raro?

–Nada de eso va a pasar, Zai, tranquila. Come tu desayuno.

–Mamá ¿y si cuando llegamos y conozco a la señorita ella es mala y me dice cosas feas?

–Zai, ya te dije, nadie es malo porque sí. La señorita seguro es amable y te entiende. Camina más rápido que estamos atrasadas.

Zaida trata todo el tiempo de retrasar el paso, de caminar más lento. Su mamá la empuja.

La puerta de la escuela está por cerrar. La maestra está esperando a quienes vienen atrasados.

–Hola, bienvenida. Debes ser Zaida, yo soy Florencia, tu maestra.

Zaida saluda tímida. Su mamá la abraza para ahuyentar los miedos y le dice, mirándola a los ojos.

–Todo va a estar bien, mi vida, en serio.

Zaida no sabe si eso que dice su mamá es verdad o no. En los últimos dos meses han tenido que desarmar su casa, vender sus cosas, meter todo en cuatro maletas, despedirse de sus abuelos y dejar su gata. Para llegar a otro país en el que a las mañanas hace frío y la gente la mira todo el tiempo porque nadie o casi nadie tenía ese color y ese pelo que para ella es muy normal.

La maestra le sonríe.

–Vamos a saludar a la bandera.

Zaida mira esa bandera tan celeste y tan distinta a la suya. Todos cantan una canción que ella no conoce y pasan al aula.

La maestra la presentó:

–Chicos, atención. Ella es Zaida, acaba de llegar a la Argentina. Hagámosla sentir en su casa. Sentate ahí, que hay un lugar vacío.

Se hace silencio. Zaida camina por el pasillo. Da pasos chiquitos, aunque lo único que quiere es desaparecer para que todos dejen de mirarla.

–Hola, soy Camila –dice una nena.

–Yo, Pedro.

–Yo, Luciano.

–Yo, Macarena.

Zaida los mira un poco asustada.

–¡Qué lindo pelo tenés! Yo me hago trencitas y apenas me quedan unos rulos que se me desarman cuando me peino.

–Gracias –dice Zaida, tímida.

–¿Cómo te peinás? –pregunta Camila.

–No me peino, me hago así con los dedos.

–Yo tampoco me peino –dice Pedro.

–¡Sos pelado, Pedro, cómo te vas a peinar!

Todos se ríen.

La maestra empieza la clase.

–Sos muy calladita –dice Macarena.

–Es que me da pena.

–¿Por qué? ¿te pasó algo malo?

–No, ¿por qué?

–Porque te da pena.

Zaida los mira extrañada.

La maestra se acerca.

–Chicos, a ver, atención. Zaida habla castellano como nosotros, pero tienen que saber que a veces las palabras del castellano no significan lo mismo en todos partes. A ver, Ludmi, sacá tu diccionario, buscá la palabra PENA. ¿Qué dice?

Ludmila lee en voz alta.

pena.

1. Sentimiento grande de tristeza.
2. *Am. Cen., Ant., Col., Méx., Pan. y Ven.* vergüenza.
3. *f. C. Rica, Guat., Hond., Méx., Nic. y Pan.* pudor.

–Ahhhh –dijeron todos a la vez.

–Podemos hacer un diccionario entre todos de palabras iguales, pero que significan otras cosas en otros países –propone la maestra.

–¡Sí!

En un ratito, a Zaida la consultan todos sus compañeros. Uno le convidó de su sánduche, otro le dio la mitad de su chocolate y a mediodía ya tenía tres mejores amigas y una invitación el viernes a un cumpleaños. Cuando su mamá la pasa a buscar la ve salir con cinco chicas del brazo, muerta de risa.



Carola Martínez es chilena y vive hace 20 años en la Argentina. Estudió Psicología y la diplomatura en Literatura infantil y juvenil en la Universidad de San Martín. Dirigió el programa de lectura de la Ciudad de Buenos Aires “Leer para Crecer”, trabajó para el Plan Nacional de Lectura y coordina el Plan de Lectura del GCABA. Es autora de dos novelas para jóvenes: *Matilde* y *Nunca jamás*.

UN PLAN MAESTRO

Graciela Repún

–Si no levanto las notas, no me dejan salir por un mes –dije el lunes en el recreo.

Juana celebraba su cumpleaños esa tarde. Todo el grado estaba invitado. Además, el martes pensábamos ir al cine.

Pero la maestra tomaba los miércoles... ¡Ya no me quedaba tiempo para estudiar!

–La seño toma a primera hora, ¿no? –preguntó de pronto Carla, que estaba pensando lo mismo que yo. Tenía cara de espanto.

–Sí –le contesté con un hilito de voz.

Sabíamos que la seño era buena. Pero recién se le notaba después de dos horas de clase.

Siempre llegaba al colegio con un malhumor espantoso. En esos momentos, era mejor no ponerse en su camino.

–¡Tengo un plan maestro! –dijo Pablo–. O mejor dicho, un Plan Maestra: ¡sigámosla!

Lo miré con cara de bobalicona.

Siempre lo miro así. Pablo me gusta.

Pero esta vez, Carla, Juana, Ángeles y Ale lo miraron con la misma cara. Nadie había entendido qué quería hacer.

–Averigüemos si la seño sale enojada de su casa, o si se va poniendo de mal humor durante el camino. ¡Y hagamos que el miércoles llegue al colegio feliz, así pone mejores notas!

Era una idea simple, pero GENIAL.

Ese lunes, mientras mis amigos armaban el seguimiento, yo trataba de aprovechar los recreos para estudiar.

–“En los ríos del Litoral se pesca el patí” ... “La llanura es un terreno plano cubierto de pasto” ... “Las mesetas son secas, hay poca lluvia” –leía yo en

voz alta, intentando que se me fijara algo de lo que repetía. Pero el griterío de los chicos jugando a la mancha venenosa no me dejaba concentrar.

Juana y Carla vivían cerca de la casa de la seño. Más de una vez se la habían encontrado en el colectivo.

No les resultó difícil seguirla.

El martes ya sabíamos que:

- 1) Nuestra maestra es friolenta y en el colectivo se la pasa tiritando.
- 2) Acostumbra a saludar a todo el mundo. Pero muchos no se toman el trabajo de contestarle. Y eso le molesta.
- 3) Suele traer demasiadas carpetas y siempre se queja de lo pesadas que son.
- 4) Detesta comenzar la clase sin que el pizarrón se encuentre perfectamente borrado.

El Plan Maestra era así:

- 1) Pablo subiría al colectivo cuatro paradas antes. Como es un gordito precioso, se iba a sentar y entibiar el asiento con sus posaderas, hasta que la maestra subiera. Entonces se lo cedería. Así no llegaba muerta de frío.
- 2) Ángeles suele comer tantas galletitas que ya se hizo amiga del quiosquero. Le iba a pedir que cuando la maestra pasara a comprar sus pastillas de menta, la saludara con simpatía.
- 3) Por su parte, Carla le pediría al portero que ese día le sonriera a la seño con más amabilidad que nunca.
- 4) Ale se cruzaría con la seño apenas entrara para ofrecerle ayuda con las carpetas.
- 5) Juana y yo llegaríamos a clase antes que nadie. Yo, para dejarle una manzana y una rosa sobre el escritorio, como un regalo anónimo. Y Juana, para borrar perfectamente el pizarrón.

Yo seguía intentando repasar en los recreos: “El Aconcagua es la mayor altura de la Cordillera”. “El tren del Fin del Mundo es impulsado por una antigua locomotora a vapor”. “Según la altura del calendario, hay plantas que pierden sus hojas”... Pero había tanto bochinche a mi alrededor, que no escuchaba ni mis pensamientos.

–Es la última vez que intento estudiar en los recreos –me juré.

Y por lo que sucedió después, siempre cumplí mi palabra.

Después del cumpleaños del lunes y la película del martes, llegó el miércoles.

Llovía a cántaros. Pablo, apurado, se olvidó el paraguas en su casa.

Subió al colectivo chorreando agua. Cuando le cedió el asiento a la maestra, lo había dejado completamente empapado.

Ella no se dio cuenta y se sentó sin ver. Tiritó tres veces más que lo normal. La seño fue a comprar sus habituales pastillas de menta tosiendo como nunca. Se encontró con que el quiosquero se hacía el simpático con otra maestra, a la que había confundido con ella. Tuvo que esperar que la atendiera, y encima, que lo hiciera de mal modo.

Al llegar al colegio, el portero no solo no contestó su saludo, sino que tampoco le sonrió. (El pobre hombre acababa de perder su dentadura postiza y no se animaba a abrir la boca).

Ale le ofreció ayuda con las carpetas, pero se tropezó y las hojas se desparrramaron. Algunas cayeron sobre el piso del patio mojado por la lluvia.

La seño entró al aula como un huracán y vio el pizarrón escrito del día anterior. (A Juana se le había hecho tarde).

Lo borró rezongando y aprovechó para escribir la lección del día. Pero cuando vio la manzana y la rosa sobre el escritorio se le dibujó la primera sonrisa de la mañana.

Le duró poco: la manzana tenía un gusano y además, se pinchó con una espina.

Tuvo que ir a lavarse la lastimadura, momento que aprovechó Juana, que acababa de entrar, para borrar lo que la maestra había escrito.

No puedo explicar la cara que puso la seño cuando vio el pizarrón vacío.

Pero no fue nada comparada con la que puso cuando yo empecé a dar la lección.

–“La llanura es un terreno plano donde se cosechan... vacas” –comencé a recitar nerviosamente–. “El Aconcagua... no es navegable”... “El tren a carbón está en vías... de extinción”...“En los ríos del litoral se pesca pa´ mí” ... “En las mesetas la lluvia es seca, pero se siembra mucho guanaco y llama”...“El calendario es una planta de hoja caduca”...

La cara de la maestra se había vuelto irreconocible.

Era una mueca extraña.

Estaba deformada como la de mis compañeros.

La clase entera se doblaba en dos de risa.

Cuando pudo hablar de nuevo, la seño me dijo:

–Nunca escuché tantos absurdos juntos. ¡Me alegraste el día! No te voy a poner nota, pero el viernes, a la tercera hora, te tomo de nuevo.

¡La tercera hora! ¡La suerte me sonreía!

Pero esas cosas suceden una vez en la vida.

Desde ese día, mis amigos y yo usamos los recreos solo para jugar.

Y cuando es necesario, para ayudar a compañeros en apuros con nuevos planes “maestros”.

Graciela Repún nació en Buenos Aires. Es escritora, docente y editora. Tras iniciarse como creativa y escritora publicitaria, se dedicó por completo a la literatura infantil. Entre sus obras pueden mencionarse: *Leyendas argentinas*, *El mar está lleno de sirenas* y *Abeja Oveja*. Este cuento está tomado de la antología *Todos al recreo*.

Transformaciones

LA MOSCA QUE SOÑABA QUE ERA UN ÁGUILA

Augusto Monterroso

Había una vez una Mosca que todas las noches soñaba que era un Águila y que se encontraba volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la volvía loca de felicidad; pero pasado un tiempo le causaba una sensación de angustia, pues hallaba las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le impedía posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.

En realidad no quería andar en las grandes alturas o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando volvía en sí lamentaba con toda el alma no ser un Águila para remontar montañas, y se sentía tristísima de ser una Mosca, y por eso volaba tanto, y estaba tan inquieta, y daba tantas vueltas, hasta que lentamente, por la noche, volvía a poner las sienes en la almohada.

Augusto Monterroso nació en Honduras en 1921 y falleció en México en 2003, aunque siempre se consideró guatemalteco porque esa era la nacionalidad de su familia paterna. Desde 1944 vivió exiliado en México, donde fue reconocido como fabulista, cultor de microcuentos y autor del cuento más corto del mundo (que dice así: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.”). Su obra se caracteriza no solo por la brevedad, sino también por el sentido del humor y una poderosa rapidez expresiva para la crítica cultural, histórica y social. Entre sus libros: *Obras completas (y otros cuentos)*, *La oveja negra y demás fábulas* y *La letra e*.

CAÍDA AL CIELO

Jorge Accame

No sé exactamente qué edad tenía Juan cuando le sucedió esto, pero sería un chico de más o menos cinco años, tres meses y diez días.

Estaba mirando hacia el cielo en una mañana de verano. Tanto miraba, con la cabeza torcida y las manos cruzadas atrás, que de pronto se mareó y se cayó al cielo.

Caía

caía

y pensaba que su mamá lo iba a retar.

Al fin tocó fondo. Ese azul que se ve desde abajo es de un material blando y elástico, así que por la fuerza de la caída se estiró un poco, pero él no se lastimó. Sorprendido, se sentó y no quiso mirar hacia arriba por miedo a caerse de nuevo a la tierra que estaba abajo.

Un hombre viejo se le acercó.

–¿Quién sos? –le preguntó.

–Me llamo Juan y me caí –dijo el chico–. Quiero volver a mi casa.

–Acá no hay casas. Hay nubes. Las personas viven en nubes.

El viejo se le aproximó más.

–Pero dicen que donde sí hay casas es allá arriba, en la tierra –le contó en secreto señalando hacia abajo.

–Quiero volver a casa con mi mamá –dijo Juan.

En eso pasó una señora.

–¿Qué le sucede al muchacho? –preguntó.

–No sé –dijo el anciano–. Habla de una casa.

–¿Se ha fijado? –exclamó la mujer–. ¡Este chico no tiene alas!

–Tiene razón –observó el hombre admirado–. No me había dado cuenta.

–Voy a buscar a los demás para que vean esta maravilla –dijo la mujer, mientras se alejaba volando.

Recién entonces Juan reparó en que los dos, el viejo y la señora tenían unas alas enormes en sus espaldas.

–No te vayas a mover de acá –pidió el anciano–. Ya vuelvo con una cámara fotográfica.

Y lo dejó solo.

Juan se sintió confundido. Intentó pararse, pero eran tantas las ideas que cruzaban por su cabeza que se mareó y se cayó de nuevo.

Caía

caía

caía

a la tierra hacia arriba o hacia abajo y juraba que jamás volvería a marearse.

Hasta que tocó un fondo blando y elástico, caliente y cómodo.

Comprendió que había caído en su propia cama.

–Menos mal –pensó aliviado y para no marearse más, se tapó bien y dándose vuelta se durmió.

Jorge Accame es un escritor y dramaturgo, reconocido tanto por sus obras de teatro como por sus cuentos y novelas para niños y jóvenes. Entre sus muchas obras: *Venecia, ¿Quién pidió un vaso de agua?*, *Ángeles y diablos*, y *Los meteoritos odiaban a los dinosaurios*.

EL FLAUTISTA QUE QUERÍA VOLAR

Maryta Berenguer

Había una vez un viejo flautista que juntaba huevos de paloma.

El viejo se llamaba Omar y los chicos creían que era un pájaro o mejor dicho, un palomo. Se ganaba la vida arreglando los techos y tanques de agua de los vecinos.

Todos los días, siempre y cuando no lloviese, recorría las casas del barrio, con su escalera de metal que llevaba sobre los hombros, preguntando si hacía falta arreglar alguna gotera o destapar los desagotes de los tanques de agua.

Las palomas eran sus amigas; cuando veían al viejo Omar asomar su cabeza gris por los techos, volaban en bandada a darle la bienvenida.

Se arremolinaban a su alrededor y el viejo las saludaba con una especie de flauta que producía el rucucú de una palomita empollando.

Algunas de ellas anidaban cerca, ponían huevos que Omar se llevaba a su casa, en las afueras del pueblo. Decía que el huevo de paloma era bueno para aprender a volar.

Un día Omar decidió volar. La noticia corrió de boca en boca, rápido como un vuelo de paloma.

La directora de la escuela se enteró y decidió concurrir junto con los miembros de la Cooperadora. Don Cosme Moscato, el farmacéutico, bajó la persiana de su farmacia, puso un cartelito, “Enseguida vuelvo”, y marchó a toda prisa. El padre Crispín entornó las puertas de la capilla y, con el rosario entre sus manos, rogando por el viejo Omar, caminó hacia donde iba la gente.

El intendente don Severo Perfecto Rigurolo, mandó a su secretario privado para averiguar dónde iba a realizarse “ese gran acontecimiento público”, con el propósito de decretarlo de “Interés Municipal”.

También se unieron los concejales, salvo los del Partido Verde que estaban en desacuerdo con que los huevos de paloma se usaran para un fin distinto del previsto por la Naturaleza.

Ese día, el juez de paz se demoró pero llegó justo cuando la banda municipal comenzaba a tocar las primeras notas del Himno Nacional.

Entonces, Omar, vestido de color gris paloma, comenzó a subir lentamente al techo más alto del pueblo, que era la torre de la iglesia.

Todos los que estábamos comenzamos a cantar el himno tomados de la mano mientras nuestro querido palomo humano, recogiendo docenas de huevos en su bolso, extendió los brazos, y así, en medio del estribillo del himno que dice: “¡Libertad, Libertad, Libertaaaaad!”, movió sus brazos, después los agitó, inició el despegue y comenzó a volar.

Detrás de él, una bandada de palomas lo siguió en una línea gris que pronto se convirtió en un punto, hasta que desaparecieron en el horizonte.



Maryta Berenguer nació y vive en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Es escritora, narradora oral, maestra de narradores y editora. Docente especializada en literatura infantil y artes escénicas. Conduce el programa “Cuentos de oreja a oreja” en Radio Universidad Nacional del Sur. Fundó la Biblioteca Popular Pajarita de Papel, de Bahía Blanca. Ha publicado *Esto que te cuento no es un cuento*, *Poesías para jugar* y *El viajero de los tiempos*, entre otras obras.

CANCIÓN PARA DECIR CON PENA

Carlos Hugo Aparicio

Zapatero haz los zapatos
de blanda luz para un niño
que fue a la escuela descalzo,
llorando el zapato mío.

Llorando mi caramelo,
mi pantalón y mi abrigo,
Madre no mires mis ojos,
y mira los de este niño.

Zapatero, zapatero,
tu oficio no vale un cobre
si no le haces los zapatos
para este niño tan pobre.

Carlos Hugo Aparicio nació en La Quiaca en 1935 y murió en Salta en 2014. Fue un destacado poeta del norte argentino. Autor de una extensa y reconocida obra poética, su libro *Pedro Orillas*, extenso y magnífico poema que publicó y musicalizó el bandoneonista Dino Saluzzi en 1970, es una de sus obras más recordadas. De allí tomamos este poema.

ORIGAMI

María Inés Garibaldi

Me llamo Mauro y tengo un pasatiempo. Doblo papelitos, *origami* se llama eso de doblar papelitos y en japonés quiere decir *plegar papel*. Eso lo sé porque me lo dijo la seño del año pasado, la misma que me enseñó a doblar las primeras figuras.

Es difícil practicar el *origami*, hay que tener paciencia oriental como me dijo papá. Puedo pasarme días doblando una figura. Cinco días enteros estuve plegando hasta que me salió el tiranosaurio.

Tengo algunos libros de origami y para mi cumpleaños me regalaron otro.

Era muy lindo porque tenía figuras del mar. Lástima que estuviera en japonés. Igual se entendía porque tenía fotos y diagramas. Lo que me olvidé de decir es que los diagramas para hacer origami tienen unos símbolos que dicen lo que tenés que hacer y esos símbolos son iguales en todo el mundo, en todos pero todos los países.

– – – – – rayita, rayita, rayita: doblás para adelante.

– · – · – · rayita, punto, rayita, punto: doblás para atrás.

Pero, a veces, hay alguna indicación escrita y, si el libro está en japonés, es un problema. Quería hacer el delfín. Y no me salía.

Estaba pensando si conocía a algún japonés cuando mamá dijo que se iba a comprar una planta. Y recordé que el señor que vendía plantas era japonés, lo sabía porque tenía los ojos así, – – , como rayitas. Agarré el libro y fui con mamá.

–Hola –le dije al japonés–, ¿me podés leer lo que dice acá? –le pregunté mostrándole el libro.

Y se rio. A carcajadas. Yo puse cara de “de qué te reís” y me dijo que él había nacido acá.

–Acá, ¿adónde?

–En Argentina, ¿dónde más va a ser acá?

– ¡Pero tenés cara de japonés!

–Porque me parezco a mi abuelo que sí era.

–Entonces, ¿no sabés?

–Ni un poco.

Colorado me puse. De rabia. Entonces me dijo:

–No te pongas así, dejame el libro por unos días. En casa quedaron las cosas de mi abuelo, a lo mejor encuentro algo que me ayude a entender lo que dice.

–Cuidalo mucho, pero mucho de muchísimo.

–No te preocupes. Volvó la semana que viene.

Es mentira que las semanas tienen siete días, tienen como un millón. Pero pasan. Me llevó mi papá.

–¿Estás seguro de que no te equivocaste de dirección? –le dije cuando vi la vidriera. Donde antes había muchas plantas y flores, ahora estaba lleno de origamis.

Cuando entré al negocio había más origamis colgados por todas partes.

–¿Y? ¿Pudiste saber lo que dice el libro? –pregunté ilusionado.

–No –me dijo y se me desinfló la ilusión–. Solo encontré las figuras que colgué. ¿Te gustan? –dijo y me devolvió el libro.

Me fui pateando la bronca. Una semana entera había esperado, con su millón de días, para nada.

No me iba a dar por vencido. Cuando llegué a casa me puse a practicar, hasta que mamá me llamó para la cena. Y al guardar el libro en la biblioteca se cayó un sobre que había adentro. Tenía una carta y otro sobre.

Mauro:

Después de tantos años, abrí el baúl de mi abuelo. Así supe que hacía origami como vos. Y encontré el sobre que te mando. Adentro hay papeles especiales para origami. Lamento mucho no haber podido ayudarte.

Carlos

Después de comer volví a mi cuarto y me puse a mirar los papeles que me había regalado Carlos. Y decidí intentar otra vez con el delfín, pero con uno de esos papeles. No tenía ilusión de que me saliera y cuando llegué al pliegue complicado, no sé, pasó algo raro, como si el papel se hubiera doblado solo. Doblar el resto fue fácil. Y me salió.

Era un delfín realmente hermoso. Busqué la pecera del hámster, la llené de bollos de papel para que pareciera el mar, puse el delfín adentro y me acosté.

Miré un rato la tele y cuando la estaba por apagar noté algo que se movía en el escritorio. ¿El delfín?

Me levanté y me acerqué. Se quedó quieto. Le dije que no tuviera miedo y, como si me hubiera entendido, siguió saltando.

Volví a la cama. No podía dormirme, mi cabeza explotaba de pensamientos:

Que tenía que esconder bien el delfín.

Que iba a hacer pececitos de origami para darle de comer.

Que tenía que elegir bien los animales que haría con ese papel especial.

Que tendría un zoológico, ¡en miniatura y de verdad!

Que no le iba a contar a nadie mi secreto (bueno, solamente a ustedes).

Y que, por las dudas, con ese papel, el tiranosaurio no lo iba a hacer.

María Inés Garibaldi nació en Buenos Aires y es docente y escritora especializada en literatura infantil y juvenil. Ha publicado numerosos textos en antologías y manuales escolares. Entre sus libros pueden mencionarse: *Duplicado*, *Las Josefinas*, *Panqueques de manzana* y *Receta para hacer un bosque*.

CONEJO NEGRO, CONEJO SECRETO

Patricia Suárez

Érase una vez un Mago que decidió emplear en su truco un Conejo. Fue a una tienda de mascotas y buscó por todos lados un conejo blanco. Había perritos pompón, gatos de Siam, infinidad de ratones blancos. Sin embargo, el único conejo que tenían en la tienda era negro. Y el Mago compró un conejo negro.

El Mago le armó una jaula encima de sus baúles y serruchos de mago. Le puso zanahorias, para que se alimentara como todos los conejos del mundo. Estaba seguro de que ambos serían muy felices. Explicó con detalle en qué consistía el truco: el Conejo Negro estaba escondido apretujado dentro de la galera y cuando el Mago hacía toc toc en el ala del sombrero, el Conejo tenía que estirar sus orejas para que el Mago lo sacara de allí y...

¡Magia! Ensayaron el truco un montón de veces y funcionaba a las mil maravillas.

El viernes por la noche era el show. El Mago llegó a horario, se metió dentro de su frac con pajarita y lustró la varita mágica. El Conejo Negro se metió bien arrugadito dentro de la galera, escondido. El público eran decenas de niños y algunos padres, que bostezaban porque los padres siempre se aburren cuando hay trucos de magia. Ellos no creen en la magia. El Mago hizo el truco de los pañuelos y los niños aplaudieron. Luego, vino el truco de serruchar a un participante. El Mago metió dentro de una caja a una niña pecosa y de largas trenzas coloradas. La serruchó, pero ¡magia!: la niña quedó entera. Y después, por fin, fue el truco del Conejo. El Mago dijo: “Nada por aquí, nada por allá”. Agitó la varita en el aire y después hizo toc toc. El conejo, tal como habían acordado, estiró sus orejas. Y el Mago lo sacó de las orejas y lo mostró al público.

Pero... ¡oh!

El público no aplaudió.

La gente no veía a ningún conejo. Sucede que el conejo negro era tan, pero tan negro, que no podía verse ni aun cuando lo enfocaban las luces de los reflectores. El público empezó a chiflar. Los padres pidieron el dinero de entrada de vuelta, porque este show era un fiasco.

Los empresarios del teatro echaron al Mago, a menos que consiguiera otro conejo. Uno blanco, como los que usan todos los magos del universo, para el truco de la galera. El Mago y el Conejo Negro estaban desolados y el Mago le explicó que ya no podían seguir juntos.

Era inútil hacer un truco que nadie aplaudía. El Conejo se sintió muy triste. El Mago se apenó por su amigo. Y decidió que no lo echaría a la calle, sino que lo dejaría vivir en la galera. Después, fue a la tienda de mascotas y compró un hámster blanco de ojos rojos, que se llamaba Raúl y tenía muy mal carácter. El hámster hacía el truco de la galera a la perfección. Y aunque no le gustaba ni medio compartir la galera con el Conejo Negro, allí echado, lo aceptaba. Raúl era un hámster con una gran autoestima.

Al viernes siguiente, cuando el Mago volvió a hacer el truco de la galera y sacó de allí al hámster Raúl, la gente aplaudió como loca. A decir verdad, tanto los niños como los grandes apenas si veían un pompón de pelos, pero supusieron que era un conejo enano. Era preferible, al parecer, un conejo enano al Conejo Negro.

Mientras tanto, el Conejo Negro siguió viviendo dentro de la galera del mago. Al principio, no tenía mucha idea de qué cosas hacer ahí dentro. Pero pronto descubrió que en el fondo falso que tiene toda galera de mago, estaban los conocimientos mágicos. Eran diminutos libros escritos con tinta mágica y que solo podían ser descifrados por los ojos de una criatura pequeña. El Conejo Negro fue aprendiendo así todos los secretos de la magia.

Y estaba en camino de convertirse en un gran Mago. Un día, probó un hechizo: transformó a Raúl, el hámster, en un periquito que decía, como todos los periquitos: “Papita para el loro” y “Perico quiere la papa”. Otro día, la mano del Mago se convirtió en un ramo de anémonas. El Mago casi se desmaya cuando vio su mano hecha un ramo de flores; asustado, vol-

vió a meterla en la galera y salió corregida, vuelta otra vez mano humana con cinco dedos.

Así, el Conejo Negro fue convirtiéndose en un mago muy sabio.

Raúl, que salió al escenario en varias formas diferentes desde sapo verrugoso a frasco de mayonesa, ya tenía verdadero temor de entrar a la galera para el truco y presentó su renuncia formal. Se trataba de un telegrama que decía: “Desde la fecha de hoy, renuncio a mi puesto de trabajo como ayudante de mago”. Fue un momento muy desesperante. ¿Qué habría de hacer ahora el Mago? ¿Qué pasaría con el show?

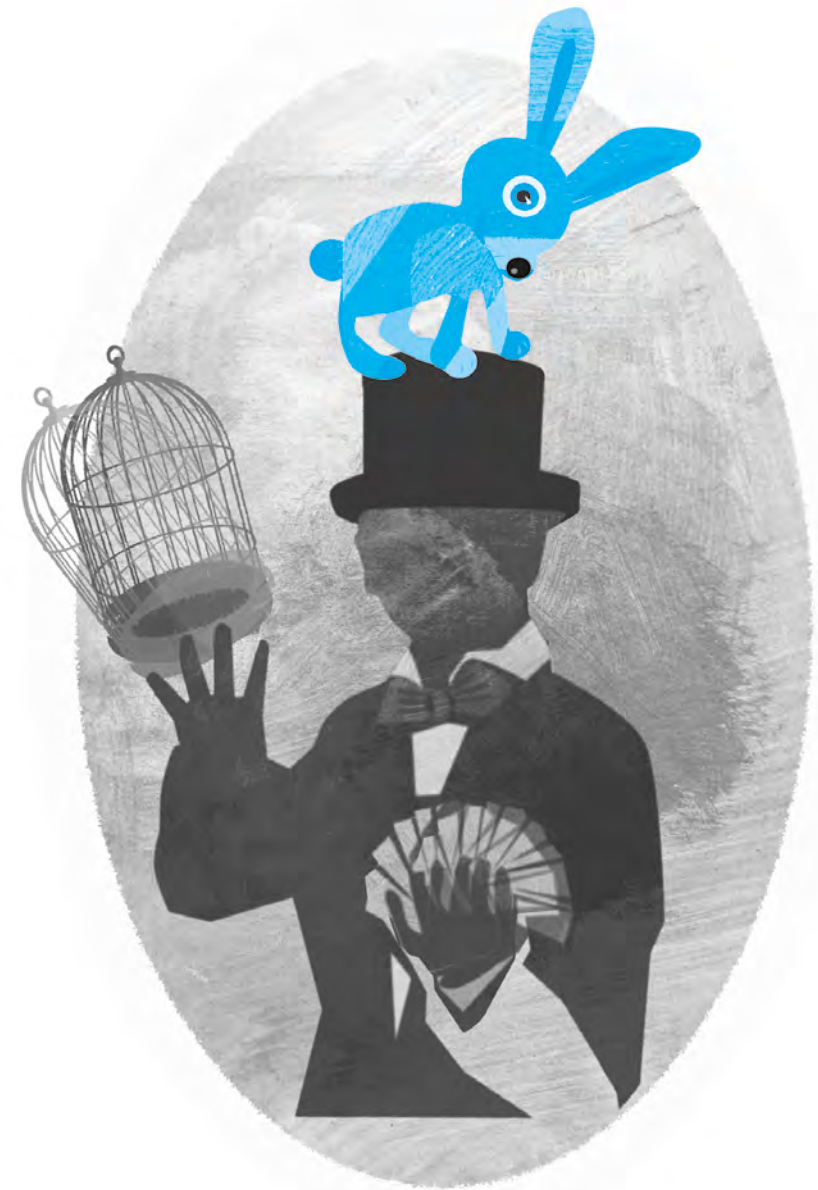
El Conejo Negro asomó su hociquito de la galera y le explicó los detalles. En todo el tiempo que había estado dentro del sombrero, había aprendido a hablar la lengua de los humanos, y encima, lo hacía en castellano. No fue dificultoso, entonces, para el Mago comprender las ideas del Conejo Negro.

Primero, consiguieron una galera más grande. El Mago comenzó a hacer ejercicio todas las mañanas y al cabo de dos semanas sus músculos estaban muy flexibles y podía meterse dentro de una galera del tamaño de la cacerola en que tu mamá cocina el guiso. El Conejo Negro se puso una pajarita blanca en torno a su cuello y con unas horquillas pegó sus orejas al cráneo; así no se notaba que él era un conejo. Cuando subió al escenario la gente aplaudió como loca. Les pareció que el mago era un poquitín pequeño y con aspecto extraño; tal vez fuera un enano. Era preferible pensar que el mago era un enano, a que fuera un conejo negro. El Conejo Negro hizo el truco de los pañuelos y el de serruchar a alguien del público; los dos trucos le salieron – ¡qué alivio! – muy bien y con mucho éxito.

Y después, hizo el truco de la galera. Toc toc, golpeó con su varita en el ala del sombrero y ¡voilà!, como dicen los franceses, salió de allí una persona blanca, con dos orejas muy largas, haciendo vibrar los bigotes de su hociquito. Los niños rieron y los grandes aplaudieron hasta que se les pusieron rojas las palmas de las manos. Después, felicitaron al empresario del teatro, por haber contratado un mago tan poderoso en sus trucos de magia.

Y la gente nunca, nunca se preguntó por qué el conejo blanco eran tan enorme.

Ni por qué el mago era tan pequeño como un conejo negro.



Patricia Suárez nació en Rosario. Es dramaturga, narradora y escritora de libros para niños. En 1997 recibió el Premio Monte Ávila por su libro *Historia de Pollito Belleza*. Ha publicado: *Habla el Lobo*, *Habla la Madrastra*, *El rey Anatol*, *Boris Orbis* y *la vieja de la calle*, *El príncipe Durazno*, *La verdad sobre Pinocho*, *Anita Belén se convierte en actriz*, *El regalo de Samanta*, *Guiso de brujas* y *Cien cuentos*, entre otros títulos. Este cuento se publicó por primera vez en la revista *Billiken*.

PEREGRINA



Toño Malpica

Aquella tarde de enero, Agustín lamentó una cosa y agradeció (al cielo, probablemente) otra.

Lamentó que el auto se averiara pero agradeció (al cielo, posiblemente) que ocurriera justo al pasar por aquel pueblecito pintoresco. Según el mapa, solo había que atravesarlo; según su suerte, había que quedarse por unos días.

No tardó en darse cuenta de que ahí la gente no tenía teléfonos celulares, que las gordas y viejas televisiones eran usadas como mesas sofisticadas y que la única estación que recibían los aparatos de radio era una de música melancólica.

Pero lo verdaderamente peculiar era que, por ese pueblo, pasaba la muerte todos los días.

A veces a las seis de la tarde, a veces a las diez de la mañana, a veces durante la noche... un esqueleto con túnica y guadaña atravesaba, sin más, el pueblo.

La primera vez que la vio, mientras se tomaba un café en la plaza central, sintió un escalofrío. Pero no tardó en serenarse al notar que la gente no le daba importancia. Todos seguían en lo suyo.

–¿Desde cuándo pasa la muerte por aquí, Don? –preguntó al tendero.

–Desde siempre. ¿O cómo es donde usted habita? –recibió como respuesta desde el otro lado de la barra.

Una media docena de veces siguió a la muerte, solo para constatar que en verdad solo pasaba, no se detenía.

–Qué alivio que nunca entre la muerte a ninguna de las casas –observó con el mecánico que llevaba días arreglando su coche.

–Excepto cuando tiene que entrar. ¿O cómo es donde usted habita? –recibió como respuesta desde la parte inferior de su auto.

Agustín acabó por lamentar que el mecánico tardara tanto. Y que nadie del exterior pasara por ahí, pues ya había decidido irse con el primer fulano, aunque luego tuviera que regresar por su carcacha.

Con todo, al paso de unas semanas, se descubrió conviviendo con la gente como si no hubiera otra vida más que esa.

Y se sorprendió sin extrañar el teléfono celular, regando las plantas que tenía sobre una televisión gorda y vieja y tarareando la música que emitía la radio. Incluso se sorprendió viendo entrar a la muerte a una casa y escuchar las campanas de la iglesia poco después y a la gente llorar poquito para, luego, seguir en lo suyo.

Así, un día se vio barriendo el porche de su casa, contemplando pasar a la muerte, hacer planes para una partida de dominó por la tarde y cenar con una amiga en la noche.

Una tarde de algún otro enero, el auto, que ya funcionaba a la perfección, se volvió una escultura muy sofisticada, arrumbada en aquel pueblo. Y Agustín agradeció (al cielo, seguramente) que no hubiera otra vida más que esa, donde era una fortuna poder seguir en lo suyo hasta el día, cercano o lejano, en que aquella peregrina de túnica y guadaña decidiera hacerle una visita.

–¿Cómo es donde usted habita? –preguntó una vez a alguien que estaba de paso.

Y ese alguien respondió, como él antaño, apurando un trago de café:

–Igual, naturalmente. Igual.

Antonio Malpica es un autor mexicano. Estudió Ingeniería en Computación, pero se dedica a la literatura infantil. Su extensa obra narrativa y de teatro ha merecido diversos premios, entre otros, el Premio Iberoamericano SM de Literatura infantil y juvenil, 2015. Algunos de sus libros: *Soldados en la lluvia*, *Un viejo gato gris mirando por la ventana* y *Al final, las palabras*.

EL JARDÍN DEL ABUELO

Margarita Mainé

El abuelo tenía un enorme jardín lleno de árboles. Le gustaba contar que, por cada hijo y cada nieto, él plantaba un árbol.

Para el abuelo, cada nacimiento en la familia era toda una ceremonia. Después de conocer al recién llegado, iba al vivero y compraba un árbol para plantar en su jardín. Y cada vez elegía un árbol diferente. A veces, un roble grande y frondoso. Un plátano con su polvillo en primavera. Un álamo que algún día llegará al cielo. Un sauce llorón.

El bosque del abuelo tenía las más diversas especies.

Algunos daban frutos riquísimos; otros, solo sombra en el verano. En el otoño había árboles que se quedaban sin hojas.

Cuando nació Teo, el abuelo plantó un ciruelo. Tardó en crecer, pero a los tres años dio tantas ciruelas, que la abuela hizo varios frascos de un dulce dulce.

Y cuando cumplió cinco, una tarde en que el abuelo leía el diario y la abuela lavaba los platos del almuerzo, Teo se subió al árbol rebotante de hojas.

– ¡Teo! ¡Teo! – llamaba la abuela preocupada.

– ¡Teo! ¡Teo! – gritaba el abuelo asustado.

– Acá estoy – dijo Teo con voz de árbol.

– Uy – dijo el abuelo –, ¡me habla el ciruelo! – Y llamó a la abuela, que vino corriendo.

– ¿Un ciruelo que habla? – dijo la abuela desconfiando.

Entonces el ciruelo les preguntó cuál era el árbol más lindo y querido del jardín. La abuela sonrió y se quedó muda. El abuelo acercó su boca al tronco del ciruelo y abrazándolo le dijo:

– Vos.

Después la abuela, el abuelo y Teo se fueron a tomar la leche con pan, manteca y dulce de ciruelas.



Margarita Mainé nació en Ingeniero Maschwitz, provincia de Buenos Aires. Es una docente y escritora dedicada a la literatura infantil y juvenil. Entre sus obras se incluyen: *Mi amor está verde*, *Cuentos para salir al recreo*, *Lluvia de plata* y *Un día animal*. Este texto fue tomado de *Las lecturas de Manú*.

DICCIONARIO DEL DIABLO (SELECCIÓN)

Ambrose Bierce

academia. *sust.* Escuela antigua donde se enseñaba moral y filosofía. Escuela moderna donde se enseña el fútbol.

antipatía. *sust.* Sentimiento que nos inspira el amigo de un amigo.

circo. *sust.* Lugar donde se permite que caballos, ponies y elefantes contemplen a hombres, mujeres y niños en el papel de tontos.

cobarde. *adj.* Dícese del que, en una emergencia peligrosa, piensa con las piernas.

clarinete. *sust.* Instrumento de torsura manejado por un ejecutor con algodón en los oídos. Hay instrumentos peores que un clarinete: dos clarinetes.

deliberación. *sust.* Acto de examinar el propio pan para saber de qué lado tiene manteca.

disimular. *tr. e intr.* Poner camisa limpia al carácter.

fanático, ca. *adj.* Dícese de quien obstinada y ardorosamente sostiene una opinión que no es la nuestra.

imaginación. *sust.* Depósito de mercaderías que poseen en común los poetas y los mentirosos.

presagio. *sust.* Señal de que algo ocurrirá si no ocurre nada.

reposar. *intr.* Dejar de fastidiar.

Ambrose Gwinett Bierce nació en Estados Unidos en 1842 y se supone que murió en México en 1914. Fue editor, periodista y escritor. Participó de la Guerra Civil estadounidense y en 1913 viajó a México durante la Revolución y allí se perdió su rastro. Este episodio inspiró la novela de Carlos Fuentes *Gringo viejo*, que fue llevada al cine. Entre sus obras: *Lo que pasó en el puente de Owl Creek*, *Cuentos de soldados y civiles*, *Fábulas fantásticas* y *Diccionario del diablo*, de donde se han extraído estas ingeniosas definiciones.

Monstruos, brujas y dragones

UNA GOTTA DE TINTA

Pablo De Santis

Ayer a la noche me dispuse a escribir una carta con tinta verde. Hacía tiempo que no usaba esa lapicera y la pluma estaba seca. La sacudí una y otra vez hasta que una gota verde se estrelló contra el papel.

Siempre me han gustado las manchas de tinta, de manera que puse otra hoja encima, dejando que la mancha se aplastara y expandiera. Al separar los papeles me pareció que el dibujo, ahora repetido, me recordaba algo, pero no podía decir qué.

Me dormí poco después y tuve un sueño: había una estatua de bronce y madera que representaba a un dragón. Cuando intenté tocarla, el dragón cobró vida y sacudió el cuello gigantesco. Desperté de inmediato, comprobando que el sueño me había revelado cuál era la figura escondida en la mancha de tinta verde.

Ahora bien: la mancha era doble y yo soñé un solo dragón. ¿Dónde está el otro?

Pablo De Santis nació en Buenos Aires. Es licenciado en Letras, y ha trabajado como periodista y guionista de historietas. Escribió varias novelas para adolescentes, entre ellas: *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Páginas mezcladas*, *Lucas Lenz y el Museo del Universo*, *Lucas Lenz y la mano del emperador*, *Las plantas carnívoras* y *El inventor de juegos*.

UNA NOCHE DE MUCHOS DÍAS

Pilar Muñoz Lascano



Aquella era una tierra floreciente. Florecían los pájaros y cantaban los árboles. Con el empeño de los hombres daba la tierra trigo. Y con el trabajo de las mujeres el trigo se volvía pan.

Aquella era una tierra feliz. Jugaban los niños al recolectar los frutos de los árboles. Reían las mujeres mientras hacían sus labores. Cantaban los hombres cuando labraban la tierra, como pájaros embarrándose el pico para hacer su nido.

Aquella era una tierra floreciente y feliz. Hasta que un día oscureció el cielo porque un dragón negro ocultó el sol. Y fulminó con su llamarada flores y frutos, risas y cantos.

Mientras el dragón sobrevolaba la aldea, los habitantes huían esquivando el aliento abrasador. Algunos corrieron al norte y otros al sur. Algunos fueron al poniente y otros a oriente, hacia las montañas, tan grandes y oscuras como el dragón, pero que ofrecían su vientre como refugio.

Allí los hombres, las mujeres y los niños, ocultos y hambrientos, vieron pasar los días sombríos. Esperaron, sin fuego, por temor a que el humo atrajera al dragón. Con escasa comida y apenas un poco de agua, robada a una vertiente en fugaces salidas nocturnas. Allí se amontonaron en el interior de una cueva en una larga noche de muchos días.

Y en esa espera, fue un niño el primero que contó cómo había esquivado la flamígera respiración del enemigo. Al terminar, una mujer comenzó a contar una historia y otra la siguió al escuchar las últimas palabras.

Fueron estos relatos los que iluminaron la larga noche de muchos días.

Cuando la comida se volvió menos que escasa, guiado por su olfato el dragón se aproximó a las montañas. Y halló la cueva y se echó a su puerta.

La falta de agua reseco tanto las gargantas de los aldeanos, que creían que el ardor los destruiría, por dentro o por fuera.

Ya sin nada para comer ni beber, los aldeanos permanecieron quietos en su refugio, los relatos eran lo único que les quedaba. En medio de la voz de la mujer que contaba una historia, escucharon un sonido aterrador.

Parecía un trueno, parecía una avalancha, parecía el enojo del cielo.

Aunque la mujer no calló, se agazaparon esperando lo peor. Pero solo ocurrió que el interior de la cueva comenzó a temblar.

Parecía un derrumbe, parecía un terremoto, parecía el enojo de las montañas.

Como sabían que perecer aplastados o quemados eran ambas muertes seguras, salieron al exterior. Y la mujer que narraba en ese momento, por decisión o descuido, enfrentó la muerte contando.

Pero una vez afuera, descubrieron que el ruido provenía del dragón, sus ronquidos aterradores hacían temblar la montaña. El sueño del dragón se mecía en la voz de la mujer.

Así fue como descubrieron que el relato dormía al dragón. Así fue como el cielo recuperó su claridad y los aldeanos, aquella tierra que volvería a ser floreciente y feliz. Una tierra que además, desde entonces, está signada por la narración continua. Allí, al lado del dragón, siempre hay un hombre, una mujer o un niño contando una historia.

Pilar Muñoz Lascano nació en General Rodríguez, provincia de Buenos Aires. Estudió Letras (UBA). Coordina talleres de escritura. *El caldero de los relatos*, *Melodía de grillo* y *En la tela de una araña* son algunos de sus libros publicados.

PERLAS DE BRUJA

María Rosa Mó

Las niñas brujas toman té
con ojos de gato.

Fruncen la nariz para ver si las miran
desde el fondo de la taza.

Comen masitas
doradas
con agua de lluvia.



María Rosa Mó nació en Buenos Aires y es escritora para adultos y niños. Para estos, algunos de sus títulos son: *La regadera del sol*, *La escalera de Pascual*, *Los pájaros de Joaquín*, *Julieta en sueños* y *Miradas de vaca*. Es directora de Ediciones del Cronopio Azul.

MAL DÍA PARA SER MALA

Cristina Macjús

Las cosas no le iban en la vida como ella quería y se había cansado. Para variar, hoy tenía ganas de hacer algo malo. No una broma, no una trampa. Algo malo de verdad.

La chica que estaba enojada esperó a que llegara la noche, se subió al techo de una casa cualquiera y se dedicó a tapar la chimenea con un corcho.

La casa comenzó a inflarse y cuando estaba a punto de estallar, la luz de la habitación principal se prendió. “Cof, cof”, tosió una voz tenebrosa. “¿Quién anda por allí, tapando mi chimenea?”, preguntó.

A la chica que estaba enojada le dio un poco de miedo, pero enseguida recordó que ahora ella era mala. Respiró hondo y respondió con el tono más grave que pudo: “Yooo”.

–Pase, entonces –respondió la voz con cortesía.

La chimenea sobre la que estaba parada la chica comenzó a hundirse como un ascensor, hasta llegar al interior de la casa, incluso, le pareció a la chica, mucho más abajo. Cuando llegó a destino, se encontró en un aposento iluminado con candelabros. Allá en el fondo, sobre un sofá de ribetes dorados, una cosa oscura la miraba. La chica no pudo distinguirla bien porque toda la pieza estaba llena de humo.

–Pase, tome asiento –le dijo la cosa.

La chica salió de la chimenea, se sacudió las cenizas y se sentó solemnemente sobre un banquito de piedra.

–¿Qué la trae por aquí?

–Quiero ser mala.

–Ajá. Está hablando con la persona correcta. Y dígame ¿por qué quiere ser mala?

–Porque siendo buena no me ha ido bien en la vida.

–¿Y usted ha sido mala anteriormente? ¿Cuenta con alguna experiencia en el rubro que pueda mencionar?

–Estemm bueno, no, justamente, como le decía, quiero ser mala porque la bondad no funciona como lo esperaba.

La cosa anotaba en una planilla al tiempo que respondía:

–No cuenta con experiencia... Bueno, después de todo, lo importante es la motivación más que la experiencia. Veamos... ¿tiene usted alguna inclinación especial hacia la maldad? Por ejemplo, ¿se animaría a jugar al rin-raje o a poner pimienta en el salero?

–Sí, claro, me animaría.

–¿Y arrancarle la última hoja a una novela que esté leyendo un amigo?

–¡Por supuesto!

–¿Y piedras en una almohada?

–... arena seguro que sí.

–¿Y alfileres en la cama?

–Bueno... no sé... quizás...

–¿Se animaría a sacarle la silla a alguien cuando se va a sentar?

–Pero... eso puede lastimar mucho a alguien. ¿No?

–¿Y se animaría a usar un tapado de oso panda?

–¡No, de ninguna manera!

–¿Y a reír y disfrutar mientras otros lloran?

–¡Ni loca! Jamás haría una cosa así.

–Bueno, mi amiga, no se lo tome a mal, no es que yo quiera decepcionarla tan al inicio de su carrera, pero usted no quiere ser mala, simplemente sufre de enojo y eso es algo pasajero. No hay que confundir un estado de ánimo con una auténtica vocación.

–Es que yo hoy tenía ganas de hacer algo malo...

–Bueno, vaya, vaya, mi amiga, hoy tómese el día, haga un par de maldades, que tapar chimeneas tampoco es poca cosa. Vaya, pero le recomiendo que mañana vuelva a su amable rutina.

–Muchas gracias, le agradezco su tiempo. Permiso...

Y la chica se fue, subiendo por la chimenea. La cosa terminó de completar la planilla y suspiró: “Esta juventud... ¡Hoy en día es tan difícil conseguir gente buena para ser mala!”.



Cristina Macjus nació en Buenos Aires. Es licenciada en Comunicación y trabaja como periodista y escritora. Entre sus libros para niños y niñas podemos mencionar: *Anselmo Tobillolargo* distinguida con el Premio Destacados de Alija 2002/2003, *El jardín de Lili y Mal día para ser mala*, que es el que hemos seleccionado. También publicó cuentos en diversas antologías, en libros de textos, en la revista *Billiken* y en el diario *La Nación*.

EL MONSTRUO DEL GUARAPO

Hugo Mitoire

En el camino que va desde La Leonesa a Las Palmas hay que atravesar un puentecito de morondanga que está sobre un arroyito de unos tres o cuatro metros de ancho.

En ese arroyo habitaba una terrible criatura grande negra y muy feroz: allí vivía el monstruo del guarapo: ¿Y qué es el guarapo se preguntarán?

En Las Palmas había un gigantesco ingenio azucarero. A la caña de azúcar que venía de las chacras se la exprimía en una máquina grandísima llamada trapiche que le sacaba todo el jugo. Este se transformaba en melaza, una sustancia más espesa y más dulce, que al final terminaba convertida en azúcar. Los restos que eran desechados en este largo proceso formaban, por fin, el guarapo. Este líquido más espeso que la miel, de un color entre negro y marrón con un olor fuertísimo iba a parar al arroyito, convirtiéndolo en un río no de agua, sino de guarapo con un aroma insoportable y un aspecto siniestro.

En este arroyito no se veía el agua, sino una cosa marrón oscura que se desplazaba lentamente como una víbora gigante. A veces, se le formaban unas ampollas en el lomo que se inflaban como grandes burbujas que de golpe ¡puf! reventaban. En otros sitios, unos lentos remolinos te asustaban más todavía. En invierno echaba un humo tipo neblina que te daba la sensación de estar llegando a la casa de Drácula.

Pero si uno quería pegarse el susto de su vida, había que ir de noche y con luna. ¡¡¡Mamita querida!!! Cada vez que me acuerdo empiezo a temblar del espanto.

Había muchas historias tenebrosas del guarapo, algunos decían que se escuchaban lamentos o gemidos, otros, que veían una cosa negra que salía de la mitad del arroyo...

Esto que van a escuchar sucedió cuando se empezó a construir un nuevo camino entre los dos pueblos. Era un terraplén muy ancho que se levantaba un metro y medio sobre el nivel del piso. Al nuevo puente sobre el arroyo del guarapo todavía no le habían puesto las barandas.

Mi amigo, Luis Oreste Acevedo, Acevedito, fue quien inauguró ese puente.

Según cuenta, una noche regresaba en su bici de Las Palmas, de visitar a su novia por el centro del camino nuevo, intentando mantenerse alejado del terraplén. Acevedito tenía catorce años y usaba anteojos, porque era medio chicato de tanto leer. Como esa noche se olvidó de llevarlos no veía ni a un burro pintado de amarillo, pero era muy inteligente, se orientaba por las luces de La Leonesa que se veían a lo lejos.

Era casi medianoche y ahí venía Acevedito pedaleando, silbando y cantando... Cuando de golpe, se desbarrancó.

Por desgracia, justo estaba pasando sobre el arroyo y como el puente todavía no tenía barandas ¡zácate! fue a parar de cabeza al guarapo.

¡Mamita querida, qué susto se pegó! Dice que apenas se zambulló en ese líquido espantoso empezó a gritar, pero quién iba a oírlo a esa hora.

Sintió como si los tentáculos de un pulpo lo quisieran agarrar de las patas, y él intentaba alcanzar la orilla, corría y nadaba, pero no llegaba. Empezó a escuchar gruñidos terribles, y también parece que de repente recuperó la vista, porque pudo ver con nitidez una cosa negra muy grande, como de tres metros de alto.

Juraba que tenía muchos brazos, que los agitaba emitiendo horribles gemidos, como si gritaran diez tigres y diez monos juntos. El guarapo se sacudía como si fueran las olas del mar. El pobre Acevedito caía y se volvía a levantar, con el monstruo persiguiéndolo a pocos metros. Sentía que esa terrible bestia lo agarraba de la camisa y de los pantalones, pero él no lograba escapar, porque estaba todo resbaloso por ese líquido.

Todavía no se explica cómo alcanzó la orilla. Lo único que recuerda es que subió al terraplén escarbando, como si fuera un tatú mulita. Apenas estuvo en el camino nuevo, empezó a correr pidiendo auxilio.

Estaba tan desorientado que no sabía para qué lado iba, tampoco se acordó de su bicicleta. Acevedito corría con el julepe más grande de su vida.

Por suerte, pronto llegó a La Leonesa. Estaba todo marrón, con una capa melosa tan espesa, que le cubría las ropas. Así, con ese caparazón de guarapo, llegó a su casa. El reto que le dio su madre fue tan grande, que le hizo pasar el susto en un santiamén.

Desde entonces, Acevedito vive relatando su encuentro con el monstruo: en la escuela, en el barrio, en la panadería... A veces lo cuenta para hacerse el héroe y conquistar a alguna compañerita. Pero nunca más tuvo la ocurrencia de pasar de noche por ese lugar.

Hugo Daniel Mitoire nació en Margarita Belén, provincia del Chaco. Estudió en Corrientes, donde se graduó como médico cirujano. Cuando su hijo Franco era pequeño, comenzó a inventar cuentos poblados por los personajes, reales o imaginarios, de su infancia. Así nació la serie *Cuentos de terror para Franco* y comenzó su carrera de escritor. Otros de sus libros son *Cuando yo era chico*, *Historia del niño lobo* y *El fantasma de la panadería* y otros cuentos de terror. Actualmente reside en Oberá, Misiones.

EL CORAZÓN DE UNA BRUJA

Sandra Siemens

Los corazones de las brujas son redondos.

Redondísimos.

Y blandos como una esponja.

El corazón de las brujas, redondo y blando como una esponja (redonda), es su único punto débil.

Si en una noche de luna te encontrás con una bruja, no la mires a los ojos.

Mirale el corazón.

Y decile:

– ¡Qué corazón más redondo!

– ¡Y qué blandito!

Blandito como una esponja (redonda).

¡Y chau bruja!

Se quedará sin brujerías.

Caerá redonda al suelo.

Traicionada por su corazón redondo y blando como una esponja (redonda).

Sandra Siemens nació en Lomas de Zamora pero se crió en Wheelwright, un pueblo del sur de Santa Fe. Formada en el taller de la reconocida escritora Alma Maritano, recibió el Premio Norma-Fundalectura 2008 por *El último Heliogábalo* y dos veces el Premio Barco de Vapor por *La muralla* (2009) y *Bombay* (2018). Otras obras: *Un nudo en la garganta* y *El hombre de los pies-murciélagos*.



Leyendas y tradiciones

LA CREACIÓN DE LOS ANIMALES

Popol Vuh, libro sagrado de los mayas

Luego hicieron a los animales pequeños del monte, los guardianes de todos los bosques, los genios de la montaña, los venados, los pájaros, leones, tigres, serpientes, culebras, cantiles*, guardianes de los bejucos.

Y dijeron los Progenitores:

–¿Solo silencio e inmovilidad habrá bajo los árboles y los bejucos? Conviene que en lo sucesivo haya quien los guarde.

Así dijeron cuando meditaron y hablaron enseguida. Al punto fueron creados los venados y las aves. Enseguida les repartieron sus moradas a los venados y a las aves.

–Tú, venado, dormirás en la vera de los ríos y en los barrancos. Aquí estarás entre la maleza, entre las hierbas; en el bosque os multiplicaréis, en cuatro pies andaréis y os sostendréis.

Y así como se dijo, se hizo.

Luego designaron también su morada a los pájaros pequeños y a las aves mayores:

–Vosotros, pájaros, habitaréis sobre los árboles y los bejucos, allí haréis vuestros nidos, allí os multiplicaréis, allí os sacudiréis en las ramas de los árboles y de los bejucos.

Así les fue dicho a los venados y a los pájaros para que hicieran lo que debían hacer, y todos tomaron sus habitaciones y sus nidos.

De esta manera los Progenitores les dieron sus habitaciones a los animales de la tierra. Y estando terminada la creación de todos los cuadrúpedos y las aves, les fue dicho a los cuadrúpedos y pájaros por el Creador y el Formador y los Progenitores:

* víboras

–Hablad, gritad, gorjead, llamad, hablad cada uno según vuestra especie, según la variedad de cada uno.

Así les fue dicho a los venados, los pájaros, leones, tigres y serpientes.



Popol Vuh o **Libro del Consejo** fue escrito en el siglo XVI en lengua maya quiché con el auxilio de caracteres latinos. Esta obra considerada sagrada –es una especie de biblia indígena– proporciona información sobre cosmogonía, religión, mitología y la historia de los mayas quichés, pueblo cuyos descendientes todavía viven en la misma región de América Central. Para leer el texto completo de esta versión ingresar en: www.guao.org/sites/default/files/biblioteca/Popol%20Vuh.pdf

POR UNA NOCHE



Versión de Mario Lillo
de una leyenda del pueblo aymara

Cuentan que dicen que contaron que había una vez un pueblo en el altiplano boliviano donde no existía la noche.

Todo era luz. El sol era intenso y permanente.

Los hombres y las mujeres entonaban canciones mientras labraban la tierra.

Los niños se bañaban en el lago, saltaban y dibujaban piruetas en el aire.

Para protegerse de la luz, llenaban sus ropas y sombreros de arco iris.

Los ancianos hablaban con la Madre Tierra pidiendo alimentos y protección.

Llegaba un momento en el que estaban todos tan cansados, que querían cerrar los ojos y reposar. Pero sus siestas eran muy cortas y luminosas.

Cierta vez un cóndor susurró en el oído de Kusi:

–El cuy tiene una pequeña noche.

Y rápidamente se alejó volando.

La niña contó la novedad a su padre, el jefe Ruka.

–Ve con tu hermano a pedirle prestada la noche –le ordenó.

Kusi y Amaru esperaron al cuy en la puerta de su cueva. A cambio de una noche le ofrecieron una canción.

Así, por primera vez, el pueblo tuvo su noche.

Ansiosos por conocerla, se tendieron en sus hamacas a disfrutar de un oscuro descanso.

¡Ay, noche!...

Pero duró solo un suspiro, porque empezó a aclarar y el brillo del amanecer los despertó.

Era necesario conseguir una noche más larga.

Amaru y sus amigos cazaban en la selva, cuando vieron escondido entre los árboles a un puma dorado que aguardaba su presa.

–Voy a terminar con él –dice Amaru y lo enfrenta con su lanza mientras sus amigos lo rodean.

El puma asustado y desesperado ofrece una noche a cambio de su vida.

Así fue como Amaru y sus amigos consiguieron la segunda noche.

El cielo era una cueva llena de ojos, una caja llena de secretos.

Se vieron pequeños, inmóviles, ante tanta inmensidad.

Al amparo de la oscuridad, se sintieron hijos amados de la Pachamama.

¡Ay, noche, noche, noche!

La oscuridad les dio sabiduría en sus pensamientos. Los sonidos se hicieron más puros.

Todo se detuvo. La profundidad de los ojos del cielo reflejó sus sueños y promesas.

Desvanecieron los cuerpos sobre la tierra, dejaron caer sus párpados y se sumergieron en un intenso y prolongado sueño.

Al despertar no pudieron reconocer el lugar. Tras una noche tan larga, la aldea se había transformado.

Los pastos crecidos habían invadido los cultivos. Sus alforjas estaban vacías.

La tierra agrietada como telaraña, esperaba el diálogo de los ancianos.

Kusi y Amaru pensaron que tenían que buscar otra noche, una con la medida adecuada.

Caminando por el monte y buscando silenciar tanta luz, los hermanos se encontraron con una madriguera, dentro de ella oscuridad y muy al fondo, un quirquincho.

–Tatú, ¿estás durmiendo? ¿Quieres comer?

El quirquincho se dejó tentar por un poco de comida y abandonó su noche en manos de Kusi y Amaru, quienes silbaron a toda la comunidad dando la noticia de una nueva caída del sol.

En cada aldea se prendieron fogatas, se preparó la comida y se esperó.

Cuando el cielo se llenó de estrellas, la noche se encendió en cada uno de ellos y todos cantaron junto a los siquris.

¡Ay, noche, noche!

Al amanecer los rostros sonreían descansados.

Los representantes de todas las aldeas se reunieron y, con el consentimiento de Ruka, declararon la noche del tatú como propia.

Ya hay noche.

Cuentan que dicen que contaron que había una vez un tatú que buscaba su noche.



La gran nación **aymara** ocupa desde hace miles de años territorios que hoy forman parte de Bolivia, el sur de Perú y el norte de Argentina y de Chile. Es un pueblo profundamente religioso, que ha hecho del respeto y la veneración de la naturaleza la esencia misma de su milenaria existencia. Al igual que casi todas las culturas indígenas americanas, transmitieron y transmiten sus historias mediante una rica y poética tradición oral, en la que las leyendas son el modo de enseñar a cada nueva generación los secretos del mundo y del universo. “Por una noche”, en versión de **Mario Lillo** está basada en el relato aymara también conocido como “La noche del tatú”.

EL ÁRBOL DE SAL

Versión de Laura Roldán
de una leyenda del pueblo mocoví

Cuenta la leyenda que cuando Cotaá, el dios del pueblo mocoví, creó el mundo, quiso regalarles a los hombres una planta que sirviera de alimento.

Observó bien la Tierra y, después de mucho pensar, creó el iobec mapic, árbol de sal, una especie de helecho gigante que parece una palmera. Lo esparció por las tierras donde vivían los mocovíes, y así se aseguró que no les faltara alimento.

Neepec, el diablo, como siempre, estaba espiando a ver qué hacía Cotaá. Cuando vio el hermoso regalo que les había hecho a los hombres, sintió mucha envidia, entonces se propuso destruir la planta, para que no tuvieran con qué alimentarse.

Pensó y pensó hasta que se le ocurrió una maldad, se elevó por los aires y fue volando hasta unas inmensas salinas. Llenó un cántaro enorme con agua salada para arrojarlo sobre las matas, y así quemarlas con el salitre.

Cotaá conocía muy bien las maldades de Neepec, descubrió el plan y lo esperó escondido entre las plantas. Cuando lo vio volcar el agua sobre la selva, acarició la tierra, hundió en ella sus dedos suavemente y entonces las raíces absorbieron el agua. La sal se mezcló con la savia y las hojas tomaron su sabor, las plantas no se murieron.

Los mocovíes estaban preocupados, pensaron que habían perdido su alimento, pero Cotaá les mostró que la planta no había perdido su utilidad, como la savia ahora era salada podían condimentar las carnes de los animales que cazaran y otros alimentos para hacerlos más sabrosos.

Y dicen que Neepec se fue por ahí a pensar otra maldad para vengarse.



Los **mocovíes** (o *moqoit*) son un pueblo originario de la Argentina que forma parte de la gran familia lingüística guaykurú. Fueron cazadores, recolectores de frutos y bravos guerreros. Actualmente habitan en las provincias de Chaco, Formosa y Santa Fe. Como en toda cosmovisión indígena, los mocovíes respetan y adoran a la Madre Naturaleza. Esta característica común se representa claramente en esta leyenda, recreada por **Laura Roldán**, que cuenta el origen del iobel mapic, uno de los arbustos más venerados por este pueblo singular.

AMOR IMPOSIBLE

Leyenda del pueblo qom

Hace muchos años, en lo profundo de las selvas del Chaco, vivía un joven llamado Cosakait, enamorado de una joven de su aldea cuyo nombre ha borrado el paso del tiempo.

Pero lo que no se ha borrado es la historia de amor imposible que entre ellos se dio y lo que resultó luego.

Sí, porque Cosakait hacía lo imposible para que la joven le correspondiera, pero ella no se dignaba ni siquiera a responder a sus insinuaciones y regalos. Si él le acercaba una flor de jacarandá para sus cabellos, ella la tiraba y elegía colocarse una de quebracho. O al revés.

La negación tenía, como se ve, una cuota de desprecio. Y eso hizo enfermar de amor y tristeza a Cosakait, que comenzó con una fiebre que no podía ser curada y siguió con fuertes dolores de cabeza y convulsiones.

La madre de Cosakait se dio cuenta de que era un mal de amor y al escuchar el nombre de la amada en los labios del enfermo, fue a buscarla y le pidió que, al menos, lo fuese a ver. A lo mejor su presencia lograba mejorarlo.

Pero la joven se negó.

Así, unos días después Cosakait murió. Sus familiares, compungidos, fueron a enterrarlo en la selva, cerca de un río.

Una vez allí, el dios K'ata se apareció al espíritu de Cosakait y le dijo:

– Sé que la amabas con pasión sincera y que le desearías lo mejor, aun cuando no hubiese sido tu esposa. Eso será posible porque, de ahora en más, serás muy útil para ella y todo tu pueblo.

Y entonces K'ata hizo que de la tumba de Cosakait creciera un nuevo tipo de árbol que nadie había visto jamás y que tendría propiedades benéficas.

A los pocos días la joven fue al río a buscar agua y pasó por donde estaba el árbol. Luego de observarlo con curiosidad, pensó en avisar a sus padres del hallazgo.

El médico de la aldea, tras hacer varias pruebas, se dio cuenta de que las hojas del árbol eran buenas para combatir varias enfermedades y que el aroma, de gran fragancia, que se desprendía al quemar su tronco y ramas servía para ahuyentar los mosquitos y otros insectos molestos.

Eso hizo que los pueblos del Chaco lo consideraran un árbol sagrado y lo llamaran palo santo.



Los **qom** viven en la Argentina (principalmente en Chaco, Formosa, norte de Santa Fe y Salta), así como en Paraguay y en Bolivia. Nómades, expertos conocedores del monte y en el manejo del arco y la flecha, son hábiles cazadores, pescadores, recolectores de frutos y de miel. Como era costumbre entre ellos raparse ampliamente la frente, los guaraníes les decían *tobas*, que significa “frentón”. Esta leyenda simboliza el modo en que los qom vinculan todos los elementos naturales con un origen divino. La versión que presentamos fue realizada para este libro por **Oche Califa**.

DE CÓMO EL ALGARROBO PROTEGIÓ A LOS COMECHINGONES

Leyenda del pueblo comechingón

Esto sucedió hace mucho, cuando los españoles descubrieron las riquezas de estas tierras y quisieron quedarse con todo sin reconocer a sus verdaderos dueños. La conquista de América había comenzado.

Una tarde destemplada, los comechingones que trabajaban como siempre con mucha dedicación y cuidado en sus tierras, intentaban preservar sus cultivos de un inesperado ventarrón. Pero muy lejos, en lo profundo del valle, observaron un tumulto de polvo y bestias que avanzaba hacia ellos. Se asustaron muchísimo: nunca habían visto algo igual. Cuando se acercaron, vieron que eran hombres de piel blanca, asentados sobre animales parecidos a sus llamas pero diferentes, con pelos en lugar de lana y cuellos más cortos. Mientras intentaban comprender de qué se trataba, se dieron cuenta de que esos extraños venían cargados de armas y avanzaban sobre ellos con cara de pocos amigos. Con gran fuerza de voluntad, vencieron sus miedos y, como belicosos hombres del cacique comechingón Ipachi Naguan, lucharon valientemente contra los blancos.

El combate duró mucho, demasiado, y el hambre y el cansancio fueron agotando a los comechingones. Ipachi Naguan consultó a los sabios y estos le aconsejaron que otorgara un descanso a su pueblo, de lo contrario, todo se perdería. El cacique decidió guiar a su gente hacia un monte de algarrobos. Les costó mucho llegar, no solo estaban exhaustos y hambrientos, sino tristes y desolados. ¿Cómo podrían vencer a estos extraños invasores si ni siquiera entendían sus modos de ataque, en los que usaban desconocidas y sofisticadas armas?

Ipachi Naguan era un buen jefe, y bajo ninguna circunstancia iba a dejar que su pueblo sucumbiera ante el primer gran escollo. Entonces, en cuanto llegaron a aquel bosque frondoso, protegidos momentáneamente de los ataques pero no, del hambre que los carcomía, el cacique pidió a los dioses, con toda humildad pero con gran firmeza, que cuidaran a sus mujeres y niños.

El tiempo transcurría y nada pasaba. Los comechingones sentían la proximidad de la muerte. ¿Era posible que los dioses no se apiadaran de ellos? Entonces ocurrió lo inesperado: las ramas de los algarrobos comenzaron a sacudirse de tal modo, que en un principio hubo quien pensó en el posible enojo de las divinidades; pero después todos vieron fascinados cómo, desde las alturas de los algarrobos, comenzaba a caer una maravillosa lluvia de frutos que se abrían y, obsequiosos, dejaban ver sus semillas.

Esas algarrobas fueron el mejor alimento para los indígenas. Con la misma veneración que tenían por todos los frutos de la tierra tomaron respetuosamente en sus aún doloridas manos el regalo divino. Y, luego de compartir rezos de agradecimiento, comieron hasta que la fuerza volvió a sus cuerpos debilitados.

Después rieron y cantaron: se sintieron plenos de confianza.

Entonces, volvieron a la batalla y vencieron a los españoles: el fruto de los algarrobos había salvado, al menos esa primera vez, a los habitantes de aquellas tierras.

El pueblo **comechingón** habita las sierras que rodean la actual ciudad de Córdoba, en la región central de la Argentina. Existen tres versiones sobre el significado del término comechingón: “pueblo de la serranía”, “los que viven en las cuevas” o “muera-muera”, ya que este último era el grito enérgico que usaban cuando combatían. En esta leyenda, los frutos de la naturaleza se conciben como un don salvador de los dioses. La harina de algarroba sigue siendo parte importante de la gastronomía de la región. Esta versión fue adaptada de una leyenda anónima publicada en el blogspot: tiocarlosproducciones.

GENEROSIDAD

Álvaro Yunque

La calandria atrapó un gusano y se disponía a devorarlo; pero oyó que este protestaba. Le dijo:

–¿Qué protestás? ¿Sabés quién soy yo? ¿Sabés quién te va a comer? ¡Nada menos que la calandria! ¡El cantor más eximio del bosque! ¡El rui-señor de América!

El gusano continuaba protestando. Y la calandria:

–¡No sabés la suerte que te ha tocado! ¡Servir de alimento a la calandria! Si te dejo, ¿qué serás sino un vil gusano? Si te como, mañana volverás al mundo en forma de canto y las demás aves, los hombres mismos, al oírme cantar y detenerse, extasiados, a admirarme, te admirarán un poco a vos también, gusano vil, solo porque me has servido de alimento. ¿Sabés lo que yo te doy? ¡Te doy la gloria! ¡Mirá si seré generosa!

El gusano no cesaba de protestar. Él no era de la opinión de la calandria. La admiración ajena no le preocupaba.

Pero la calandria, aunque no había convencido al gusano, se había convencido a sí misma de que realizaba una acción generosa... Además tenía hambre.

Y se lo comió.

Álvaro Yunque (1889–1982) fue el seudónimo del poeta y escritor argentino Arístides Gandolfi Herrero. Nació y vivió en Buenos Aires y se distinguió por la sensibilidad para captar el espíritu popular y sus costumbres. Como poeta, trató preferentemente el tema de los valores ciudadanos y como cuentista gustaba de los textos breves, la paradoja, la fábula y la ética pública. Fue uno de los intelectuales más populares de la Argentina de hace algunas décadas. Algunas de sus obras: *Versos de la calle*, *Poemas gringos*, *Los animales hablan* y *Barcos de papel*.

EL ROBO DEL FUEGO

Versión de Miguel Ángel Palermo
de una leyenda del pueblo wichí

En los tiempos antiguos, luego del gran incendio que quemó toda la tierra, los árboles volvieron a crecer y todo estuvo como antes, menos una cosa: con Jualá (el Sol) tan enojado, ahora ya no había quien cocinara para la gente –en esa época puros animales– y después de tantas llamas nadie tenía el más mísero fueguito.

En realidad nadie no, porque el Jaguar –¡vaya uno a saber cómo!– había conseguido hacer una buena fogata, que mantenía siempre encendida. Pero que el Jaguar tuviera fuego era lo mismo que nada, porque era tan bravo como amarrete y habían sido inútiles todos los ruegos que le habían hecho.

–¡No! –contestaba siempre que le pedían aunque fuera una brasita, nada más que una llamita–. ¡No, no, y he dicho que no!

Y los que habían ido como delegados de los demás animales se habían tenido que volver corriendo –o volando, según los casos– si habían sido muy insistentes. Un bramido de esos que ponen los pelos de punta venía como respuesta si lo impacientaban y algunos más porfiados habían estado a punto de que les diera un zarpazo.

Viendo que era inútil pedir, los Animales decidieron sacarle fuego aunque no quisiera. “El que no quiere compartir –decían– no merece que lo respeten”.

Pero como no había ninguno más fuerte que el Jaguar, tenía que ser cosa de astucia, nomás. Y tenía que ser mucha astucia, porque el Jaguar, además de no ser ningún zongo, estaba siempre vigilando.

El primero en probar fue un bicho que en el Chaco llaman Oculito y en otras partes del país Tucu-tucu, es un roedor del tamaño más o menos de una buena rata, pero con la cola más corta. Y ¿por qué le habrán puesto ese nombre? Le dicen así porque se pasa el día metido en sus cuevas, hace

largas galerías subterráneas con entradas que abre y tapa cuando quiere, y sale nada más que de noche para buscar su comida. Nombre bien puesto: se la pasa oculto. Y ¿por qué hay quien lo llama Tucu-tucu? Por un ruido, una especie de retumbo (tucu-tucu justamente) que hace bajo tierra.

Buen cavador como era el Oculto, pensó un plan bastante interesante: haría un túnel bien largo, que empezara donde el Jaguar no lo viera y acabara al lado de la fogata. Allí se asomaría despacio, sacaría una brasa, tataría el agujero y se volvería enseguida.

El plan era bueno, pero a último momento falló.

Es que, demasiado confiado, el Oculto hizo su famoso ruido –tucu-tucu– dentro del pasadizo y el Jaguar, que tiene muy buen oído, lo sintió. Sonrió, escuchó bien para calcular por dónde iba a aparecer el ladrón y se sentó a esperarlo. Apenas se empezó a remover la tierra en el lugar en que el Oculto iba a asomar, el Jaguar preparó la garra. Y cuando salió la cabecita, ¡zas! le pegó un flor de golpe. Tan fuerte fue que, desde entonces, al Oculto le quedó el hocico achatado, y así son todos los ocultos hoy. Dolorido, ñato, y para colmo oyendo las carcajadas guarangas del Jaguar, el pobre se volvió por su túnel y no volvió a insistir.

Cuando lo vieron regresar en ese estado y con las manos vacías, los demás animales se desilusionaron bastante, pero entonces se presentó otro voluntario: el Conejo. No era un conejo doméstico de esos blancos, lanosos y orejados, sino un conejo chaqueño, marrón y de orejas cortitas, muy parecido a las liebres patagónicas o maras, de las cuales es pariente.

El Conejo pensó que tratar de llegar al fuego sin que el Jaguar se diera cuenta era imposible: el grandote tenía tan buena vista, tan excelente olfato y un oído tan fino (como vimos recién) que siempre se iba a dar cuenta. Y esperar a que se durmiera era perder el tiempo, no porque no se echara a dormir –en realidad, se mandaba unas siestas de locos– sino porque tenía el sueño más liviano que una pluma, el rumor más chiquito lo despertaba. Y era mejor no seguir haciendo pruebas raras, porque si el Oculto había terminado con el hocico aplastado, otro podía acabar despachurrado o adentro de la panza del Jaguar.

Así que la cuestión era acercarse abiertamente con algún pretexto. Después, con otra excusa, quedarse un rato junto al fuego hasta que el

manchado se distrajera, y en ese descuido sacarle una brasa y correr, correr desesperadamente para dejar atrás al Jaguar.

El problema del Conejo era encontrar un buen pretexto.

“Pasaba por acá cerca y quise venir a saludarte”. Mmm, poco le gustaban las charlas al Jaguar.

“Vine a ver si no encontraste unas frutas que se me perdieron el otro día”. Mmm, el Jaguar lo iba a sacar corriendo.

“Vengo a traerte un regalito”. ¡Eso! Un regalo era lo que podía hacer el milagro de que el Jaguar lo dejara acercar.

Pero el Conejo ya se imaginaba cómo la fiera le decía: “Bueno, dejalo ahí y andate”.

Entonces vio qué tenía que hacer: llevaría algo para comer –el Jaguar siempre estaba hambriento– pero algo que fuera bueno para cocinar. Podría ofrecerse para asarlo y de esa manera iba a poder estar un buen rato junto al fuego, sin que el Jaguar sospechara, hasta que fuera la oportunidad de salirse con la suya. Así fue como, con la ayuda de la Garza, gran pescadora, el Conejo consiguió unos hermosos pescados, los ensartó en una piola y se fue muy sonriente a visitar al Jaguar.

De lejos nomás, el otro le pegó el grito: “¡Fuera de acá!”.

Pero el Conejo, disimulando el miedo que tenía, gritó por su parte:

–Pero, Tío, ¡si le traigo un regalito! –le decía Tío en señal de respeto, no porque fuera el sobrino.

Al Jaguar le interesó el asunto y, aunque ya olfateaba pescado (que le gustaba mucho), preguntó:

–¿Qué traes?

– Unos pescados muy lindos –contestó el Conejo.

– Bueno, dejalos y andate –dijo el Jaguar.

–Pero, Tío, déjeme que le haga el regalo completo. Estos pescados quedan buenísimos asados. ¡Crudos no valen nada! ¡Y no va a andar cocinando usted! Sino, ¿qué clase de regalo es? Yo se los voy a cocinar, bien asaditos, con gustito ahumado, ya va a ver cómo sé preparar el pescado yo.

–Mmmmmmbué –dijo el Jaguar–. Metele nomás.

El Conejo sacó los pescados del hilo, los abrió por el lomo –como se usa en el Chaco– y los puso a asar, abiertos, en unas ramas verdes.

A cada momento los daba vuelta y los acomodaba, los tocaba para ver cómo estaban, los olía y los miraba. Al fin, el Jaguar se aburríó de vigilarlo –aunque no dejaba de desconfiar– y el Conejo, haciéndose el distraído, apoyó sobre las brasas la cola de un pescadito chico, una mojarra.

“Fffff”, hizo al tocar el fuego y se pegó una brasa chiquita. El Conejo echó una mirada al Jaguar –que estaba bostezando y mirando para otro lado–, manoteó la mojarra con la brasita pegada, la dobló, se la puso debajo de la mandíbula, la apretó así contra el pecho y salió corriendo.

De reojo, el Jaguar lo vio y pegó un brinco: “¿Qué le pasaba a ese conejo chiflado?” Enseguida, alarmado, miró su fuego: los pescados seguían asándose tranquilamente. Volvió a mirar al Conejo que corría y vio que por debajo de la mandíbula le salía un poco de humo: aunque la brasa iba envuelta en la mojarra, se le estaban quemando algunos pelos.

Cuando el Jaguar se dio cuenta de la trampa, saltó como un rayo y empezó a correr, rugiendo furioso.

El Conejo se daba vuelta y veía cómo la ventaja que le había sacado de entrada, ahora se perdía: la fiera estaba cada vez más cerca, más cerca.

Entonces, dándose cuenta de que ya lo agarraba, tiró la brasa entre los yuyos. Pero los yuyos estaban resecos, porque hacía bastante que no llovía, así que enseguida se levantó una llamarada y el viento la hizo crecer y crecer.

Desesperado, el Jaguar trató de apagar el fuego, soplando y dando manotazos y pisotones por todas partes, pero ya era tarde.

Del pasto, las llamas se pasaron a un árbol y después a otro y a otro más.

Los Animales corrieron con ramas y se llevaron cada uno un poco de fuego.

A partir de ahí, todos tuvieron su propia fogata.

El Jaguar se quedó con mucha bronca, más intratable que antes. Y a partir de entonces tuvo las plantas de las patas negras, medio quemadas desde que trató de apagar el fuego (algunos también dicen que tiene la piel más manchada desde esa historia).

Como recuerdo de esta aventura, el conejo del Chaco tiene una mancha blanca en la garganta, allí donde se quemó con la brasa que se robaba.

Desde entonces, además, el Fuego se metió en la madera de los árboles y por eso se puede encender frotando dos palitos.



El pueblo **wichí**, también llamados *matacos*, habitaron ancestralmente las regiones del Chaco Central y Austral. Actualmente viven en las provincias de Chaco, Formosa y Salta. *Wichí* en su lengua, *wichí lhämtés*, significa “la gente”. Los wichí son un pueblo de grandes cazadores, pescadores y recolectores de frutos del monte. Se destacan además en la elaboración de artesanías en maderas del monte (hombres) y fibra de chaguar (mujeres). Pueblo de gran espiritualidad y respeto por la naturaleza. En esta leyenda, recreada por el antropólogo Miguel Ángel Palermo en *Mensajes del Gran Chaco*, se cuenta el modo en que, gracias a la astucia e inteligencia de algunos animales, los seres humanos pudieron recuperar el fuego.

EL YAGUARÓN, UNA SERPIENTE HAMBRIENTA

Ser mítico guaraní
descrito por Guillermo Barrantes

El Yaguarón es una enorme serpiente de piel gruesa y verde, de lomo chato. Surca los ríos y arroyos de la provincia de Misiones, donde provoca violentos remolinos en la corriente. Aquellos que lo han visto emerger de las aguas aseguran, horrorizados, que su cabeza es la de un perro de filosos dientes.

Los habitantes de la selva misionera relatan cómo esta hambrienta criatura socava con sus largos colmillos las barrancas costeras y provoca su desmoronamiento. Así logra que caigan al agua las personas y los animales, a quienes el Yaguarón despedaza para comerles solamente los pulmones, despreciando el resto.

Y si con esta estrategia no consigue suficiente alimento, el monstruo hace zozobrar una embarcación para devorar a sus tripulantes. Se dice que puede vivir bajo el agua durante mucho tiempo gracias a esta singular dieta de pulmones.

Los **guaraníes** constituyen una gran familia originaria extendida en países como Paraguay, Brasil, Bolivia y Argentina. Desde sus comienzos fueron un pueblo selvático y guerrero, dueño de un sorprendente universo espiritual y religioso que han sabido mantener hasta la actualidad. Su poética búsqueda de la Tierra Sin Mal, el idílico territorio que anhelan encontrar, es el rasgo más destacado del imaginario guaraní. Han desarrollado también una poderosa mitología que puebla de enanos y monstruos el paisaje del litoral. Como el Yaguarón, que describe Guillermo Barrantes. Un *bestiario* es un catálogo de seres imaginarios.

YAGUARÓN

Rafael Obligado

Ancho el río cabrillea
conturbado por la brisa,
y en él la forma indecisa
de un monstruo se balancea.
Verdoso, enorme, voltea
el cuerpo, se hunde, se oculta,
resurge, el líquido abulta,
borbollando por sí mismo,
y de nuevo en el abismo
el chato lomo sepulta.



Rafael Obligado nació en Buenos Aires en 1851 y falleció en Mendoza en 1920. Fue un escritor, poeta y académico, considerado uno de los principales exponentes de la generación del 80. Fue uno de los fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; consejero y vicedecano en varias oportunidades; recibiendo en 1909, el doctorado honoris causa. Su obra más conocida es el *Santos Vega*, que se inscribe en el ámbito de la literatura gauchesca en lengua culta.

EL PEQUEÑO HÉROE HOLANDÉS

Leyenda holandesa

Holanda es un pequeño país de Europa recostado sobre el mar del Norte, cuyas enormes olas siempre amenazan con inundar el territorio. Por eso los holandeses, durante siglos, han construido diques que impiden que el agua tape el país. Por la misma razón se lo llama también Países Bajos.

Hace muchísimos años, un chico llamado Peter vivía en un pueblo costero y se hizo célebre porque con un dedito detuvo al Mar del Norte.

Hijo de un hombre cuyo trabajo era custodiar las compuertas de los diques, Peter era alegre y bondadoso, y a los ocho años era consciente de la importancia de que no se produjera ni un pequeñísimo agujero, porque la fuerza del agua abriría grietas y provocaría un desastre.

Un día la mamá lo mandó con pasteles para una amiga. Al regresar, llovía mucho y Peter vio cómo subían las aguas. “Pero nuestros diques son fuertes”, pensó, y se agachó a recoger unos lindos tulipanes para mamá. Al hacerlo, vio un agujerito por el que entraba agua. Advirtió en el acto el peligro y lo tapó con un dedo, recordando que su papá decía que el agua, por un mínimo agujero, podía hacer un desastre.

Con su dedito de tapón, Peter empezó a gritar y a pedir ayuda. Pero por la lluvia nadie lo escuchó. Pensó en correr a casa para avisar, pero entonces se inundaría todo el país, así que mantuvo el dedo.

Nadie escuchó sus gritos. El dedo le dolía, y la mano y el brazo. Y de tanto gritar se quedó mudo. A la noche se obligó a aguantar hasta el otro día.

Al amanecer un trabajador lo encontró tiritando de frío, con el dedito en el agujero. Fue atendido por sus padres mientras arreglaban el dique. Desde entonces, Peter es “el pequeño héroe de Holanda”.

La hazaña de este legendario personaje holandés fue recreada por [Mempo Giardinelli](#) para nuestra antología.

Índices y créditos legales

Índice de textos de la tradición oral

TÍTULO	GÉNERO	VERSIÓN	PÁG
“Amor imposible”	Leyenda qom	Oche Califa	168
“De cómo el algarrobo protegió a los comechingones”	Leyenda comechingón	Anónimo	170
“El pequeño héroe holandés”	Leyenda holandesa	Mempo Giardinelli	180
“El árbol de sal”	Leyenda mocoví	Laura Roldán	166
“El robo del fuego”	Leyenda wichí	Miguel Ángel Palermo	173
“El Yaguarón, una serpiente hambrienta”	Bestiario	Guillermo Barrantes	178
“La creación de los animales”	Mito maya	Popol Vuh, anónimo	161
“Por una noche”	Leyenda aymara	Mario Lillo	163



Encontrarán el índice general de autores y obras de toda la colección
en el volumen Leer x Leer 3.

Índice de autoras y autores

AUTOR/A	TÍTULO	GÉNERO	PÁG
Accame, Jorge	“Caída al cielo”	Cuento	128
Aguirre, Viviana	“Arturo”	Cuento	102
Aparicio, Carlos Hugo	“Canción para decir con pena”	Poesía	132
Asencio, Paula	“Preguntas”	Poesía	16
Banchs, Enrique	“Bajó un pajarito rojo”	Poesía	23
Basch, Adela	“Un auto no es un avión”	Diálogo teatral	88
Berenguer, Maryta	“El flautista que quería volar”	Cuento	130
Bertolino, Roberto	“Los nidos”	Cuento	45
Bierce, Ambrose	“Diccionario del diablo”	Diccionario	144
Birmajer, Marcelo	“Piel de león”	Fábula	70
Bombara, Paula	“Kibú”	Cuento	68
Bornemann, Elsa	“Pueblo de aire”	Poesía	81
Cabal, Graciela	“Barbapedro”	Cuento	90
Calvo, Mercedes	“Poema”	Poesía	21
Cinetto, Liliana	“Romance del sapo”	Poesía	56
Clemente, Horacio	“Mirando el corcho”	Cuento	104
Colasanti, Marina	“El gato”	Poesía	44
Comino, Sandra	“¿Lobo está?”	Cuento	76
Darío, Rubén	“Margarita”	Poesía	27
De Santis, Pablo	“Una gota de tinta”	Microcuento	147
Doumerc, Beatriz	“El pueblo que no quería ser gris”	Cuento	84
Drennen, Olga	“Está allí todavía”	Cuento	114
Gardella, Martín	“El astronauta”	Microcuento	108
Garibaldi, María Inés	“Origami”	Cuento	133
Giulietti, Mauricio	“La escalera”	Microcuento	113
Grau, Didi	“De colores”	Poesía	26
Grupo Canticuéticos	“El mamboretá”	Canción	32
Güiraldes, Ricardo	“Quietud”	Poesía	30
Jiménez, Juan Ramón	“Platero y yo”	Novela	37
Lardone, Lilia	“Los picucos”	Cuento	109
Leguizamón, Malicha	“Canción repetida”	Poesía	31
Loureiro, Carolina	“Uma”	Cuento	18
Lugones, Leopoldo	“El carpintero”	Poesía	34
Macjús, Cristina	“Mal día para ser mala”	Cuento	151

AUTOR/A	TÍTULO	GÉNERO	PÁG
Mainé, Margarita	“El jardín del abuelo”	Cuento	142
Malpica, Toño	“Peregrina”	Cuento	140
Mariño, Ricardo	“El héroe”	Cuento	41
Martí, José	“Hombre sincero”	Poesía	87
Martínez, Carola	“Zaida y su primer día de clases”	Cuento	118
Meloni, Aledo Luis	“Agua de lluvia”	Poesía	20
Mitoire, Hugo	“El monstruo del guarapo”	Cuento	154
Mó, María Rosa	“Perlas de bruja”	Poesía	150
Monterroso, Augusto	“La mosca que soñaba que era un águila”	Fábula	127
Montes, Juan Manuel	“El baile nupcial”	Microcuento	96
Muñoz Lascano, Pilar	“Una noche de muchos días”	Cuento	148
Novick Freyre, Vilma	“El caracol mochilero”	Poesía	40
Obligado, Rafael	“Yaguarón”	Poesía	179
Paz, Octavio	“La exclamación”	Poesía	13
Pérez Alonso, Marisa	“Fiesta noctámbula”	Poesía	62
Perrault, Charles	“El gato con botas”	Cuento clásico	71
Pombo, Rafael	“La pobre viejecita”	Poesía	14
Quiroga, Horacio	“La guerra de los yacarés”	Cuento	47
Repún, Graciela	“Un plan maestro”	Cuento	121
Rivera, Iris	“La llave de Josefina”	Cuento	24
Rodríguez Romero, Nana	“La cometa infinita”	Cuento	60
Roldán, Gustavo	“Como si el ruido pudiera molestar”	Cuento	63
Ruiz, Clarisa	“Anaconda”	Cuento	46
Sarquís, Celia	“Una historia de cóndores”	Cuento	66
Schujer, Silvia	“Palabras”	Poesía	22
Shua, Ana María	“Fiestita con animación”	Cuento	99
Siemens, Sandra	“El corazón de una bruja”	Microcuento	157
Smania, Estela	“Cambalache”	Cuento	94
Storni, Alfonsina	“La silla”	Poesía	17
Suárez, Patricia	“Conejo negro, conejo secreto”	Cuento	136
Vaccarini, Franco	“Lobo hambriento”	Cuento	58
Villafañe, Javier	“Romancillo del viejo ratón”	Poesía	38
Wolf, Ema	“La familia invisible”	Cuento	82
Yunque, Álvaro	“Generosidad”	Microcuento	172

Créditos legales

“Caída al cielo”

© Jorge Accame
© Penguin Random House
Grupo Editorial
-

“Arturo”

© Vivi Aguirre
-

“Canción para decir con pena”

© Herederos de Carlos Hugo
Aparicio
© El Suri Porfiado Ediciones
-

“Preguntas”

© Teresa Paula Asencio
-

“El Yaguarón”

© Guillermo Barrantes.
En: *Paseo de los seres míticos argentinos: guía- bestiaria*, Buenos Aires, Tecnópolis / Presidencia de la Nación, 2014
-

“Un auto no es un avión”

© Adela Basch
© Crecer creando S. A.
-

“El flautista que quería volar”

© Maryta Berenguer
-

“Los nidos”

© Roberto Noel Bertolino
© Sra María Elena Depratti
Badano (viuda)
-

“Piel de león”

Fábulas salvajes
© 1996, Marcelo Birmajer
© 2015, Ediciones Santillana S. A.
-

“Kibú”

© Paula Bombara
-

“Pueblo de aire”

© Herederos de Elsa Bornemann
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.shavelzongraham.com
-

“Barbapedro”

© Herederos de Graciela
Beatriz Cabal
-

“Poema”

En los dedos del viento (27)
Azulejitos
© 2012 Editorial Estrada
© Mercedes Calvo
-

“Romance del sapo”

© Lilliana Cinetto
© Crecer creando S. A.
-

“Mirando el corcho”

© Horacio Clemente
© Horacio Domingo Clemente
-

“El gato”

“Gato”, de Marina Colasanti, en *Cada bicho seu capricho*, Editora Melhoramentos, São Paulo, SP.
© Traducción María Teresa Andruetto
-

“¿Lobo está?”

© Sandra Comino
-

“Una gota de tinta”

© Pablo de Santis
© Ediciones Colihue S. R. L.
-

“El pueblo que quería ser gris”

© Beatriz Doumerc
(Ilustraciones de la edición original: Ayex Barnes)
-

“Está allí todavía”

© Olga Drennen
© Quiipu
-

“El astronauta”

© Martín Gardella
© Hola Chicos S. R. L.
-

“Origami”

© María Inés Garibaldi
-

“La escalera”

© Mauricio Giulietti /La Escalera
-

“De colores”

© Didi Grau
© Puerto de palos
-

“El mamboretá”

© Ruth Hillar
© Gerbera Ediciones
-

“Los Picucos”

© Lilia Lardone
© Editorial Comunicarte
-

“Canción repetida”

© María Luisa Cresta
de Leguizamón (Malicha)
-

“Por una noche”

© Mario Damián Lillo
© Editorial La Bohemia
-

“Uma”

© Carolina Loureiro
-

“Mal día para ser mala”

© Cristina Susana Macjús
-

“El jardín del abuelo”

© Margarita Mainé
-

“Peregrina”

© Toño Malpica
-

“El héroe”

El héroe y otros cuentos
© 1995, Ricardo Mariño
© 2016, Ediciones Santillana S. A.
-

“Zaida y su primer día de clases”

© Carola Martínez Arroyo
-

“Agua de lluvia”

© Aledo Luis Meloni
-

“El monstruo del guarapo”

© Mitoire, Hugo Daniel / *Cuentos de terror para Franco III* / Narrativa
© Librería de la Paz, 2009.
Resistencia, Chaco
-

“Perlas de bruja”

© María Rosa Mío
© SM Educación S. A.
-

“La mosca que soñaba que era un águila”

Texto tomado de *La oveja negra y demás fábulas*, de Augusto Monterroso D.R.
© 1991, Fondo de Cultura Económica
-

“El baile nupcial”

© Juan Manuel Montes
-

“Una noche de muchos días”

© Pilar Muñoz Lascano
-

“El caracol mochilero”

© Vilma Novick Freyre
-

“El robo del fuego”

Miguel Ángel Palermo
© Silva Mercedes
© Librería de la Paz -
Resistencia, 2005
-

“La exclamación”

© “Árbol adentro”, en *Lo mejor de Octavio Paz*, Seix Barral, 1989.
-

“La fiesta noctámbula”

© Marisa Pérez Alonso
-

“Un plan maestro”

© Graciela Repún
© Amauta
-

“La llave de Josefina”

© Iris Rivera
© Edebé S. A.
-

“La cometa infinita”

© Nana Rodríguez Romero
-

“Como si el ruido pudiera molestar”

© Gustavo Roldán
© Ediciones Norma
-

“El árbol de sal”

© Laura Roldán
© Mac Millan
-

“Anaconda”

© Clarisa Ruiz
© Ediciones SM (Bogotá, 2012)
-

“Una historia de cóndores”

© Celia Sarquís
-

“Palabras”

© Silvia Schujer
A la rumba luna, Santillana S. A.
-

“Fiestita con animación”

© Ana María Shua
© Emece - Grupo editorial Planeta
-

“El corazón de una bruja”

© Sandra Siemens
-

“Cambalache”

© Estela Smania
-

“Conejo negro, conejo secreto”

© Patricia Suárez
-

“Lobo hambriento”

© Franco Vaccarini
-

“Romancillo del viejo ratón”

© Herederos de Javier Villafañe
© Ediciones Colihue S. R. L.
-

“La familia invisible”

© Ema Wolf
© Penguin Random House
Grupo Editorial
-

“Generosidad”

© Álvaro Yunque
© Herederos de Álvaro Yunque
-

Agradecemos a las autoras y los autores, así como a sus editoras y editores, quienes han autorizado la publicación gratuita de estos textos para que puedan llegar a docentes y estudiantes de todo el país.



Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Leer es tu derecho.

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

Libro de distribución gratuita